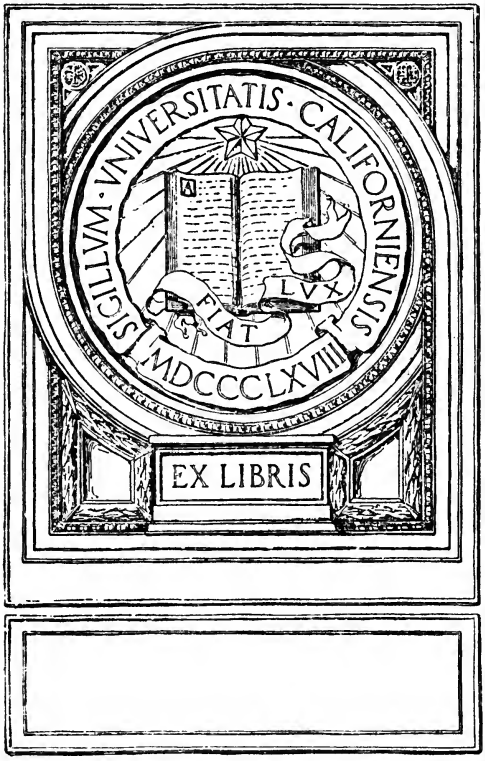
UC-NRLF
$B 534 605

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de obras varias.

VI

Biblioteca Americana de Historia Colonial.

VII

Biblioteca de Autores célebres.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

BIBLIOTECA ANDRES BELLO

Obras publicadas (a 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia* (novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El hombre de oro* (novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los ídolos del foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe;* 4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras* (novela); 4 ptas.
XX.—Jesús Castellanos: *La conjura* (novela).
XXI.—Javier de Viana: *Gurí y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El hombre de hierro* (novela).
XXIV.—Luis María Jordán: *Los atormentados* (novela).
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna;* 4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas;* precio, 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Wáshington;* 4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII.—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—M. Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo y cuentos frágiles.*

Imprenta de José Poveda.—Príncipe, 24. Madrid.

BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

LA GRAN FLORIDA

POR EL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

⊙

LOS CHIAPAS

(RÍOS DE LA PLATA Y PARAGUAY)

POR

F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ

⊙

LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS

(LLANOS DE VENEZUELA)

POR

DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERIA
FERRAZ, 25

Gift of
J. C. Gebrian

E123
B57

LA GRAN FLORIDA

POR EL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO

427039

La Biblioteca de Historia Colonial

La idea de estas publicaciones nos ha parecido oportuna por dos aspectos: uno, porque creemos acrecentar el acervo documental de la historia de la conquista de América con una colección originalísima, que acaso puede dar margen a nuevas deducciones a los que estudian aquel proceso; y otro, porque con ello creemos salvar del olvido unos papeles que son recuerdos auténticos de un pasado que no puede ser materia de indiferencia ni para el pueblo conquistador, ni para el pueblo conquistado..., arcaicos escritos que en muda impasibilidad esperan que el soplo reverente de la historia disipe la nube de polvo que los vela...

En efecto, la «Historia de La Florida», escrita por Ocampo, valiéndose del documento humano, que para el caso fué su propia actuación en las expediciones de la época de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y del documento escrito que le ofrecieran las «Relacio-

nes» que entonces se estilaban, es una magnífica contribución a la historia primitiva, de los dos grandes conglomerados de la América septentrional: Yankilandia y México; y «Las Misiones de Rosa Blanca» ofrecen una multitud de datos etnológicos y etnográficos a la de las primeras colonizaciones de lo que hoy son las colonias de Gran Bretaña en las Guayanas y los estados orientales de la República de Venezuela.

Preparamos otras obras de este mismo género, copiadas, como ésta, de la sección «Manuscritos» de la Biblioteca Nacional; y a medida que vayamos dando salida a los primeros volúmenes, sacaremos a luz otras, extendiendo nuestra investigación, pues para el caso nos proponemos acudir al Archivo de Indias, y a otras oficinas particulares de la misma índole.

Sólo nos queda el deseo fervoroso de que nuestros esfuerzos sean gratos a los numerosos favorecedores de esta Editorial.

EDITORIAL «AMERICA»

PRELIMINAR

Los que hayan observado con algún interés el proceso editorial de Europa en estos últimos cincuenta años, no habrán dejado de reparar que en ellos se ha llegado al extremo, produciéndose, por la competencia y por el crecimiento de la emisión, una verdadera crisis en materia de originales.

Descontando la obra inédita de autor moderno y afamado, que generalmente está pagada por el editor mucho antes de escribirse la última cuartilla, el texto sorprendente, raro o de sensación histórica, el fragmento extraviado en una época y aparecido en otra, son cosas que se han explotado tanto, que es un verdadero milagro en estos tiempos poder ofrecer una obra como la que presentamos ahora a los numerosos favorecedores de esta Editorial.

En los copiosísimos archivos, bibliotecas, centros docentes de España, había una suma inmensa de papeles históricos, políticos, de ciencia, de legislación, de arte y hasta de magia, esgrima y de otras actividades de curiosidad o mero entretenimiento; pero por el ansia cada vez más creciente de publicidad, ha ido lenta, pero de modo seguro, cavándose el agotamiento..., a la manera de esas tierras feraces y jugosas que, después de muchos años de prodigar la riqueza, concluyen por hacer inútil hasta el abono, negándose a producir cuando no sean cardos y jaramagos amarillos...

Dimos con ella debido a una casualidad, curioseando en los empolvados anaqueles. Los centenares de años que lleva el manuscrito hanlo roído hasta hacer ininteligible la letra, y en muchos períodos hemos tenido que completar la frase, el período, agregar algunas líneas al modo de la soldadura lógica para dar solidez al empate.

Pero estos detalles de mera ejecución no quitan al texto su aroma de otros siglos, su gracia, su frescura de cosa íntegra, de la belleza sana y sincera que culminan en narraciones de aventuras

y sucesos, viajes, riñas, descripción de la naturaleza tropical.

Esta aparece en tan bellos cuadros con un tono sencillo, pero amplio, con la amplitud fuerte y franca de lo que la pluma trasmitió del recuerdo al papel, sin el auxilio de la retórica, y sin las malicias del artificio.

Sirvan estas líneas a manera de advertencia, para cuando el lector sensato tope con alguna salida de tono, palabra o frase fuera de la época en que fué escrita la obra, no se nos tilde de anacrónicos.

El texto original se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional, Códice 2.999, forro de piel cruda.

Se rotula así: «La Gran Florida».

EDITORIAL «AMERICA»

LA GRAN FLORIDA

RELACIONES DE UN SOLDADO QUE FUÉ EN LA EXPEDICIÓN DE ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Y EN OTRAS POSTERIORES

CAPÍTULO PRIMERO

DE LO QUE QUEDÓ DE LA ARMADA DE PÁNFILO NARVÁEZ, LO QUE FUÉ DE LA SEGUNDA EXPEDICION DE LOS FRANCESES Y DE UNOS FRAILES FRANCISCANOS QUE ACOMPAÑARON AL ESPAÑOL.

Yo, el maestre Juan de Ocampo, que tiene a grande gloria y prestancia el haber encanecido llevando la fe del Señor en más de un viaje peligroso al través del mar océano, e imponiendo el vasallaje del Emperador y Rey mi

señor, heme dado a ejercitar el entendimiento en la peregrina relación de lo que he visto y oído en tan larga y agitada existencia.

Ahora que estoy en esta muy ilustre villa de Miranda del Duero, en la sosegada paz de mi casa y de los míos, puesto que bulliciosos nietos se trepan a mis rodillas y está el pan al horno, la presa de perdiz al arrimo del brasero y el vino enranciándose con la opresión de la cuba, agora, digo, póngome a recordar lo primero que aconteció en La Gran Florida, allá por los años de 1526 al 48 de gracia en Dios Nuestro Señor.

La empresa llevada por el Gobernador Narváez desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, junto con el bueno de Alvar Núñez, hubiera sido de alto provecho para la hacienda de S. M. el Emperador y Rey, de grandes rendimientos espirituales para los manes del Señor y de no poco discernimiento para los que siguieron más tarde la misma ruta; pero ni Alvar Núñez, con toda su agudeza y despejo de ingenio, ni Narváez con todo su denuedo, acomodaron el negocio de suerte que pudiese caminar a buen fin.

La gente con que tripularon la armada, y señaladamente el galeón llamado "El Ciervo", el mayor entre todos, era de malas condiciones, desecho de marinerías en La Coruña y en Cádiz, repudio de los enganchadores mercenarios para tercios en las guerras de Francia y el Milanesado, y dada en su mayoría al vino en proporciones exageradas.

A unos doscientos tiros de ballesta del susodicho puerto de Sanlúcar de Barrameda, Maese Juan Nepomuceno Almendares sacó un palmo la espada para enfrentársele al mismo Narváez. Mas éste, que era de nervio duro y corazón animoso, fuése a él lleno de cólera y tuvo a punto de arrojarlo al mar desde lo alto de la cucheta de proa. Aquellos hombres obedecían, cierto, pero al doblar la enmelenada cabeza llevaban la mano a la empuñadura del acero.

Muy a pesar de esas condiciones de alto valor en el denodado capitán no pudo impedir que de los expedicionarios se quedasen más de ciento cincuenta rezagados en Santo Domingo, perdiéndose de este modo para aquel

enganche los miles de maravedises que costó su embarco en los galeones.

El desastre de éstos en la costa cubana, cincuenta días después, dirá a los expedicionarios venideros lo que costaba en estos tiempos el arreglo de una de esas encomiendas que tan fácilmente se lograban en palacio.

Finalmente, Narváez pudo salir con la ayuda del Señor del puerto de Juasduas rumbo a La Florida.

Recuerdo como si hubiese sido ayer aquellos montes empinados, aquella perpetua primavera, ríos, mares, colinas serenas, árboles hermosos que siempre están cubiertos de flores coloradas y amarillas.

La travesía fué tempestuosa para tan animosos navegantes: hervido el mar de rompientes producidas por la brusquedad arremolinada de los vientos, ardiendo el rayo, crugiendo mástiles y cada ola como una montaña!

El arribo de la armada a las costas de La Florida fué el viernes santo. Narváez tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad el Emperador Carlos de Gante, con una

ceremonia religiosa. Llamóla "La Esperanza", y lleno de ella continuó adelante, seguido de buena parte de los suyos, como que otra quedaba con los navíos anclados.

Imponen en el ánimo una pesadez medrosa aquellas soledades, si bien un tanto adornadas por los plumajes de los papagayos, unos pájaros grandes cuya vestimenta es de vistosos colores, que agora constituyen el más rico adorno en los cobertizos de palacio y en las estancias de los magnates. No pensarían jamás esas aves en que una vez pasarían en el brazo del hombre desde su agreste paraje hasta las salas superbas de los grandes y de los poderosos!

Finalmente, Narváez encontró algunas existencias de oro en la región adentro, llamada del Río de la Palma, y que los franceses habían ya conocido un año antes. Sólo que tuvieron que reembarcarse, porque no pudieron resistir al indio, que a mi ver es más bravo ahí que en todo el resto del orbe nuevo. En realidad los bárbaros atacaron por sorpresa a los franceses y les mataron una cantidad considerable de soldados, arrebatán-

doles casi todos los caballos, pudiendo embarcarse milagrosamente los pocos que quedaron.

Por esa razón encontró Narváez en una grande soledad aquellos sitios. Había muchas cabañas que, vistas desde el mar, parecían rebaños de corderos merinos dispersos por la paz de aquellos collados.

Encontróse, sí, cinco leguas más adelante con un extraño aparato mortuorio. Eran cuatro cajas de madera pintada, entre las que había cuatro cadáveres envueltos en pieles de fiera, y sobre ellos paños de hilo y de lana y algunos pedazos de oro sujetos por cuerdas de fibra de palmeras.

El recorrido fué en aquellos días de Abril más de cien leguas a la redonda, sufriendo las mayores calamidades, luchando con las fieras, con los bárbaros habitadores del país y hasta con la índole de nuestros propios compañeros.

Atravesando de una margen a otra el río de La Palma, perecieron ahogados los dos frailes que acompañaban la expedición. ¡Españoles animosos y cristianos, ellos que muy

bien pudieron llevar vida regalada en sus conventos, se habían lanzado a las remotas regiones en cumplimiento de sus sagrados deberes, tratando de llevar la luz del Crucificado a todos los corazones, aun los más gentiles e irreducibles!

Al hacer campamento aquella noche, nos arrodillamos todos ante el estandarte decorado por los castillos armoriales y la imagen de la madre de Dios y rezamos un largo rato por el alma de aquellos nobles compañeros que nos abandonaron muy a pesar suyo. Algunos de los soldados de caballería lloraron copiosamente, y otros ocultaban el rostro en la visera.

Ya en Mayo salía la expedición al mar.

En aquellas imponentes regiones se nota en Mayo el mayor florecimiento en la vegetación. Los herbazales aparecen como si les hubiesen tendido una tela encarnada, pues la flor, muy menuda y de todos colores, brota en verdaderas miriadas.

En suma, con este viaje, que fué no ciertamente el más dilatado ni el más noticioso de aquellas vastas soledades, se abre la ver-

dadera historia de la región de La Florida.

En el capítulo que sigue haré un detalle completo y pormenorizado de lo que es la vida en tan hoscas latitudes y de cómo se podrían hacer viables muchas misiones para acabar de atraer al natural de ahí al amparo de la fe y la gracia de Dios Nuestro Señor.

De lo que digo adelante pueden dar fe muchos que viven, como el licenciado Alonso de Solís; como Don Juan Suáres: el uno asiste en Salamanca; el otro está en la Congregación de su orden, asentada en Segovia. También podrían servir el capitán Pantoja, al servicio del duque de Aldegamarra, en el Guadalquivir, en Sevilla, y Don Saulo Almansa de los predicadores del Priorato de San Vicente, de Alcázar de San Juan.

Todos señores y famosos caballeros que ya con su alta misión religiosa, ora con su prestancia en aguadera y espolín de oro en las justas, podrán testimoniar la fe de mi palabra.

CAPITULO II

DE UNA EXTRAÑA PRÁCTICA DE BÁRBAROS CULTOS.—DANZA EN TORNO DE UN CADÁVER.—DE CÓMO SE VE EL MAR EN LAS DIFERENTES HORAS DE LA TARDE.—EL ORO EN EL HUECO DE UN ÁRBOL.

A unas sesenta y dos leguas selva adentro, en derechura del Río de La Palma, principian unas tierras blancas, gredosas, blancuzcas, que al ser removidas por los cascos del ganado levantan una polvareda casi luminosa. Esta polvareda se adhiere a la piel y produce ardores, como si fuese aplicado en su lugar alguna esencia dañina. Las bestias comienzan a patear, a saltar desesperadas, se dan de colmillazos en el cuerpo y relinchan de desespero.

Es una extensión de unas cuatro o cinco le-

guas y se halla salteada de pozos azules, cuya mansedumbre suele reflejar el cielo. En alguno de estos pozos crece ruidosa y viva una especie de espadaña que se parece mucho a nuestro junquillo de las riberas del Duero; pero más adelante comienzan unos campos de palmas, que Alonso de Solís llamó los Palmeros del Santo, en mención de que la primera vez que arribamos a ellos era día de Don Fernando del mismo glorioso apelativo.

Estas palmas son primorosas señaladamente: se eleva el tronco y en el extremo salen las hojas como abanicos pendientes de pequeños tirsos.

Luego comienzan dos cuestas que van ascendiendo hasta convertirse en elevadas cerranías. Arboles inmensos en la cúspide le ponen una cimera que parece cosa de encantamiento o de milagros. No hay nieve, ni frío, y corren por ellas voladoras nieblas todas las mañanas.

Avanzábamos por agrios senderos, tortuosas trochas abiertas por los indios y una multitud de desgarrones que seguramente son produ-

cidos por la corriente impetuosa de los torrentes cuando van crecidos.

A esto mismo se debió que nos extraviásemos tres del grupo. Era imposible hallarnos unos con otros. La noche avanzaba y por todas partes resonaban cosas extrañas y medrosas. Crujidos de árboles al soltar ganchos muertos desde lo alto de sus copas. Al cabo caminábamos a tientas.

Mas de repente el resplandor de una hoguera rasgó las tinieblas: la maraña del bosque tatuóse de rojo y parecía temblar.

Al aproximarnos oímos gritos inarticulados y algo como de tropel de gentes que luchaban o huían.

Nos acercamos cautelosamente, procurando con gran trabajo ver sin ser advertidos.

Era una tribu bárbara entregada a sus extraños ritos. Hombres con el más horrible talante, pintados los cuerpos, con largas cabelleras desordenadas sobre el rostro y la espalda, asidos de las manos, danzaban en torno de una hoguera en donde chirriaban dos masas deformes.

Primeramente no distinguimos; bien mira-

dos nos percatamos de la realidad: eran dos cuerpos humanos entregados a la voracidad de las llamas.

Aparte de ellos, otro grupo de indios, como esperando que le llegase turno de entrar en danza. Mas no fué así: los danzarines cesaron en su movimiento y se repartieron en dos formaciones: una de un lado, otra de otro. Entonces los hombres de aquel grupo aparte, uno a uno, comenzaron a saltar por sobre la hoguera. Pero uno de ellos vaciló en el salto y cayó en el brasero. Se retorció, hizo muecas espantables, le blanquearon las mandíbulas, hasta que, envuelto por las llamas, se quedó muerto, entre la gritería infernal de la turba, que saltaba y reía siniestramente en torno.

Nos alejamos medrosos de tan horrendo sitio. Si los bárbaros nos hubieran advertido, a fe que somos sacrificados.

Entre la zozobra y el espanto dormimos acurrucados en el hueco de un árbol.

Ya sea por la horrorosa fatiga, ora por la multitud de emociones demasiado bruscas, el sueño rindió nuestros ojos. Cuando vinimos a despabilar era la mañana.

Aquella situación era insostenible. Nuestra aflicción, extrema. A un lado, las fieras; al otro los indios y el hambre y la infinita tristeza de aquellas pavorosas soledades.

Llegados a las orillas de un torrente, rezamos largo rato. Elevamos al Todopoderoso una súplica en que iba toda el alma, con los brazos abiertos, como crucificados por el dolor y por la angustia.

Desfallecientes ya de hambre y de sed, a la hora del medio día, un grito de regocijo resonó en el bosque: nuestros compañeros aparecieron, y después de una oración ferviente de gracias, marchamos jubilosos todos juntos. En nuestros oídos resonaban las voces como campanadas de gloria.

El Capitán Estébanes, jefe de aquel cuerpo de tropas, mandó a colocar la rosa de los vientos en un tronco seco, para orientarnos con ella, ya que no poseíamos otro aparato a propósito. Así nos fué dado tomar una ruta al través de la espesura. En el trayecto topamos con una bandada de paquidermos, suerte de jabalíes chicos que abundan mucho en aquellos solitarios parajes; uno de nuestros

soldados mató dos con una alabarda; los otros tomaron en fuga por entre lo intrincado de las malezas.

¡Regalada vianda aquella en el corazón de las montañas! Ya a la hora del "Angelus" oímos un rumor bastante remoto, pero que delataba el retumbo del mar.

A la mañana siguiente salimos a la costa. El mar estaba removido, pues el soplo del Austro era bastante recio, y algunos chubascos cruzaban de cuando en cuando el espacio.

En aquel paraje, algo llano hacia el Este, encontramos una especie de trocha de indios, que nos condujo a poco andar a una media llanura ligeramente quebrada, en donde había varias cabañas en número algo crecido.

Nos dirigimos a ellas; pero sus habitadores, apenas nos vieron, tomaron en fuga hacia los bosques vecinos. Abandonaron todo a nuestra merced: viviendas, alimentos, animales y una multitud de objetos de lujo, como telas de lana, tejidos de fibra de palma pintorescamente trabajados y unos ladrillos decorados con figuras o signos alegóricos, amarillos y rojos.

Aparte del bloque de viviendas divisamos una diferente de forma: suerte de torrezuela oval, cerrada desde arriba hasta abajo por anillos de madera fuertemente atados a la armazón, que era toda de ladrillos y barro mezclado con hierba. Al lado de esta rara habitación, un árbol grande con una cueva obscura cerca de las raíces.

Algunos de los soldados se dieron a buscar la entrada a la torre; otros a examinar el fondo de la cueva del árbol: apareció ahí un montón de barras de oro.

Derribamos un costado de la torre, y dentro había una multitud de osamentas humanas: probablemente era ahí donde guardaban los últimos despojos de los sacrificados en aras de tan feroces cultos.

Quisimos pasar ahí la noche; pero temiendo un ataque de los bárbaros, continuamos nuestra marcha hacia el rumbo que acaso nos condujera a reunirnos con el resto de los nuestros.

En marcha por la escarpada costa, íbamos contemplando el mar completamente sereno ya. La noche se venía lenta y el sol regaba sus

hebras de oro sobre los cristales brillantes, pero un tanto pálidos. Las nubes, primero rojas, se fueron amoratando lentamente, y las aguas de jalde que parecían antes, se fueron tornando de un color vinoso. A medida que cambiaba el tono de las nubes, se transformaba el de las aguas. Finalmente, ya en plena sombra, lucían un reguero de manchas de variados y preciosos matices.

A poco surgía tras unas sierras lejanas, como un cuernecillo de nieve, la luna en el menguante. Desde el fondo de nuestras almas la saludamos como si fuese la cruz de la esperanza.

CAPITULO III

EN DONDE SE DA CUENTA DE ALGUNOS ÁRBOLES PRECIOSOS QUE HAY EN «LA FLORIDA».

De aquella expedición sacamos no poco resultado. Topamos con no pocos contratiempos, pero todo finalizó bien. Se exploraron algunos centenares de leguas de tierra; se acopió mucho oro, hasta el punto de poder enviar un galeón cargado de este metal y de otras muchas riquezas a su Majestad el Emperador y Rey, a quien Dios guarde.

El establecimiento de las misiones se facilitó grandemente: Fray Diego de Gelvez fundó "La Esperanza"; Fray José de Freytes estableció un vecindario agrícola en Tagua, y dos pueblos más que ordenó el Gobernador.

En el transcurso de estas diligencias hubo que rechazar al indio muchas veces. Asaltos continuos, principalmente de noche, fatiga incesante del bárbaro estorbando nuestro paso. Al cabo convencióse éste que era inútil toda resistencia, y ellos mismos, hoy una tribu, mañana otra, fueron agrupándose en torno de los conquistadores.

Ajetreo y mucho costó el obligarlos a desistir de sus bárbaros sacrificios; pero fué un hecho la derrota de los cultos indígenas. Con no poca labor, con no poca diligencia se obtuvo la conversión; pero se obtuvo.

Cuando se percataron de la suprema piedad que lleva en sí la religión de Cristo Nuestro Señor, amáronlo acaso con más fervor que a sus antiguos y sangrientos penates.

Nuestros compañeros religiosos destruían templos, teocalis, montículos, y alzaban el convento o la iglesia del verdadero Dios; y allí iba el bárbaro a rendir el tributo de su alma y de su ánimo en una reverencia ejemplar.

El Gobernador proyectaba otra salida que alcanzase más lejos. Las minas de oro encon-

tradas fueron numerosas; pero era oportuno y oficioso buscar otras y asegurar nuevas tierras al dominio de España. Los corsarios ingleses y algunos bergantines franceses se dirigían a menudo a la costa firme. Aquellos, de las costas de Escocia e Irlanda; éstos, del Mediterráneo a fuer de que una expedición constante de más de veinte galeras había salido meses antes de Marsella con dirección exacta a la nuestra.

Agora, detengámonos un poco en las cosas que de aquella tierra fueron a nuestra mirada y que son de mucha sorpresa y discernimiento.

* * *

La vegetación es innumerable y de una hermosura que maravilla los ojos humanos: regiones inmensas pobladas apretadamente de árboles gigantes, herbazales que hacen horizonte al azul de los cielos, miles de ríos, de manantiales, de colinas, de sotos en eterna frescura.

La caza y la pesca, en una abundancia increíble; todo lo que la imaginación de los

hombres pueda soñar en carnes, en pieles, en cerdas, en marfiles, para todo lo que pueda pedir la vida más regalada en las más ilustres naciones, todo está ahí a cogerlo con sólo extender la mano.

La más alta princesa no desdeñaría la piel, toda suavidad y hermosura, del jaguar, del gamo, de la liebre de aquellas soledades. El más lindo pincel en el espejo azul de aquellos ríos, en la variada mancha de color que ofrecen los plumajes de aquellas aves al resplandecer a los rayos del sol.

¡Y cuánto oro superbo! ¡Y cuánta plata resplandeciente como la nieve! ¡Y cuánta piedra rica en fulgores y en dormidos diamantes!

Francisco Jiménez, sabio en grado sumo, como varón aguerrido de excelsas virtudes, se prendó grandemente de tantos tesoros.

La Medicina débele no pocos descubrimientos, que son su mayor orgullo, en aquellos solitarios parajes. Descubrió el árbol de la zarza-fría, preciosa droga muy recomendable para los cólicos, dificultades en la orina, afecciones en los riñones, el pecho y los ganglios.

En realidad este árbol es una maravilla: alto, de una altura sorprendente, parece que va a tocar las nubes con su hermosa copa, de mucho espesor el tronco, divididas en dos las hojas, que son de un verde bastante claro.

Pero donde es más útil es en los viajes largos y por regiones desconocidas: posee el don de tornar el agua salada en agua dulce.

El nombrado Jiménez, navegando de La Florida a la Veracruz en 1505, cuenta lo siguiente: "Cerca del seno de Castor comenzamos a tener necesidad de agua dulce. Llegamos a una villa pequeña donde hallamos agua de vertiente, pero que se diferenciaba muy poco del agua de la mar. Por indicación de unos indios trozamos varios troncos del árbol de la zarza-fría, echándolos en un cubo de agua amarga, y pocos momentos después pudimos calmar nuestra necesidad tomando agua dulce."

Hay también en las selvas otro árbol grande, de hojas redondas, verde-obscuras, que también tiene substancia preciosa: la palma del vino. Este árbol se corta al tronco, se raja en tajadas largas y se manipula de suerte que,

quedando completamente exprimido, pueda su parte leñosa ser sometida al fuego hasta tostarse. Se pulveriza y se mezcla con agua, haciendo que ésta no domine sobre la substancia. Se produce entonces un vino blanco, como la leche, cuyo sabor delicioso al paladar embriaga y entona las fuerzas.

De perfume y gala los hay a millares. Muchos de ellos, como el Saucey y el Amanía, son de gran estima tanto para los indios como para los españoles.

En una caja donde se llevan objetos preciosos, en una alforja, en un arcón de guardar prendas de ropa, se echan hojas de estas plantas y son regalo del olfato los divinos aromas.

Para el adobo de carnes frescas, el indio desmenuza hojas secas del "amoroco" entre la sanguasa; la carne se orea al sol y queda saturada de un aroma caluroso y que llama al apetito.

CAPITULO IV

DONDE SE DESCRIBE LA REGIÓN MAS HERMOSA DE «LA FLORIDA».—EXPEDICION FRANCESA QUE SE ADELANTÓ Á CONQUISTAR LA «VIRGINIA».—LA BELLA ULÚA.—LOS AMORES DEL CAPITAN GONZALO DE GUADAIRA.—«YO ME VOY CON VOSOTROS».—DE CÓMO UN SOLDADO SUEÑA CON SER EL REY DE GRANDES ESTADOS.

Organizados de un todo lo menos seis establecimientos en todo el inmenso imperio del Norte, ya el Gobernador Narváez no pensó en nuevas exploraciones. La batalla continua con hordas salvajes, la perenne defensa de la propia vida ante el acecho de los elementos de la Naturaleza, allí tan indómita como sus moradores; mares embravecidos, vertientes desbordadas, árboles inmensos derribados por

la furia de los huracanes, las epidemias diezmantes, la índole codiciosa e insaciable de la soldadesca, acostumbrada a entrar a saco y degüello de cuantas ciudades eran vencidas en Flandes o en Italia, fueron gran parte para que aquel hombre tan endurecido y animoso tratase de retraerse a un bien ganado reposo. Quiso hacer de aquella región de La Florida un lugar solariego en donde la paz de los rebaños a plenos collados saludase todos los días al sol y a las brisas.

No sin razón, porque ahí, en la comunidad ya dócil de población india comenzaba a nacer la confianza hacia el conquistador español. Menos áspero éste, menos impetuoso, abierto el puño recio ya no como una amenaza, sino como una cosa fraternal, y el indígena comenzó a labrar la tierra y a tañer por las tardes su melancólico instrumento de una sola cuerda distendida a lo largo de un arco de flecha.

Las hembras, un tanto obscuras, como la arcillosa tierra de aquellas soledades, no sabían adornar sus lóbregas cabelleras con una flor ni con una perla, pero decoraban su cuer-

po con las más raras pinturas, cercábanse el vientre con una hilera de plumas encarnadas y amarillas y se colocaban una estrella de oro en la frente.

Pero el francés, no; el francés invadió todo el territorio de la Virginia y se dispuso a defenderlo con todas sus fuerzas.

Al francés, como a nosotros, le alcanzó el ala recia y mala de los naufragios; pero, como nosotros, luchó con los elementos y llegó a la tierra prometida. El sabía que en tan vastas extensiones había lugar para todos.

Y Narváez tuvo que extender más al Sur sus dominios.

Una mañana de 1530, en Junio, mandó con Pantoja una expedición a navegar cien leguas más por la costa.

Pantoja volvió dos meses después cargado de tesoros y de plumas. Los soldados traían el morral lleno de oro y el ánimo de lo más dispuesto a volver a la Península a toda costa.

Y una noche doscientos de los nuestros tomaron un galeón y se dieron a la mar rumbo a la Patria. El maestre Juan de Diego aconsejó al Gobernador que enviase una expedi-

ción en su seguimiento, que los apresase e hiciese volver; mas Narváez se encogió de hombros:

—Si no nos quieren acompañar más... que no nos acompañen... ¿qué les hemos de hacer?

Allá irían los galeotes con la nueva de las fabulosas riquezas, de los encantamientos del país infinito de las selvas, los ríos, el oro y las mujeres morenas!

El Capitán Pantoja dejó una relación curiosa y superba de las maravillas de la región visitada.

Hasta la sombra es hermosa: algunas flores lucen como joyas entre la maraña, brilla la tierra arcillosa y cada mañana el sol dora las cumbres de las cerranías. Huele el campo a incensarios, cantan mil pájaros y un río cuyas orillas se pierden en la inmensidad.

Uno de los soldados se trajo una india joven. Toda ella nerviosa, con los ojos vivos y los pechos parados y redondos.

Fué una tribu que no pudo huir porque no advirtió la proximidad de la cohorte extranjera, que avanzaba por tierra con el pendón

de Castilla en alto, espada y alabardas en mano y arrastrando un pesado pedrero de bronce.

Todos fueron apresados. Pantoja les decía que no serían maltratados, que el español los trataría muy bien. Que respetaría sus mujeres, sus hijos, sus riquezas, que quería ser amigo sincero de las tribus.

Con no poca esquivez, al cabo los indios se dejaron fascinar por el tercio hispano. ''Les habla en tono suave, persuasivo y leve''. Mas el hecho de hacerlo en su propia lengua. El Capitán Pantoja habíase impuesto pacientemente el aprendizaje de tan endiabladas lenguas y aprendió muchas de ellas.

Después de haber logrado cuanto quiso, se alejó de aquellas comarcas.

Despidióse de los naturales como hubiera podido despedirse de sus coterráneos de Sanlúcar de Barrameda.

Puesto en marcha el pelotón de tercios aguerridos dando vivas ''a Santiago'', una hermosa india corrió a alcanzarlos y se echó en los brazos del soldado Gonzalo Guadaira, joven y rubio, natural de las Arenas del

Duero, que en sus veintitrés años ya había hecho dos campañas bajo las banderas del Emperador y Rey.

—¡Yo me voy con vosotros!—exclamó, echándole los morenos brazos al cuello.

—¡Vive Dios!—respondió el guerrero—que yo había pensado otro tanto!...

Después de efectuada la fuga de aquellos expedicionarios, preguntó Narváez a Guadaira por qué no se agregó él también a los fugitivos, perteneciendo a la misma compañía, y Guadaira respondió, con tono socarrón:

—Porque yo tengo dos luceros para ponérselos a mi escudo cuando sea soberano de estas tierras.

—¿Cómo?

—Los ojos de mi Ulúa (1).

---

(1) Acaso sea este el origen del nombre de la floreciente comarca americana Ulúa de Guadaira.

CAPITULO V

CÓMPUTO CRONOLÓGICO DE VARIAS EXPEDICIONES SUCESIVAS.— CONQUISTA APOSTÓLICA DE «LA FLORIDA» POR LOS ESPAÑOLES EN 1543.—SU FRACASO.

Desde la expedición de Narváez y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1526 hasta 1544, a La Florida, se efectuaron unas diez o doce de franceses, ingleses, holandeses, que han sido las últimas y más desastrosas. Señaladamente la de Walter Enverty, que pereció frente a las Azores, perdiéndose nueve galeones con setecientos hombres y cuatrocientos cincuenta caballos.

Por muerte del adelantado Don Fernando de Soto y noticias que se tuvieron como el año de 1543 había llegado su sucesor Luis de

Moscoso a México, demandaron muchos esta conquista; no los atemorizó los malos sucesos precedentes, con esperanza de conseguir los bienes de la tierra que se había de descubrir, aunque no eran tantos como se imaginaban.

El año de 44, estando la Corte en Valladolid, fueron otros los pretendientes de esta conquista: Julián de Samana y Pedro de Ahumada, hombres valientes para tal extremo, especialmente el segundo, entendidísimo en muchas cosas y muy virtuoso. Mas ni el Emperador, que estaba en Alemania, ni el Príncipe Felipe, que gobernaba todos los reinos de Castilla y Aragón, la dieron a ninguno, ora aconsejados por el Consejo de Indias, ora por otras personas particulares que se oponían a esta suerte de empresas, dados los desastres que ocasionaban a porrillo. A esto agréguese los rumores de las atrocidades que cometían los españoles en aquellas apartadas comarcas.

Pero ni los consejos, ni los rumores menguaron el fervor de los hijos de Dios movidos por el bien de las almas, en la promulgación

de la fe, de llevar y tomar por su cuenta la conquista apostólica y sin armas, ni aun para la defensa.

Y estos fueron Fray Luis de Barbastro, de la Orden de Santo Domingo, y Fray José de la Concepción Higuera, Fray Gregorio de Becteta, Fray Juan Garcés, Fray Diego de Tolosa y Juan de Fuentes.

Expedida por el Emperador la orden de encomienda, marcháronse a México y de ahí a La Florida.

CAPITULO VI

MARTIRIO DE FRAY LUIS DE BARBASTRO

El arribo del Padre Barbastro se efectuó en circunstancias nada propias para una conquista pacífica.

El elemento indígena estaba como nunca ensoberbecido por recientes victorias sobre las partidas de filibusteros ingleses, y exacerbado por las tremendas carnicerías de los españoles. "Bañadas están de sangre india estas arenas", decía un cacique al ordenar la ejecución de varios prisioneros españoles.

De suerte, pues, que cuando los ejércitos indígenas columbraron la nao que conducía a Fray Luis y sus compañeros, se aprestaron a la resistencia.

Cuando los frailes desembarcaron, admirá-

ronse mucho los indios de ver que eran tan pocos y desarmados. Pero reconociendo su calidad de españoles y el hecho de venir por donde aquéllos acostumbraban, determinaron darles muerte. ¡Tenían sed de beber sangre de españoles!

Cuando les pareció tiempo corrieron hacia los religiosos y con toda brevedad los condujeron a un cerrillo, ahí próximo, adonde los hirieron cruelmente con unos maderos que los indios llaman "macanas".

—¡Ayúdame, Señor Dios mío!—exclamaba Fray Luis.

Fué tan alta la voz, que pudieron apercibirla los que habían quedado en la corbeta que los condujo y quienes dieron la horrenda noticia. Lo mismo hicieron con los otros religiosos.

Mientras unos indios quitaban la vida a los religiosos, otros gritaban jubilosamente en lo alto del cerrillo como dando gracias a sus bárbaros penates por haberles facilitado la venganza contra odiosos españoles.

Suspendida la sangrienta faena, fueron a ocultarse en la selva de carrizales, a esperar que saliera más gente para continuarla.

CAPITULO VII

EL APARECIDO: DIEZ AÑOS DE DESTIERRO.—DE CÓMO SE VERÁ UN HOMBRE COMPLETAMENTE DESNUDO PLATICANDO CON UNOS FRAILES.

Fray Juan de Becteta y otros dos frailes se habían quedado en la nao; y como pasara buena pieza de tiempo sin tener noticia de Fray Luis y sus acompañantes, comenzaron a experimentar serios temores. Más el extraño grito que habían oído.

Mas, cuando menos lo pensaban, vieron venir hacia sí una canoa y en ésta un hombre completamente desnudo remando a toda priesa.

Allegóse hasta la nao, y tomando una cuerda subió por ella. Luego, cayendo de rodillas y juntando las manos, suplicó de esta manera:

—¡De España soy, a España voy!

Y se quedó como atónito, como si no pudiese decir palabra. Pasado un rato y un tanto repuesto de la turbación que experimentase, formuló así su sentimiento:

—Yo me llamo Juan Muñoz y soy natural de Sevilla. En una armada que se perdió en esta costa pude escapar con vida, y Dios por su misericordia ha querido sostenerme diez años. He vivido entre los indios, cuya lengua sé muy bien. Varias veces han querido quitarme la vida, porque están muy quejosos de los españoles; pero mis súplicas y el ver que no les hago ningún daño han hecho que su brazo haya descendido sin descargar el golpe. Cuando divisaron este navío, hubo rumor tierra adentro y prestamente se apercibieron para la lucha. Yo, por ver si Dios me daba lugar, víneme a la costa, pudiendo realizar la fuga. Yo estaba escondido en una espesura cuando sacrificaron a los padres que han ido a tierra... "¡Ayudadme, Señor Dios mío!", gritaba el sinventura. Le descargaron un golpe en la cabeza y luego en el suelo le remataron. En seguida les quitaron la vida a

los otros dos. Les cortaron las cabezas con una raja de piedra que usan para cortar la madera y las llevaron a un señor gran cacique que está tierra adentro y que suele beber en los cascos de ellas en venganza de sus enemigos.

Terminado el relato de Muñoz, quedáronse los de la nao muy desconsolados y proyectaron volverse a México. Luego agregó Muñoz que los indios le habían preguntado qué querían decir las palabras pronunciadas por los frailes cuando los estaban sacrificando.

Muñoz les explicó, y entonces los indios se arrepintieron de lo que habían hecho.

—Estos hombres—habíales respondido el interpelado—no son como los otros españoles: no buscan oro, ni plata, ni quitan mujeres, ni vidas: ellos pretenden enseñar la ley de Dios que está en el cielo a quienes ellos adoran, temen y esperan recompensa de sus trabajos, y como vinieron a esta tierra a predicar su doctrina y por esa causa pedían socorro a Dios les ayudase recibiendo su ánima, pues daban por él sus vidas... No es gente que os hiciera mal ni os infiriera agravios.

Cuando el Padre Becteta oyó tales razones y que los indios estaban enterados de qué género de gente eran los frailes, se encendió de nuevo en santo fervor y ganas de desembarcar, y pidió con insistencia al piloto que le dejase desembarcar.

El aludido se negó rotundamente, y no sólo eso, sino que se hizo a la mar.

Dió vuelta por la Nueva España y tomó puerto en Veracruz.

Mas estos contratiempos no amilanaron al padre Becteta; quedó siempre en su corazón el deseo de hacer un viaje de conquista espiritual por La Florida, por parecerle que en ella había de lograr gran provecho para la causa de Dios y coger el premio de la sangre derramada por sus compañeros.

CAPITULO VIII

DE LA SINFORTUNA DE UNA FLOTA QUE SALIÓ PARA ESPAÑA Y SE PERDIÓ EN LAS COSTAS DE «LA FLORIDA».— HOMBRES Y MUJERES DESNUDOS.—EL CAMINO DE LAS PENAS.

Estos y otros muchos fracasos aflojaron un tanto el deseo de oro y de aventuras por la tan famosa Florida.

Pero no tardaron en aparecer otros expedicionarios, entre los que por mala fortuna tocóme hacer viaje por quinta vez a porfía de haber jurado no embarcarme más. Expedición involuntaria, porque ni por pensamiento había el propósito de navegar a La Florida.

La armada salió de San Juan de Ulúa para España. Iban en ella cinco religiosos de Santo Domingo y conducía una gran riqueza en-

viada a la Corona por las encomiendas de la Nueva España: el primer rumbo que siguió fué el de la Habana, adonde llegó veinte y seis días después sin novedad; pero al salir de aquella isla se le vino un temporal encima.

Se vió precisada a torcer la ruta, tomando por el canal de Bahama. Después de infinitos días de brega, de pesadumbre y de desespero, arribó forzosamente a las costas de La Florida.

Los vientos llegaron al delirio en furia y arrojaron las naos contra los arrecifes y rompientes de la costa, perdiéndose casi todas hechas pedazos. Sólo se salvaron un pequeño navío que volvió con las tristes nuevas a San Juan de Ulúa, y otro que pudo llegar a las costas españolas.

De más de mil personas, sólo se salvaron unas trescientas que tomaron tierra, nadando a brazo, o asidas a pedazos de madero.

Entre los salvados, debido a un arrojo y una resistencia sorprendentes, contábanse los cinco religiosos de Santo Domingo.

Estaban apesadumbrados extremosamente, puesto que sobre los males pasados esperaban

otros, dada la índole traidora y cruel de los indios para con los españoles.

Las olas arrojaban comida en abundancia a los náufragos, de la misma que se había perdido en la armada.

Tuvieron el propósito de ir costeando hasta el Pánuco, que juzgaron distaba de ahí cuatro o cinco días de marcha, pero no les pareció realizable.

Cuatro o cinco días después de haber arribado aparecieron los indios en aquel paraje; traían armas, pero acudían en señaladas muestras de paz.

Llegándose a los españoles ofreciéronles gran cantidad de pescado y lumbre. Muestras, en fin, que no habían dado jamás para con los blancos.

Recibieron con gratitud todo aquello los españoles, y en cuanto propagaron fuego se entregaron las mujeres al condimento del pescado.

El general de la flota había salido junto con los demás con harto trabajo, y persona previsora observaba atentamente los movimientos de los indios, así como el número de

los que iban llegando nuevamente, pues para enemigos traían mucha comida y para amigos, muchas flechas y aparato guerrero.

Era hombre prudente, y mandó a todos los españoles que dejasen la comida a la diligencia de las mujeres y estuviesen ellos apercibidos para la defensa en caso de un ataque brusco.

Los españoles tenían muy pocas armas, pues tal cual se impuso el tremendo sacrificio de nadar llevando aquel peso encima. Otro sí, que las olas arrojaron después una caja en donde habían varias espadas y dos ballestas con buen acopio de dardos y saetas.

Los indios hacían señas de paz, convidando a los españoles a que comiesen; pero crecía el recelo del general con tan sobrada cortesía.

Al fin, hubieron todos de sentarse a comer.

De repente dan los indios un alarido, y embrazando el arco la emprendieron con ímpetu.

La refriega fué brava, pero con las espadas y ballestas fueron puestos en fuga los indios, dejando numerosos muertos y heridos en el sitio.

Reflexionaron el general y los religiosos

en mudar puesto, en virtud de que no era de esperarse cosa buena ahí.

Los indios podían volver en mayor número y la base de resistencia era escasa en extremo.

Pusiéronse en marcha para el Pánuco, esperando llegar en cuatro o cinco días, según su cuenta, que resultó desde luego fallida, puesto que en aquel viaje se estuvieron más de cuarenta, sufriendo penalidades sin cuento, entre ellas las de ver que marchaban seguidos por más de cien flecheros indígenas.

El general mandó que los de las ballestas se colocasen a retaguardia, y efectuasen un ataque brusco a los indios y los obligasen a marchar a mayor distancia. Así fué: los de las ballestas pudieron meter el pánico en la tropa de bárbaros.

Llegaron a un río grandísimo de arrebatada corriente, que entra en el mar, señalándose sus aguas hasta muy lejos como un camino amarillento. Los españoles le dieron el nombre de Río Bravo. El hambre, la sed, los diezmaba. Cuando llegaron al río tenían día y medio sin beber, viéndose precisados a recoger el rocío de las hojas con la lengua.

Muchos, por haberse precipitado a tomar sobradamente agua, perdieron la vida.

Una mañana apresaron dos indios dos españoles y los desnudaron sin hacerles otro mal. En el trayecto mataron muchos españoles aquellos bárbaros.

Como casi todas las mujeres estaban desnudas, dispusieron los religiosos que se les pusiese un buen trecho adelante, con los niños.

De esta suerte llegaron al Río de La Palma, teniendo otro infortunio, puesto que no llegaban nunca, como si fuesen marchando hacia la eternidad.

Quedaban apenas unas doscientas personas Al llegar al río no podían pasar. Al fin encontraron, errando por las riberas, una canoa, y así pudieron ponerse del otro lado.

Mas en el acto encontraron otra turba de indios belicosos.

Ninguno de los religiosos hasta entonces había perdido la vida, aunque todos estaban mal heridos, especialmente Fray Diego de Vela y Fray Hernando de Méndes.

Mas Fray Diego agravó grandemente y mu-

rió. Su compañero le abrió sepultura en la orilla del río y lloró copiosamente al enterrarlo.

Al fin llegaron al Pánuco. De ahí los condujo una galera a México. El relato de las mil penalidades ocurridas ocasionó la salida de una armada de las Hibueras con rumbo a La Florida, ya con una precisión absoluta de sitios, rutas, facilidades para labranza de tierras.

Mas la exploración se había efectuado en qué tristes condiciones!

Ello fué que la dilatada vía del Norte llevó en adelante el nombre de "El camino de las penas".

CAPITULO IX

CARTA DE S. M., Á FRANCISCO DE BORJA

Deseoso el Rey de que llegase a los confines de Occidente la milagrosa influencia de los Padres de la Compañía, escribió una carta a Francisco de Borja, y entre otras, decíale estas palabras:

"Por la buena relación que tenemos de las personas de la Compañía y del mucho fruto que habéis cosechado en estos reinos, he deseado que se dé orden para que algunas de ellas se encaminen a nuestras indias del mar Océano. Como en ellas crece cada día más la necesidad de personas semejantes y NS. sería muy servido de que los dichos Padres vayan a aquellas partes, por la cristiandad, y tomen

de su parte la conversión de aquellos naturales por la devoción que tengo a la dicha Compañía. Por eso Yo, vos ruego y encargo: nombréis y mandéis ir a las nuestras indias veinte y cuatro personas de la Compañía, a donde les fuese señalado por los de él, nuestro Consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa, que demás del servicio que en ello a NS. haréis, Yo recibiré gran contento y les mandaré a proveer de todo lo necesario, y demás de esto aquella tierra donde fueren, recibirá gran contentamiento y beneficio de su llegada».

"Yo."

En consecuencia, Francisco de Borja escogió algunos padres para esta misión y los primeros fueron: Fray Pedro Martínez (aragonés de una aldea de Teruel), Justiniano Angel, el hermano Francisco de Villarreal, los cuales el mismo año partieron con la flota que iba a la Nueva España para tomar después rumbo a La FLorida en el puerto de San

Agustín, donde aguardaba el adelantado Pedro Meléndez.

Llegados a la tan famosa costa, adonde se destinaban separados de la armada, que iba recta a la Nueva España, torcieron el camino al septentrión.

Ya eran las ocho de las calendas y distaban casi diez leguas del corriente; pero como apenas el piloto conociese el semblante de los lugares, halláronse dudosos en tomar resolución.

El consejo propuesto era enviar algunos en un esquife que llegándose a las playas explorasen la región; pero por el temor de los bárbaros indómitos, esta operación resultaba de lo más peligrosa y allí nadie aplicaba el ánimo en particular, porque cada cual se prefiere a las obligaciones comunes y como asegurarse con las fuerzas ajenas.

El piloto mandaba que fuesen algunos elementos, pero afirmaron aquellos que si no los acompañaba el Padre Martínez no irían, dado el caso que esperaban defensa de él por su virtud, fe en las cosas divinas, contra la mucha ferocidad de los bárbaros.

El Padre Martínez, luego que oyó la sentenciosa proposición, hizo alarde de temperamento animoso. Se lanzó él el primero al esquife. Los otros tuvieron por denuedo y vergüenza que seguirlo. Fué aquel un reto del Padre, antes que una respuesta.

Apenas habían tocado la tierra cuando se vino tronando una muy furiosa tempestad.

El Padre Martínez no encontró vestigio alguno de los españoles. Teniendo de una parte la inmensidad del mar océano, de otra las vastas soledades, estuvieron esperando en un mismo lugar tres días casi en ayunas, procurando que por alguna parte pudiese desembarcar el bastimento de la nave.

Buscando aquí y allá encontraron unas casucas; sólo vieron un hombre, que al percatarse de tan inopinada visita, corrió a ocultarse en el bosque.

La necesidad obligó a los peregrinos a entrar en ellos y a escudriñar si había alguna cosa para sustentarse: hallaron un pez grande, comieron de él y tornaron al esquife.

Al día siguiente aparecieron algunos natu-

ales que parecían llamarlos haciendo señas con las manos.

Fueron a ellos. Las primeras demostraciones entre unos y otros fueron de lo más cordiales, pero los bárbaros estaban todos armados y se dirigían miradas significativas.

El Padre Martínez dijo a uno de sus acompañantes:

—Id a toda prisa y traed ballestas y más compañeros. Salid con disimulo y discreción, que éstos no tienen buenas intenciones y son muchos.

Y, en realidad, apenas vieron los bárbaros el nuevo desembarco, tomaron el campo sin despedirse. Señaladamente traían la idea de atacar. Mas como viesen qne iban a salir asendéreados, optaron por lo mejor, que era alejarse del modo que lo hicieron.

Se retiraron sonriendo, haciendo peregrinas monadas, como si en el hombre, acaso en los más salvajes, hubiese la simiente de la malicia en todo.

Al día siguiente atisbaron en la lejanía un navío grande: eran soldados de Meléndez. Una ola de júbilo los bañó a todos. Era aquella

una estrella en la noche, toda medrosidades, de la incertidumbre.

Comparadas las cosas, hechos los cálculos, resultó que nada pudo hacer el Padre Martínez, teniendo que irse a la Habana a dar cuenta al adelantado Meléndez de lo poco fructuosa que había sido su expedición.

Quedó bastante desairado, muy a pesar suyo.

Pero no hubo más remedio que someterse a la voluntad del Señor, que no quiso dar buena cima a aquel negocio.

CAPITULO X

EL ÉXODO DE LOS DESCONTENTOS.—LA HERMOSA FUNDACIÓN DE ISOLDA.—SU BUEN SUCESO EN TODO CUANTO EMPRENDIÓ.— LA URCA ASTURIANA.—MUERTE DE ISOLDA.— REFLEXIONES ACERCA DESTE EDIFICANTE SUCESO.

El buen suceso de varias expediciones enviadas por D. Hernando Cortés a La Florida, atrajo no pocos aventureros, que no habiendo encontrado en la Nueva España las soñadas riquezas, se fugaban de aquella encomienda viniendo a parar en las costas susodichas.

Eran en su mayoría hombres de tajuña y de presa, que un principio se encontraron bien hallados en la fastuosa India, pero como tratasen los conquistadores, y especialmente los

frailes, de ponerles un freno, se apesadumbraron o amostazaron y quisieron hasta protestar por ante la corona contra el delito de que no los dejasen cometer desmanes y vejámenes contra las tribus sometidas.

Acudían de La Española, de Santo Domingo, de Cuba, de las Hibueras; muchos de ellos, como un nombrado José de Isolda, natural de Almansa, vivían como los naturales de aquellos remotos países, a medio vestir, con su rebaño de hembras y su cohorte de hijos.

Aquel de apelativo Isolda se apoderó de la ribera septentrional del Río Bravo y ahí se estableció como señor y rey de la comarca. Dominado que hubo la región por la superioridad de las armas y el número de indios amaestrados en su manejo, se dedicó a cometer irrupciones selva adentro, y en cada expedición de aquellas mataba miles de cautivos y se los traía, sometiéndolos al trabajo y a la esclavitud, apartaba para sí las mejores mujeres y se apropiaba de cuantas cosas de valor, telas u oro, poseyesen los asaltados.

Logró fundar dos pueblas: una en la ri-

bera izquierda de la ría y otra en la vertiente superior.

Ejercía con Olid el más vergonzoso tráfico de esclavos, secundádo por dos piratas portugueses.

Con todo y tales malandanzas Isolda hubiera logrado no pocas ventajas al poderío español; pero su siniestra manera de llevar la vida, su alejamiento absoluto de la ley de Dios lo precipitaron en la perdición, a la muerte y al fracaso completo de lo que pudo haber sido una obra de conquista.

Cierta tarde llegó a aquel fondeadero una urca tripulada por varios asturianos con el objeto de embarcar cincuenta indios con destino a los trabajos de labranza que efectuaban los ingleses en Demerara, y trajeron a Isolda varias cubas del mejor vino que para entonces se cosechaba en los Pirineos.

La operación del embarco se efectuó con toda felicidad, pues la docilidad de los deportados fué tal que no hubo necesidad de los cintarazos ni los cepos, ni las maneras que habitualmente constituían el coronamiento de tales empresas.

Sólo un indio viejo, de la tribu de los chichimecas, negóse a embarcar, dando muestras sobrado rebeldes. Pero como era uno solo, no se dió importancia al asunto.

Una vez que la urca se hizo a la mar, entregóse Isolda a la más espantosa borrachera en unión de dos de sus hijos y una barragana que tenía él por la favorita entre todas.

Cometieron las más ascosas obscenidades con el mayor desenfreno; pero como acertase a pasar por ahí el indio rebelde, encendiósele a Isolda el instinto siniestro de la matanza y determinó hacerlo quemar vivo.

Mas el indio anduvo con inusitada presteza, y precipitándose sobre él le dió tan feroz dentellada en el cuello, que le desgarró la arteria del lado del corazón.

Aquel intento del indio fué la chispa que había de incendiar en cólera toda la puebla. En efecto, cautivos y esclavos se lanzaron con ímpetu contra Isolda, sus hijos, barraganas y varios españoles que con él militaban, y, como estaban borrachos, fueron vencidos en poco rato.

Isolda, y con él todos los suyos, fueron des-

pedazados. Los rebeldes, después de ejecutar la hazaña, tomaron todo lo que de alimentos, telas, oro, existía en aquellos depósitos, y cargándolos en los lomos del rebaño de yeguas, se marcharon selva adentro, no sin antes haber prendido fuego a las viviendas, que ya formaban una hermosa aglomeración.

Así terminó uno de los más bellos intentos de conquista que se hayan hecho en las posesiones españolas de más allá del mar océano.

Lo acontecido con Isolda y su sinfortuna aun en medio de la victoria señalada, es un ejemplar para los hombres valientes y de corazón animoso que, como él, acometen empresas difíciles.

Conmueve, pero no apesadumbra, su desgracia.

Del grupo de fugitivos que de aquella ínsula tomaron la espesura de la selva ha salido la terrible horda que hoy diezma las posesiones españolas en aquellas costas.

Son temibles, son numerosas, poseen armas cortantes y buenos caballos.

Cada irrupción suya es un huracán, una tromba marina, un azote.

Llegan de improviso, sorprenden, matan, incendian, roban y se alejan rápidamente en sus veloces corceles, ondeándoles orgullosamente el penacho de plumas coloridas y la fastuosa cabellera negra.

Se llevan las mujeres blancas que logran agarrar; y una vez que las conducen a sus cabañas, las violan, se refocilan con ellas y las matan!

Un español, y tan español, como que era de Almansa, nuestro compatriota, nuestro hermano, sacrificóse él, privó a su país de la copiosa ración de oro y de sangre que él hubiera podido traerle, y pasan los tiempos y ahí está el germen de sus males: sus caballos, sus sistemas de labranza y de utilizar el hierro los tomó el bárbaro, y los esgrime contra los de su raza.

Finalmente, ácaso por mandato de Dios Nuestro Señor se hacen esos ejemplos en la tierra. Quizás ellos sirvan de corrección.

CAPITULO XI

NUEVAS EXPEDICIONES Á «LA FLORIDA».— CELOS DE AUTORIDAD POR PARTE DE LOS QUE HABIAN LOGRADO ESTABLECERSE EN AQUELLAS COMARCAS.—DE COMO SE VERÁ QUE EL REINO DE INGLATERRA DEPARTIAN INTRIGAS PARA ESTORBAR LA CONQUISTA ESPAÑOLA.—EL ENOJO DEL REY.—A «LA FLORIDA« A TODA COSTA. QUERIA EL CONSEJO DE INDIAS EL ESTABLECIMIENTO DE NUEVAS COLONIAS, YA QUE Á LO LARGO DE LA ESPERANZA Y DEL RIO BRAVO SE HABÍA LOGRADO UNA BUENA PARTE DEL TERRITORIO PRÓXIMO Á LA NUEVA ESPAÑA; RECELOS DE D. HERNANDO.—LAS INDICACIONES DE OLID.

Hartas y dificultosas diligencias durante una buena pieza de tiempo no habían bastado para el dominio absoluto de Su Majestad Católica en el dilatado reino del Norte de las Indias occidentales.

Después de la expedición guiada hasta Cuba por el adelantado Meléndez, otras mu-

chas se hicieron sin resultado. Antes bien, sobrado costosas sin cuantía en el provecho. Muchas con consecuencias desastrosas que pusieron en tribulación al amoroso solar español, siempre dolido en derramar sangre de sus hijos.

Por una parte, la urgencia en tomar posesión de tierras que a España pertenecían por habérselas donado en premio del descubrimiento el propio Sumo Pontífice, depositando en su Soberano el encargo de evangelizarlas para la Santa Madre Iglesia, creciendo mucho esta presura, puesto que ya otras naciones codiciosas, y hasta con sobrada envidia, pretendían arrebatársela; por otra parte la no menos calamidad de acallar un poco las querellas de aquellos arrogantes y animosos compatriotas que, exponiendo su fortuna y su vida, se lanzaron a los tormentosos mares y los cuales habían logrado establecer señoríos de no escasa importancia, como el de "Nueva España", el de "La Virginia" y el de "Las Hibueras".

Muy señaladamente el primero, D. Hernando Cortés, que empezó a suponer que las

agregaciones de nuevas encomiendas, yendo más allá del Pánuco, amenazarían de fijo apañar algún pedazo de su conquista sobre las riberas del Golfo.

La situación era extremosamente dificultosa para el Consejo real de Indias: si no procuraba tomar los territorios aun no ocupados, arriesgaba que lo tomasen para sí los ingleses, los franceses o cualesquiera otro reino conquistador; si los ocupaba con desusada priesa, temía la rebelión de aquellos antiguos encomenderos, en el nuevo e inmenso reino indiano, pues supondrían que se les iba a suplantar en lo que había venido a ser su patrimonio.

Eran inútiles cuantas exhortaciones se hacían de prudencia, de discreción, a los nuevos expedicionarios.

A esto agréguese el peor de los males: el de los naturales, que ya amenazaban a luchar con no poca ventaja; en efecto, estos bárbaros ya no eran los bisoños de antes. Todo lo contrario: eran abrumadores, no sólo por el número, sino que también por las mañas.

Pacientemente, atisbando desde la espesura

sin ser advertidos, ejecutando o viendo ejecutar maniobras en su cautiverio, se iba instruyendo, tomando el modo, la manera, hurtándose el ganado caballar.

De suerte, pues, que las tribus rebeldes eran casi ejércitos de punta en blanco. La ayuda de la bestia de carga, de guerra, de caza multiplicaba sus fuerzas; singularmente denodados en la arremetida, derribaban cuanto encontraban a su paso. El chichimeca montado en potro indiano ejecutaba ya prodigios a puro pelo, sin más arreo que un refajo de retorcidas cerdas vegetales y un pretal que aguantaba la resistencia del tercio, haciendo inoficioso por su artificio el freno de ferrada pernezuela.

En la huída, veloces hasta donde puede señalar la fantasía: internándose en cerradas malezas, por encrucijadas y vericuetos de berrocales y torrentes, salía como un espanto en su hipócrifo el rojo enemigo de la luz y del Crucificado.

La reina de Inglaterra encargaba a sus corsarios que aunque no pudiesen hacer presa de territorios, procurasen dejar armas y otros elementos de ofensa al indio rebelde.

Grijalva, en una carta al Consejo de Indias, manifestaba que Olid había apresado un galerón con armas para el cacique Chapozthlin, y el cual galeón había salido de la Escocia.

Esto, que causó grande indignación en el ánimo del Rey Nuestro Señor, no tuvo consecuencias guerreras entre los dos reinos. Su Majestad acalló sus agravios y se dispuso a tomar las nuevas posesiones a toda costa.

CAPITULO XII

EN DONDE SE DA CUENTA DEL REGRESO DE PEDRO MELÉNDEZ.—NOTICIA DETALLADA DE VARIOS SUCESOS MÁS.—LO QUE SE PUDO HACER, LO QUE SE DEBIÓ HACER.

Pedro Meléndez volvió a España a dar cuenta del estado de La Florida y de su generalato.

Sus detalles fueron numerosos, hasta cansar la atención de los Consejeros que prestaron oídos a su sobrado discurso; pero entre todo podía deducirse que había evangelizado gran parte de la región, organizado varios establecimientos para que los niños indios se fuesen ilustrando en la vida del buen Dios y de su sana creencia. Que había contribuído con mucha diligencia al socorro de una

flota que navegaba hacia el Perú y en la cual iban muchos enfermos.

Recibió asimismo una carta de Francisco de Borja en donde éste le encarecía sus buenos oficios y menesteres en favor de una expedición que había salido en esos días con rumbo al Norte de las posesiones del mar océano.

Ante tales urgencias, el Gobernador se hizo de nuevo a la mar y enrumbó sus naves hacia La Florida, con el propósito deliberado de ayudar las Misiones con la Infantería española, de la cual llevaba un lucido y numeroso cuerpo.

Mas por su malaventura tuvo que luchar antes muy denodadamente con los elementos enfurecidos. Ya en una latitud bastante alta, arrecióle el viento por la proa.

Tomó precauciones la marinería y apercibióse a resistir la tormenta. Y, en efecto, fué una lucha terrible durante quince días.

Arribó a las costas de su destino; pero habiendo perdido dos galeones de los mejores que llevaba, ciento quince hombres y cuarenta y cuatro caballos. El resto de las naves arri-

bó al garete, faltándole a algunas toda la maniobra, enteras, por haberse visto en la forzosa sus tripulantes de derribar a hachazos los mástiles, pues ni aun aquéllos toleraban la violencia del huracán.

Desembarcado, tuvo que empeñar reñida pelea con el bárbaro, pues éste llevaba en derrota a los escasos elementos, en su mayoría flamencos, de que podían disponer los padres de la Misión.

Por fortuna, los indios comprendieron la importancia del nuevo legionario que iba en contra suya, el cual le hacía estragos con pedreros y ballestas, en tanto que sus pérdidas eran de escasa o ninguna importancia, debido a las rodelas y mallas de acero de que los soldados europeos se hallaban revestidos.

Los bárbaros se retiraron; pero en la noche reacometieron por asalto, siendo de nuevo repelidos y puestos en fuga.

Más de dos mil indios quedaron en el campo. De ese modo pudo establecerse una puebla que se llamó Alba de Auces en la parte septentrional del Río Bravo.

De esta misión salieron los establecimien-

tos de Alava Nueva, San Francisco y la puebla del río propiamente llamada Paso del Real.

Cuando el Gobernador se alejó de aquel sitio hacia su Gobierno de Cuba, muchos naturales quisieron seguirle, porque hizo una diligencia de piedad y de virtud hermosa para con aquellos infelices haciendo paternal la prudencia.

CAPITULO XIII

DE LA MUY PINTORESCA Y ORIGINAL HISTORIA DE ANTOÑICO EL MONACILLO DEL VICE PROVINCIAL.

Pero volviendo un poco a la ejecución de lo acontecido en la obra de los Padres Jesuítas en su Misión, es de peregrina curiosidad referir lo que sucedió en muchos de sus días de labor espiritual.

Entre los muchos cautivos que lograron apañar los bárbaros del campamento cristiano, cayó un mocito que llamaban Antoñico.

Todos fueron sacrificados, menos él; probablemente por su edad suscitó la compasión de aquellas feroces turbas.

Era aquel muchacho hijo de español ve-

cino del fuerte llamado Santa Elena, y se lo habían dado al Padre Vice Provincial para que le ayudara a la Misa y se hiciera un hombre de provecho al lado de tan reverendas personas; tuvo deseos de morir con sus compañeros y estorbóselo un hermano del fervoroso indio cacique, el cual lo dejó preso en su casa.

Después le mandó que, en unión de otros, enterrase aquellos cuerpos, como hacían los cristianos.

Al muchacho, los primeros días hízosele duro y agrio el cautiverio: falto de sólida razón y base de fe pura, se apesadumbraba y lloraba como un chico recién nacido.

Pero al cabo la misma juventud dióle fuerza para resistir la cruel desventura. Al cabo concluyó por amañarse a la vida salvaje.

Ya hombre, como que contaba diez y siete años, el cacique—que por una rara cosa de milagro le había tomado devoción y simpatía—buscó varias jóvenes hembras de las más regordetas de la tribu y lo puso en coyunda con ellas.

El, ya contaminado de la vida salvaje y licenciosa y en lozanos bríos pecadores, tomó

muy a buena parte la disposición del cacique. En pocos meses puso preñadas las hembras que le destinaron, y de ahí en adelante quedó como arraigado entre los bárbaros.

Algún tiempo después, en un encuentro de soldados del fuerte de La Florida con varias hordas de la región, fué él, Antoñico, uno de los cautivos.

Los soldados reconocieron al punto el tipo europeo en el hombre blanco y adornado de rubios mostachos y de una espesa cabellera que se le destrenzaba como un chorro de oro sobre las espaldas; pero no se percataron de que era el hijo del espadero Maese Santos.

Visto e interrogado con curiosidad asaz, extrañáronse mucho de que no quisiese volver a la vida de los de su raza.

Y en ese coloquio estaban, cuando el capitán Pánfilo de Hernáiz dió la espalda con descuido a los prisioneros.

Sácale bruscamente la espada el Antoñico, y embistiendo ciego de coraje contra el grupo de soldados, se abrió paso entre ellos y tomó los montes vecinos.

El hombre, convertido en bestia por la lascivia y el desenfreno infernal, tomó la soledad espantable de los que tienen el alma en tinieblas, porque sus ojos no llegan hasta las luminarias del celeste Hacedor...

CAPITULO XIV

TERCERA EXPEDICIÓN FRANCESA A LA FLORIDA MANDADA POR CASANOVA.—ALIANZA DE LOS EXPEDICIONARIOS FRANCESES CON LOS BÁRBAROS DE LA REGIÓN.—EL LICOR DE LA GLORIA Y DEL BUEN VALOR.—ASALTO Y TOMA DE LOS CASTILLOS DE BOCA DEL RÍO Y DEL ALCÁZAR.—LOS VENCIDOS SON PASADOS A CUCHILLO Y COLGADOS.—LUTERANOS Y CATÓLICOS.—EL RÓTULO INFAMANTE.—OTROS DETALLES NO MENOS MEMORABLES.

Arribaron los franceses esta vez a La Florida el año 1576; pero en tal ocasión no fueron ya los bárbaros los únicos enemigos de los españoles, sino que ellos también.

Era un motivo más para la empeñada resistencia de nuestros compatriotas el que los franceses eran en su mayoría hugonotes y

sólo iban con el malhadado propósito de sembrar en aquellas tierras la mala simiente de la herejía.

La batalla fué reñida y sangrienta, viéndose los franceses en la forzosa de tomar de nuevo y aina sus galeones.

El Rey de Francia fingió olvidar o disimuló el enojo que le causase la derrota de sus armas en La Florida; porque Francia estaba dividida en numerosos bandos o por odio a los protestantes, que eran los más que en tan memorable acción habían muerto.

Mas al cabo determinó que no quedasen sin venganza y ordenó que saliese otra expedición al mando del almirante Casanova, hombre audaz en extremo, de cultivado ingenio y pronto en toda suerte de empresas.

La armada se componía de tres navíos tripulados por doscientos hombres de Infantería y ochenta marineros.

Tomó por Septiembre el puerto, siguió a Burdeos, donde se hizo de otro navío, y a veinticuatro de Agosto se dió a la vela. Pasó el promontorio de San Antonio por el canal de Bahama y arribó a Boca del Río Mayo.

Los españoles, al divisar las naves, lassaludaron con señales, creyendo que era armada de su Patria.

El galeote se dió buena maña y, para tenerlos desapercibidos, les respondió en la misma forma. Luego simuló que navegaba hacia otra parte y continuó por la costa de modo que de aquel sitio no le pudiesen ver. Quince leguas más adelante, en la boca del río Siguama (que los bárbaros llamaban Tasatacoviva) pasó con las naves.

Los naturales acudieron a la playa armados, pero les hicieron señales de paz y les enviaron un trompeta para que les dijese como venían de parte del rey de Francia a renovar de buena gana la amistad y a socorrerles con su patrocinio, porque los sabía necesitados de él, mayormente cuanto que tenían encima el yugo de los españoles.

Hicieron los indios muchas manifestaciones de alegría, y entre mutuos agasajos no se hizo en todo el día otra cosa.

Luego acudieron caciques y delegados de otras comarcas inmediatas, entre ellos Molona y Alcalana. De una y otra parte se de-

pusieron las armas. Otro, de nombre Saturiova, por medio de un intérprete, contó al francés las injurias y desmanes cometidos por los españoles en todo el territorio, que él y los suyos estaban apercibidos para vengarse.

Así se confederaron los franceses con aquellas cohortes salvajes, dando y recibiendo dones entre unos y otros.

Demás de esto, por medio de un indio escapado de las misiones españolas, se informaron detalladamente del estado de las fortalezas y guarniciones de aquéllos en todo el litoral.

Después combinaron día en que debían juntarse y arremeter contra nuestras legiones.

Habiendo ido todos a Somona, se brindaron con una bebida que usan aquellos animales siempre que parten a alguna expedición peligrosa, pues creen que con ella pueden resistir mejor el hambre, la sed y acallar el miedo. Esta bebida la llaman el licor de la buena ventura.

Los españoles, que después del destrozo de Aibaldo, habían reconstruído las fortificacio-

nes de La Carolina, tenían además una y otra parte del río Mayo, más abajo hacia el mar, armado todo, con un presidio donde vigilaban cuarenta soldados. En las naos quitadas a los franceses tenían aposentados otros grupos de soldados, sumando por todo unos cien hombres.

El intento de los franceses era acometer a los españoles de improviso al amanecer; pero por la dificultad de los caminos, que estaban intransitables, debido a las muy abundantes lluvias, subió el sol sin que pudiesen avistarse con las fortalezas enemigas.

Como por aquellas rutas se hacía muy lenta la marcha, llegando el fango al muslo, decidieron ir por la selva, vía más larga, pero menos fatigosa.

Tomaron vado y se pusieron en la ribera opuesta del río.

La primera escaramuza con los arcabuceros del castillo fué con los pelotones de bárbaros que marchaban adelante; y como los de la fortaleza no esperaban aquella arremetida, fueron dominados en pocos momentos.

Los bárbaros se adueñaron del fortín, de

las armas, de cuanta pólvora encontraron. Hicieron muchos cautivos y mataron la mayor parte de ellos. En tanto, el grueso de las legiones de franceses y indios atacaban furiosamente las otras fortalezas y el Alcázar.

Estas costaron un poco más de gente a los asaltantes, pero también fueron tomadas y saqueadas.

El Gobernador, como último recurso, rompió el cerco del Alcázar y tomó los bosques, con ánimo de salvar así su vida y la del resto de sus compañeros; pero su postrer esfuerzo ué superfluo: Casanova se le echó encima con el grueso de sus tropas y varias hordas de salvajes, matándolos a todos.

Así fué arrebatada La Carolina a los españoles.

Casanova mandó colgar a los cautivos, poniéndoles este rótulo:

"Que procedía con ellos, no como con españoles, sino como traidores y perseguidores, supuesto que Meléndez, cuando quitó la vida a los franceses los años pasados, dijo que no los degollaba como franceses, sino como luteranos herejes."

Hecho esto, Casanova ordenó a los indios que destruyesen e incendiasen los edificios, luego que él tomó cuanto había en oro, lanas, bastimentos, caballos, esquifes y los embarcó en sus naves y en los navíos que apresase a los españoles.

Luego se hizo a la mar y tomó el rumbo de Francia.

CAPITULO XV

DEL MANDO DEL SOBRINO DE MELÉNDEZ VALDÉS COMO GOBERNADOR.—EL MISTERIOSO ANILLO DE LA PIEDRA AZUL.—EL REY FELIPE.—EL DEDO DEL PERDÓN.

Visto el fin de la primera conquista de La Florida en la sanguinolenta arremetida de Francia contra el poder español más allá del mar océano, devoró Su Majestad en secreto aquel agravio, hasta el extremo de que no se le conociese en el semblante el efecto producido, que debió ser de muy incruenta perturbación.

Mandó nuevamente a constituir Gobierno de la tan famosa y tan disputada ínsula, y resolvió que D. Pedro Meléndez de Valdés, sobrino del anterior adelantado, fuese como tal a La Florida.

Marchó, pues, Valdés al año siguiente por la primavera, rumbo a Cuba, con objeto de dejar en aquella isla cincuenta y tres yeguas que mandaba una casa particular, la del Marqués de Torrejón, a sus posesiones de Pinar de los Ríos, en la parte meridional.

La travesía fué feliz y a buen andar, como que hizo bastante priesa en la llegada setenta y dos días después.

En su travesía á las costas Carolinas también tuvo buen suceso, sólo que he de apuntar en este historial la peregrina ocurrencia que le fué dada al galeón llamado el "Hechicero", cuyo capitán era un bilbaíno llamado Mencio Sánchez, contramaestre que había sido por mucho tiempo en las galeras que hicieron la guerra de Túnez.

Los vientos alisios molestaban un poco las naos, por cuyo motivo el de Sánchez, que era el último que marchaba en fila, determinó de orzar algo, de modo que aunque navegando hacia sotavento de las naves que iban delante, pudiese meter a la deriva en ocasión oportuna y ponerse de nuevo en rumbo.

Es lo cierto, pues, que a eso de las nueve de

la noche sintieron los tripulantes algo parecido a golpes que descargaban de cuando en cuando contra el costado estribor del buque. Golpes secos aunque en lo mojado de la mar, pero que hacían estremecer la armazón.

Durante toda la noche estuvieron sintiendo aquellos singulares bandazos, sin poderse imponer del motivo, pues cuantas veces saliera el timonel a la borda a alumbrar, el viento le arrasaba la hollinosa mecha al candil y se quedaba en la tiniebla. No sin cierto miedo, puesto que de esas ocurrencias se cuentan muchas y espantables cosas de los marinos en la soledad de los mares en largos viajes, en donde se va bajo la sola piedad de Dios Todopoderoso, que con divina mano riega de lamparillas de oro el sombrío firmamento.

Ya en la mañana acertaron a mirar varias veces una ballena que iba dando tumbos aquí y allá, pero que a menudo se dejaba marchar aparejada con la borda del buque. Luego se alejaba, lanzaba su resoplido, daba un colazo, levantando un penacho de espuma

y se sumergía para aparecer al poco rato más adelante.

Prepararon a bordo una gruesa cuerda de cerda vegetal bastante larga y sobrado resistente, atada a una lanza de garfio.

Sánchez fué quien se puso al acecho con ella empuñada, a fin de que cuando el monstruo se arrimase de nuevo, lanzársela.

Y todo salió como lo había ordenado y discurrido en su entendimiento.

Se arrimó el gigantesco pez, y el animoso marinero acertó a clavarle la lanza en lo recio de los lomos. El animal tomó en fuga con suma violencia, arrastrando cuerda que la marinería toda ya había asido a la punta para hacerle resistencia en lo que aquella acabase de soltarse.

Comenzaron al fin a tirar de ella. Después de mucho esfuerzo y de largo rato izando, ya desmayado el monstruo de tanto batallar, cogido por la buida trampa, lograron meterlo a bordo y matarlo.

La marinería se puso toda jubilosa, y el galeón "Hechicero" continuó ligero y audaz su rumbo.

Todos afilaron sus hojas de cortar, prepararon jabalinas y alabardas. Luego pusiéronse con mucha diligencia a descuartizarla, después de sacarle la piel, que, extendida sobre la cubierta del galeón, parecía el cuero de elefante, despojado del vello, como que relumbraba en partes, obscura y lisa.

Pero uno de los soldados, al abrir el estómago del bicho, lanzó una exclamación de sorpresa.

Todos se le acercaron: en aquella entraña encontraron un brazo humano.

Muchos estaban aterrados. Acaso era aquel despojo el pedazo logrado por la ballena en el festín de los peces con motivo de algún naufragio.

Era un brazo blanco, tatuado hacia la parte inferior por una cruz y una áncora y en torno una corona de encina rematada en un yelmo y una rodela blasonada.

Pero examinado más atentamente, miraron en el extremo de la mano, en el dedo largo, un anillo de oro con una piedra azul.

Sánchez tomó la joya y la examinó atentamente. Por dentro tenía grabados algunos ca-

racteres que decían "María de los Angeles".

Desde La Florida envió Meléndez de Valdés aquella joya a España, y desde entonces es propiedad del Rey Nuestro Señor, que siempre la lleva en el dedo largo, o más expresivamente, el dedo del Perdón.

CAPITULO XVI

DE LA LLEGADA DE MELÉNDEZ A «LA FLORIDA». —UNA EPIDEMIA.—EL CASTIGO DE DIOS.—ENSENADA DE PIEDRAS AZULES.

El resto de la travesía fué sobrado feliz. Aina se dió Sánchez en hacer entrega y referencia Valdés de lo del hallazgo.

Fué colocada la joya en improvisado altar, y ahí, como en cuerpo presente, entonó Fray Marcelo de la Concepción un responso por el eterno descanso del alma de su poseedor.

En aquel arribo no encontraron resistencia por parte de los bárbaros: antes bien, encontraron el sitio en una soledad completa. No aparecía por ninguna parte el bárbaro.

Pero en la primera expedición hallaron una multitud de cadáveres en una barriada selva adentro. No obstante lograron apresar algu-

nos indios que ya al caer de la noche encontraron ruando por las riberas del río.

Por ellos supieron que una mortal epidemia diezmaba las tribus, habiendo muerto miles de personas.

Atribuían los indios aquel mal a un soldado francés que habían abandonado los expedicionarios de Casanova, y al cual se le estaba cayendo la carne a pedazos con una infinidad de llagas en todo el cuerpo.

No sólo sumieron a aquellas pobres tribus nómadas en el infierno de la perdición y la ira del Señor, los franceses, sino que también los minaron de horrendas afecciones.

Con este motivo, Fray Pánfilo de Ortiz envió un indio a que dijese a las tribus, y especialmente a los caciques, lo siguiente:

''Que procurasen venirse al lado de los españoles, que éstos no les harían ningún daño, sino que antes bien, procurarían ampararlos, socorrerlos y curarlos de toda mala y purulenta afección. Que aquello les había acontecido por ponerse a guerrear contra las armas y los servidores del Todopoderoso, que venían a aquellas tierras a imponer su santa

doctrina y a hacer conocer la hermosura de su divina gracia. Que aquellos hombres llamados franceses eran infieles y enemigos de la divinidad y que por ayudarles, Dios les había mandado aquel castigo."

Este mandar del Padre Ortiz tomó efectos milagrosos: desde el día siguiente comenzaron a acudir los indios en numerosas cohortes. Llevaban un año largo aquellos infelices azotados por el tremendo mal y habían muerto muchos millares.

Algunos de ellos habían logrado salvarse y mostraban el rostro surcado de profundas cicatrices.

La reconstrucción de la encomienda de La Carolina fué viable, no se hizo menester gran diligencia, como que los bárbaros no pudieron destruir murallas, brocales, zubias, terraplenes, caminos, tierras preparadas para el cultivo.

Un pequeño vecindario que se fundó en el lugar donde se dijo el responso por el ánima del poseedor del anillo encontrado, se le puso por nombre "Piedras azules", en memoria dolida de aquella desventura oculta por lo profundo y por la soledad de los mares.

CAPITULO XVII

ATAQUES REPENTINOS DE LOS INGLESES.—LOS INDIOS PRESTAN AYUDA DECIDIDA A LOS ESPAÑOLES.—LOS INGLESES SON DERROTADOS Y OBLIGADOS A EMBARCARSE NUEVAMENTE.

Los trabajos de evangelización e instrucción de los naturales se facilitó grandemente.

Los Padres no cesaban en tocar el punto del castigo del Señor y con otras muchas exhortaciones y artificiosos discursos se logró la conversión total.

De nuevo vino a la mente del Consejo de la Corona la creación en aquella costa de otro presidio como el que antaño había.

Pero el Gobernador instó para que no se tomase tal determinación, explicándose de esta manera al Consejero real en una carta:

"El presidio que antes se estableció en estos reinos, antes fué rémora para el mismo suceso de la conquista, pues cuando tocó tener que hacer una defensa, los presidiarios, en mientes de lograr escaparse, tomaron el ataque a mansalva contra las armas del rey, allanando así el camino a los asaltantes."

Esta atinada mención del Gobernador fué oída por el alto Consejero, y ya no más se pensó en hacer un presidio en La Florida.

La experiencia de los sucesos pasados trajo a buen discernimiento y diligencia a las autoridades, pues la vigilancia era muy rigurosa y siempre había talante de hacer resistencia al enemigo aunque no se esperase.

Todas las semanas sacábase la carga de pólvora a los pedreros y se le ponía nueva, por si acaso aquella pudiese estar humedecida, se afilaban las armas cortantes, se construyeron nuevos terraplenes y se le dió más profundidad al foso.

Y no iba muy fuera de aprehensiones Meléndez Valdés. Al poco tiempo, una urca venida de Ulúa de Guadaira, y enviada por los frailes de aquella encomienda, avisaban que

una fuerza de ingleses había desembarcado a cincuenta leguas más arriba de San Juan de las Galdonas y avanzaba a marchas forzadas sobre la región de Río Bravo y Carolina.

Pero esta vez no fué menguada la fortuna de las armas españolas: derrotado y batido a toda suerte fué el inglés, sin que pudiese poner su planta en el recinto de la colonia.

Centenares de los suyos quedaron muertos, heridos y prisioneros, teniendo los pocos que quedaron con vida que embarcarse nuevamente.

El escarmiento fué completo.

Dejaron en poder de las tropas de la Corona todo el bastimento, la mayor parte de las armas y veintidos caballos enjaezados.

De la flota dejaron una galera de combate, pues como la flota manteníase a la capa y hacía fuerte viento, vínose aquélla a tierra y encalló en un banco de arena.

Sus tripulantes se arrojaron al mar y nadando a brazo tomaron los galeones unos y otros perecieron ahogados.

Aquella nave fué puesta a flote después por los españoles; tenía en sus bodegas una gran

cantidad de bastimenta, forrajes, y muchas armas.

* * *

De propósito no he querido hacer relación de cómo fué el combate, a fin de que los que leyeren no fatiguen el entendimiento en atender a suerte de relaciones de la guerra, que siempre son las mismas. En todas mueren hombres, hay golpes, alaridos de dolor y de rabia, huídas, resistencias atroces, corriente de sangre.

Pero en cambio haré peregrina relación de las muy singulares y pintorescas costumbres del bárbaro habitador de aquellas soledades, de cómo come, cómo duerme, sus aficiones, sus preocupaciones, su ningún afecto de familia, la inclinación a la pereza, el sentido de la superstición, su extremada lascivia, lo que usa a guisa de instrumento de música, y otras muchas cosas más que son amplias al entretenimiento.

El temperamento, la complexión del indio es extremosamente interesante, porque todo lo pintoresco es llamativo a los ojos.

Gusta de adornarse con abalorios y fililies, se pinta la piel, se la favorece con unturas sacadas de los árboles para que los insectos no se la irriten.

Usa unos columpios de fibra de palma tejidos que le permiten echarse cuan largo es y darse como con un abanico el más deleitoso fresco.

Así pasa las horas del medio día, entre su rebaño de hijos y de hembras.

Respetuoso de su autoridad superior, vale decir, de su cacique, que es su amo y señor.

Esta relación se hará por capítulo en cada una de sus costumbres.

CAPITULO XVIII

SINGULARIDADES DE LA VIDA DE FAMILIA ENTRE LOS BÁRBAROS.—SU MUCHA PROPENSIÓN A LOS CELOS.—DE CÓMO OBTIENEN LAS MUJERES.

Entre los indios que estaban a nuestro servicio había uno sumamente regocijado por su mucha ligereza de carácter, presura en discurrir y hacer y perenne ánimo saltarín y gozoso.

Cierta vez tomó la ocurrencia de calzarse las babuchas del Padre superior de los que nos acompañaban. El reverendo se puso indignadísimo y hasta quería pegarle al indio, pero tomó autos el Gobernador, reprimiendo mucho la risa que le hacía cosquillas en todo el cuerpo, y exhortó al Padre que perdonase aquella cándida y cuanto diablesca sotileza.

Llamábanle comúnmente Manén; pero su nombre en la pila fué el de Manuel María.

Se dedicaba a segar hierba para las caballerías, barría los patios en el Alcázar, limpiaba los establos y ayudaba a las fregonas en descortezar las vituallas para el puchero.

Jamás estaba melancólico o compungido, aun cierta vez que se le clavó una espina en un jarrete, costando gran trabajo extraérsela. Maese Mateo, el armero, se dió a la faena de sacársela con un pequeño hierro aguzado, y el marrajo del indio, en el mayor dolor, reíase de las muecas que hacía el operador.

Era él generalmente el intérprete en las romerías del Padre superior a las encomiendas de la comarca.

Llevaba el mulo de la brida al Padre y reía a carcajadas con los gritos de aquél cada vez que veíanse en el aprieto de pasar algún sitio difícil.

Como todos los de su raza, tenía varias mujeres. Las vigilaba extremosamente, en especial cuando columbraba por cerca de su vivienda a los soldados. Como alguno de és-

tos se acercase a la puerta de su cabaña, ya estaba él ahí aposentado, con los ojos abiertos y saltantes y dando muestras de la mayor zozobra.

No pocas veces se mostró quejoso del soldado Pedro Aldao, a quien sorprendió cierta vez en cortejos con una de sus barraganas. Aquella vez se atrevió a írsele en discursos al Gobernador, declarando su cuita de esta manera:

—Soldado Aldao... soldado Aldao verraco querer mujer mía.

Con su proximidad a los blancos, jactábase ante las tribus de persona sabia y civilizada. Cierta ocasión quiso hacer de médico, extirpándole un tumor a uno de los hijos del cacique. Y en realidad extirpó la protuberancia, pero con tal exceso que la sesura parecía más bien un tajo dado con tizona en el semblante del pobre paciente.

Para dormir, arrinconaba todas las indias en el interior de la vivienda y se echaba él cuan largo era en la puerta.

Graciosísimo cuando se emborrachaba. Como todos los bárbaros, era aficionado a la

bebida, especialmente de los líquidos picantes y fuertes. Los soldados, porfiando a veces contra lo dispuesto de no darle de beber, buscaban la manera de que Manén se emborrachara.

Comenzaba a saltar, a cantar, a hacer morisquetas y contorsiones, y muchas veces las más extrañas barbaridades, tales como coger un leño encendido, irle quitando las brasas enrojecidas con los dedos y llevándolas a la boca. Se producía quemaduras terribles, andando después todo acendereado y dolorido.

Diestro en el manejo del arco, hacía prodigios de buen ojo, acertando a meter un dardo, disparando de lejos, por la boca de un arcabuz.

Y si en esto era maestro, en la música peculiar de los mehsicas hacía maravillas.

En realidad, usan aquellos un delgado instrumento llamado "mariba", que consiste en una sutil caña, o sea el tallo seco de una espiga bastante lanosa de cierta planta que ellos llaman "vera". Crece esta planta hasta cien palmos y de hojas largas, fuertes y filosas. A ese tallo le colocan de punta a punta una

cuerda, ya sea de tripas de ciervo o de fibra vegetal, de manera que quede tensa y en banda, hasta el extremo de poder sonar siendo golpeada con la uña del dedo pulgar.

Agarran cerca de uno de los extremos con los dientes y la concavidad de la boca, según los movimientos que haga, combina sus sonidos con los de la cuerda, y así producen todos los tonos que quiere el que toca.

Es una música sutil, con una dulzura más bien apesadumbrada que alegre y que suele llegar a una delgadez increíble.

Manén nos divertía mucho. Por las noches, en su extraño lenguaje, solía contarnos estupendas cosas de sus aventuras, campañas contra los nahoas y lances de caza y pesca.

A él debo muchos de los episodios que se verán más adelante en estos escritos. Entre otras cosas de mucho divertimiento y deleite, contónos cómo obtenían sus rebaños de hembras.

En efecto, cuando la mujer india llega a los siete años, ya sus padres se consideran desobligados a mantenerla y cuidarla. Le buscan entonces un marido entre los jóvenes de

la tribu, que los hombres sí permanecen al lado de sus padres hasta que éstos le dan su libertad ya provisto de su rebaño.

El joven indio recibe las mujeres que le entregan, que son, según quiera, cuatro, seis y hasta doce.

Como son niñas de siete años, vese él en el trance de correr con sus necesidades de alimento, cuido y demás. No se refocila con ellas hasta que no tienen edad suficiente para ser madres. De ahí que el indio sea marido y padre al mismo tiempo de sus barraganas.

Luego que está en pleno uso de ellas como macho, toman la actividad del hogar: son ellas las que buscan el alimento cazando, pescando, labrando la tierra, cuidando animales para el abastecimiento en épocas que crecientes temporales impiden la caza y la pesca; tejen, cuecen, llevan el remo o canalete en las navegaciones y cargan a lomos el ajuar en los viajes.

El macho, una vez que las ha formado hasta hacerlas mujeres, queda exento de toda faena, sin otra obligación que la de acudir a

las armas cuando lo requiere el cacique. Sale de esto sólo en casos estupendos, como cuando, por ejemplo, hay que enfrentársele a bestias salvajes de gran poderío, sean tigres, leones, serpientes, o abordar el vado de ríos caudalosos.

CAPITULO XIX

DE CÓMO HACEN CACERIA Y PESCA LOS BÁRBAROS.—DE CÓMO PRACTICAN MUCHAS LABORES DE LUJO Y ARTIFICIO.—ADORNOS DE TATUAJE.—LO QUE SON SUS BANDERAS O ESTANDARTES.—SUS TROMPETAS DE GUERRA.—OTRAS SINGULARIDADES MÁS QUE PODRÍAN SER PASMO DE LOS AVANZADOS PUEBLOS.

En la mayor parte de las cacerías indígenas culmina como cosa sorprendente el ingenio, la maña, la malicia. Rara vez el indio se enfrenta cuerpo a cuerpo y diente a diente a la fiera del bosque, o si lo hace es cuando se encuentra en el duro trance de defenderse, mirándose acorralado.

Para la caza del jaguar, que es el más impetuoso de los animales que pueblan las sel-

vas de La Florida, arma un aparato sumamente ingenioso.

Adereza primero una asta de lo más resistente y flexible, que coloca en arco entre dos árboles, sujetándola con fuertes cuerdas y dejándole una punta un poco falsa, aunque no tanto que pueda ser soltada por un esfuerzo que no sea bastante impetuoso.

Luego se busca un animal pequeño, ya sea un "acure", suerte de conejillo indiano que lleva erizadas cerdas en el lomo, o bien un ave, o un "paujil", pavo negro de plumas crespas, muy parecido al "yagú" de Africa. Este animalejo sirve de cebo a la fiera.

Esta llega, y al precipitarse sobre la presa, hace saltar el arco, que teniendo pendiente en su seno una pesada roca, la deja caer sobre el animal, que con el golpe queda aturdido.

El indio, que hasta entonces ha permanecido oculto, sale de su escondite y remata con facilidad a la bestia.

Por procedimientos como éste y otros muchos caza una multitud de piezas de bastante importancia.

Abre socavones profundos en las trochas de ciervos, dantas (paquidermos selváticos); disimúlalos con hojarascas, y al éstos caminar tranquilamente, se precipitan en el fondo de ellos. Luego llega el indio y los saca de ahí muertos.

Pero en lo que es el bárbaro sumamente diestro, es en la cacería del jabalí de aquellas selvas.

En efecto, este animal abunda ahí en grandes proporciones. Discurre por aquellas soledades en grandes rebaños: mil, dos mil, son números inmensos.

El indio se monta en un árbol y desde ahí acribíllalos a dardos; en cada acecho de estos mata grandes cantidades.

En la pesca, que generalmente ejercen las mujeres, válense de ciertas plantas amargas que producen efectos ardorosos y desesperantes en los peces.

Machacan la hoja del "namú" en grandes cantidades, la arrojan, agitándola mucho, en las aguas, y en el acto comienzan los peces a saltar como poseídos de una borrachera de rabia. Infinidad de ellos quedan como en un

paroxismo, con la panza arriba en la superficie del agua. Entonces los toman, y después de golpearles el cráneo con un madero, los echan en la canoa.

En aquellas latitudes el indio dispone de no pocos elementos para alimentarse, protegerse contra los rigores de una naturaleza montaraz y bravía.

El indio no dispone de huso ni telar, ni aparato alguno para labrar sus telas, y ¡qué finas labores ejecuta!

Del vello de ciertas bestias monteses tuerce hebras finísimas de una lana tan sutil como la seda. Luego, a mano, las va tejiendo hasta formar los más artificiosos tapices.

Gusta, como toda gente inculta, de adornarse con vivos colores, y se coloca en la frente y a manera de cinto hermosos manojos de plumas rojas, amarillas, verdes, atornasoladas, que resplandecen a los rayos del sol como cosas de fantasía. Y es que la Naturaleza, y mayormente aquélla, ofrece ricas variaciones a cuanto soñó el pincel.

Las aves, que las hay ahí en millones, le dan su superbo vestido; y la tierra, que tam-

bién suele ser muy garrida y muy galana, le da arcillas de todos los colores para imitar figuras y cosas con que adornar las paredes de la mansión de sus príncipes.

El bárbaro del corazón de las selvas se ha ido al azar río abajo, siguiendo una corriente para buscar el mar; y en los resecos arenales, después de muchos días de errar sin fruto, ha encontrado los caracoles sonantes.

El caracol es deleite suyo en las noches de luna, cerca a la cabaña, entre sus hembras y sus hijos; y cuando va al combate, se exalta su corazón al tañido y se lanza a la victoria o a la muerte.

Jiménez, en su precioso escrito sobre aquellas vastas regiones, describe un estandarte de las tribus nahoas de esta peregrina manera:

"Una asta de veinticinco o treinta palmos, con mil figurillas grabadas a todo color de flores, hojas, rostros de mujer, iniciales bárbaras, alegorías. En un extremo, un espeso manojo de plumas de todos los colores de la gama en forma de abanico. Cada pluma con una hilera de granillos de oro atados a la

vena con un hilillo negro, y en la base una especie de rosetón de plata. De esta base pendiente un espeso mazo de cordones de fibra de varios colores, rematando las puntas en pequeñas motas de pelo finísimo, acaso pelo de bestia de la selva, acaso de mujeres, acaso motosidad de algún hermoso árbol del bosque. O, en fin, de algo muy precioso que acaso no hayan visto nuestros ojos."

CAPITULO XX

EXPLICACIÓN DE LO QUE EN LOS BÁRBAROS PODRÍAN LLAMARSE LEYES SI ESTUVIESEN ESCRITAS.—PENAS, CASTIGOS, EJECUCIONES.—LO SAGRADO.

Bárbaros, en una vida errante y salvaje, aquellos hombres tienen una ley, un mando, un culto a los que obedecen sin faltar jamás; y el que lo hace sufre las más crueles, las más indecibles torturas y pesadumbres. Son ellos, acaso, más respetuosos de las leyes establecidas que nosotros, los que llevamos las luces de la cristiandad en el entendimiento. Para ellos faltar a una costumbre, a una tradición, es la muerte. Sin embargo y mayormente faltan. Y es que la flaca condición hu-

mana es así. El hombre crea monumentos, cosas, requisitos que cree absolutamente indispensables, y luego incurre en el delito de destruirlos.

Para el bárbaro, el desear la mujer ajena es un crimen afrentoso y lo castiga de un modo fiero y espantable: la mujer adúltera es condenada a enterrarse viva con el amante. El que mata al hombre de su misma tribu, es muerto. El que falta al mandato del príncipe (cacique) sufre la tortura del agua.

Es esta pena de lo más peregrina.

Toman al delincuente, lo echan sobre una armazón de maderos y le atan fuertemente. Luego, con un cañuto que le introducen por la boca, comienzan a echarle agua. Se le inflama el vientre hasta quedar como una deforme bolsa, y el condenado a tal suplicio sufre los más horrendos dolores, hasta que, pasado el tiempo señalado, le quitan de ahí, lo atan por los pies en las ramas de un árbol y con la cabeza para abajo vomita toda el agua.

Por relaciones amistosas o por convenios a veces entre nación y nación, se establecen relaciones de familia. Un semental de una

tribu recibe mujeres de otra tribu. Pues para esto necesita un permiso de ambos caciques. El que falte a esta regla es penado. Ningún hombre puede aumentar el número de sus barraganas sin la autorización de sus mayores o príncipes.

La cesion de bastimentos, tapices y otros elementos que valen, son apermutados con el asentimiento y bien andar de los que son gobernadores o mandatarios.

Estos disponen en caso de pleito, como nuestros oidores o jueces, y ellos sentencian, sin que el perjudicado pueda apelar a otras disposiciones: lo que dice el que manda es acatado sin suerte de duda; es infalible.

Aparte de lo sangriento que es el culto de estos salvajes, hay mucho de hermoso y digno de ejemplo en su vivir; entre ellos no hay mayores angustias y cuitas que se acostumbran con desusada frecuencia entre nuestras ilustres naciones.

La palabra empeñada, el respeto a la mujer del otro, la unión, son cosas de grande trascendencia y que merecen la atención de los que estudian las ciencias.

Ellos viven más en el seno de la Naturaeza, más acercados, discurren con más presteza en torno de aquello que se hace más difícil al discurso.

A los reyes o príncipes nada ni nadie los sujeta a nada escrito ni intransmutable; y, sin embargo, se ajustan esas leyes, esas disposiciones, esos principios.

¡Holgárame ver en mi redor en paz y en justeza con el respeto de la hacienda, de la persona, y del libre albedrío sin que tuviese que cuitarme ni sacar la espada!

CAPITULO XXI

DESCRIPCIÓN DE LA LLAMADA MODERNA VILLA DE SAN JUAN DE LAS GALDONAS.

El primero que arribó a esta costa fué Juan Galdona, marino de la escuadra de guerra de Su Majestad el Emperador y Rey, allá por los años primeros de este siglo.

No navegaba Galdona hacia las costas de La Florida, sino que, arrebatado por una tormenta desde la costa de Santo Domingo, vióse en la dura prueba de lanzarse a la mar a correrla.

Viajaba aquel marino a España con cargamento de metales, plumas, esencias, ceras y otros efectos de no menos riqueza y valer.

Junto con la tripulación de los galeones

llevaba también veinte y dos mujeres que regresaban a España después de cuatro años de ausencia. Eran estas colonias de San Pedro de los Caballeros, Palma de Colmenares, Sorondo, Rosa Blanca y otras misiones, que habiendo logrado permiso, iban a su país natal para volverse al año siguiente.

Pero no les fué dado tal extremo: la tormenta arrojó lejos los galeones hasta encallarlos en los arenales del Pánuco, y ahí tuvieron que sentar sus reales. Y gracias al Todopoderoso que no fuesen destruídas las naos por la furia del temporal.

Vióse Goldona en la forzosa de establecerse ahí. Cómo no era hombre de armas tomar, y menos guerreros la mayoría de sus tripulantes, sufrió mucho la incuria del indígena; pero al cabo, por su buena hombría, por su mucha paciencia y diligencia, logró hacerse amar de las tribus.

Primero nació en la ensenada un grupo de humildes viviendas que no pasaban de seis. Luego se construyeron otros y otras: del pobre grupo de cabañas brotó una república de agenciosas y solícitas abejas.

Dió más riquezas aquella encomienda humildosa que cuantas mandara con numerosos y grandes galeones la corona de España.

No hubo de bregar al arma y a la pólvora con el natural; ahí no fueron los ingleses, ni los franceses, ni el agresor indio.

En una extensión de tierra plana, con una cordillera no lejos. Cerca un río, unas palmeras, unos árboles inmensos, y un promontorio como atalaya para mirar el mar.

Cuando ya la tierra plana estuvo toda llovida de viviendas, los habitadores buscaron el promontorio y en él establecieron otras muchas. La "llama" del Perú discurrió ahí en numerosas manadas, y la riqueza de todo jaez brotó amplia, vidosa, llena de ruido.

No pretendió Galdona hacer misión ni obra que pasase a la fama. La necesidad lo aventó a aquellas playas, y ahí se arraigó como la simiente que arroja el ave o el viento a la tierra fecunda.

La simiente hace brotar el árbol; la bondad hace que brote el pueblo, la sociedad, el amor, la ternura, la sociedad de todos en amor y en gracia de Dios.

Galdona no llevó arcabuces, ni espadas, ni pedreros; llevó fe en el Señor, que salva y da fuerzas; y él las sacó como Anteo: de la tierra. Allí murió, allí murieron muchos de los suyos, y el pueblo quedó cimentado sobre la fuerte base de su bondad.

El le puso el nombre de San Juan. Las expediciones españolas llegan a aquel recodo manso, profundo, risueño, se hacen de leña, de bastimento, y continúan al Pánuco, a la Nueva España, a Cuba, llevando el recuerdo de aquel paraje hermoso y feliz.

Pero a medida que han pasado cuarenta años, las generaciones han ido tornando el sentido del nombre y ya San Juan se llama San Juan de las Galdonas.

Y no es mayormente Galdona, el flamante almirante, son sus descendientes: los Galdonas, mejor, "Las Galdonas", unas mujeres buenas, diligentes, todas bondad, que ya llevan los cabellos blancos y eran sus hijas y son sus nietas, que llevan su apelativo como lleva aquel mar en su verde manso el promontorio de "Las Galdonas", como una hermosa piedra en un anillo rico.

Ahora, según me han dado noticias los venidos de allá, sé que es una gran encomienda. El inglés la codicia para sí; el francés la codicia para su poderío; el holandés la atisba desde la proa eminente de sus buques de cuatro mástiles erizados de velas de cuadros.

¿Resistirá la Gran Galdona la ambición del francés, la codicia del inglés y el ansia de dominio y de conquista de los filibusteros holandeses?

Dios, con su infinita bondad, guarde "Las Galdonas" para nuestro Rey Felipe, y que su promontorio, que era una joya superba, luzca en la corona de España como hubiese lucido el Dorado, que no fué más que un sueño en el entendimiento y la fantasía de los moros, que fueron los primeros en pensar en otra tierra más allá de "Finis-terre"!

CAPITULO XXII

CONQUISTA DE LA LUISIANA.—DE LA MUCHA VEGETACION DEL PAIS.—COSTUMBRES DE AQUELLOS BÁRBAROS.—LAS MONTAÑAS.

Cuando el Padre Benito de la Cuesta regresó de su gran viaje a las regiones equinocciales, como su mucha diligencia hubiese dado gran fruto a la corona, fué exhortado nuevamente por el Consejo de Indias a que emprendiese otro viaje a las regiones aun no evangelizadas en la parte ecuatorial.

"Deseo—escribíale Su Majestad el Rey Felipe—que seáis vos el que dé curso a este negocio, porque tengo halagadoras referencias de lo que ya habéis logrado en otras provincias por mi real servicio."

Estaba entonces la Corte en Valladolid, por lo que el Padre Cuesta fuese a la dicha ciudad en demanda del mandato del Rey, nuestro Señor.

Con este motivo aquel religioso entregó a su Majestad la Reina un hermoso presente, que consistía en un tapiz fabricado primorosamente con frutos de las posesiones del mar océano.

Era una tela de cañamazo recio representando en colores un asunto de la Sagrada Biblia, en donde está el Señor, el pozo y la Samaritana.

Todo este artificio que parece de maestro pincel ejecutado con unas semillas encarnadas, azules y negras y pequeños trozos de madera de color morado obispal.

Su Majestad recibió mucho contentamiento de aquel hermoso presente, y harto devota, dió al Padre como de su regalo un anillo cuajado de piedras finas.

De Valladolid partió para Sevilla con deseo de asistir a los pasos de la Semana Mayor y de ahí a Cádiz.

Ya en aquel puerto estaba aparejada la flo-

ta que debía conducirlo, primero a "Las Azores", para permanecer en aquellos islotes tres meses invernando, y luego de ahí a las costas de México, donde había de recibir bastimentos y caballos para continuar su expedición a La Luisiana.

Un año después escribía el Padre Cuesta al Superior del Priorato de San Buenaventura en Antequera, haciéndose famas y entusiasmos de lo sobrado caudalosas que son aquellas Indias.

Hablaba de que ahí el sol se acuesta más temprano y se levanta tarde, desapareciendo detrás de las serranías entre una muy encendida bruma de llamaradas, y apareciendo entre espumas azulosas.

Que el bárbaro de aquellas latitudes era, en efecto, algo más mohino que el de las regiones del Cabo y el de las mesetas del Cuzco, pero más propenso a la sugestión, como que aquel vive en un clima más suave y deleitoso.

Fundó el Padre Cuesta la encomienda del Río Grande, que va a desaguar sus caudales al Golfo, y la de San Pedro de Albuera, que demora al Sur de Las Longas de Grijalva.

El bárbaro ahí es más dado al cultivo de las plantas de alimento que a la pesca y a la caza.

Tala los sarmientos y los herbajos en las hondonadas que él comprende que pueden guardar frescura, y ahí siembra la planta que es su regalo y festín en la época de la recolección.

Bien llevado por la piedad y la diligencia de los religiosos españoles, encontróse a su delicia cultivando plantas de Europa, como la cebada, el viñedo, el trigo y las castañas.

Grandes praderas de trigos y castañares han brotado de aquella tierra virgen sin el auxilio del arado. Lo único que no ha podido naturalizarse es el olivo. La planta nace, crece al parecer; pero cuando llega a la época del fruto, se le aduermen las hojas, se le tuercen las cortezas y al cabo muere.

Pero el trigo, no; el trigo prospera copiosamente y en la siega repleta los hórreos con el fruto. En la llanura se da muy bien; pero mejor en las laderas, cerca de las vertientes.

Las viñas son de la misma índole, mas reverdecen jugosas y lozanas en las sierras, en lo más alto de las cumbres. Una de las cosas

que más presta devoción á la mano del hombre en este negocio, es el agua de las montañas; dan más grande fuerza que en Europa y la labor de la molienda se hace rápida.

El natural, en un principio, manteníase espantado ante aquellos aparatos del agua haciendo fuerza en las labores del campo. Parecía tener aquello como cosa de encantamiento; pero luego fuese amañando hasta convencer su propia simplicidad de que aquel aparato no era otra cosa que el apoyo del buen Dios hacia sus criaturas para ayudarlas en las caravanas por la vida.

CAPITULO XXIII

LOS VIAJES DEL PADRE CABALLERO.—LA NUEVA FRANCIA.—CONQUISTAS, FORTALEZAS.

Hace mucho tiempo que el Padre Roberto Caballero estaba persuadido de las noticias recogidas de muchos bárbaros de varias naciones y de que se podrían hacer nuevos descubrimientos y nuevas conquistas de la otra parte de los lagos a las márgenes de un gran río que los naturales llaman Hivio, el cual desagua en otro mayor que va a dar al océano.

Discurriendo en este pensamiento compró una habitación en la isla de Molúa, hacia el lugar llamado "La China", adonde se toma la embarcación para pasar al Gran San Lo-

renzo, comunicando su idea al Gobernador; a éste le pareció bien de llevarla a feliz término.

El Padre Caballero realizó muchos viajes, ya con franceses, ya con ingleses, ya con bárbaros, y exploró de La Luisiana más de cien leguas.

Al año siguiente, acompañado por dos padres de la Iglesia de San Sulpicio en la fundación de La Fortuna, emprendió otra exploración, pero una fiebre violenta que acometió a uno de sus compañeros obligólo a quedarse en la entrada del Lago de Pay.

El adelantado Cusielles, Gobernador de la Nueva Francia, en vista de este inesperado suceso, escribióle diciendo si quería nuevos acompañantes y más socorros para él mandárselos en caso de que quisiese continuar su viaje; pero le contestó que esperaría mejor ocasión.

Entretanto llegaron nuevos mandatos del Rey de Francia, y aquel Gobernador se vió en la forzosa de emprender por sí mismo las exploraciones y conquistas en el seno de aquellas inmensas soledades. Edificó frente

a San Lorenzo el fuerte de Sorel; el de Crambli frente a la desembocadura del río Carde; el de Fontenac veinte leguas más al Sur y cerca de la desembocadura del lago de este nombre...

Finalmente, que en este período del 44 el francés multiplicó sus trabajos de descubrimiento y conquista, ya por las armas, ora por la devoción de tan vastos reinos. Construyó una infinidad de fortines, atalayas, castillos marítimos y radas de embarco y desembarco.

Difícilmente, después de la ordenación por provincias, secciones, departamentos que le ha dado con jefes, comandantes y numeroso ejército, podrán arrebatarle lo que pertenece a España y que el francés ha tomado por malicia o cohecho.

CAPITULO XXIV

JUEGOS Y ENTRETENIMIENTOS DE LOS BÁRBAROS EN LUISIANA.—SU CRUELDAD.

Tienen juegos para los hombres, para las mujeres y para los niños.

Los juegos más ordinarios para los hombres se hacen con los huesos de algunos frutos: una parte negros y otra parte rojos; entrambos sobre un plato de corteza, sobre una cubierta de tela.

Los huesos tienen señales que corresponden a los distintos jugadores que hay en redor del plato y así ganan o pierden.

Tapan el plato, y con un pequeño madero le dan golpes por los bordes, a fin de que los huesos se muevan.

Al destapar, las señales de los huesos que es-

tán ladeados hacia cada cual indican si debe ganar o perder.

Se divierten sobradamente también simulando riñas. Se pegan, se dan de puntapiés, riendo a carcajadas.

Muchas veces, de estos entretenimientos resultan riñas en serio, tal cual acontece entre europeos de los más calificados. Un golpe excesivo o dado en parte sensible enfurece a uno de los que juegan y se produce la brega.

Las mujeres son regocijadísimas. Se asen de las manos en número de quince o veinte. Todas van pasando bajo un arco de madera puesto ahí adrede, en tanto que una india que está aparte apostada y con los ojos vendados da varios gritos.

La que acierte a pasar al dar el último grito, pierde, y en ese caso tiene que sufrir la condena de perseguirlas a todas hasta que logra tocar una de ellas, y en ese caso se libra de aquella molesta caza de quien huye sagaz y rápidamente.

Los niños indios son en sus juegos lo mismo que los europeos, con diferencias muy insignificantes; en general son bochinchosos, re-

ñidores y maldicientes. Se enzarzan a dentelladas por un juguete, por cualquier fútil motivo.

Pero en lo que es el bárbaro inimitable es en la crueldad.

Cuando regresan de las guerras, las mujeres salen a su encuentro adornadas y jubilosas, cada una con un madero en la mano, y a cada uno de los cautivos le van dando un golpe en la cabeza.

Con esto se aplacen en extremo los guerreros que traen aprisionados a aquéllos.

Cuando han entrado en las cabañas todos, mujeres, ancianos, niños, se agrupan en torno para oir la relación de las batallas, y si alguien de los presentes ha perdido hijo, padre, mujer, su marido o deudo alguno, le repostan aquel con un cautivo. Este pasa a manos de quien es dado.

Algunos queman el esclavo; otros le desuellan vivo; otros le degüellan y se beben la sangre.

Pero lo más sorprendente de estos tormentos es que muchos de los cautivos, cuando están pasando por el martirio, cantan, como en señal de venganza contra sus verdugos.

CAPITULO XXV

EXPRESIÓN DE ALVAR NÚNEZ CABEZA DE VACA A SU MAJESTAD.

Ya en el final de estos recuerdos míos, y con poco tiempo para asentar algunos que aun me quedan en la memoria, bien quisiera pedir perdón a quienes leen. Culpa no fué mía el no haberme sido dado asentarlos, sino que otras ansias piden presteza en satisfacerlas.

Mas no quiero cerrar el largo relato con el punto final y la rúbrica sin hacer copia de la dedicatoria que de una hermosa relación suya hizo Alvar Núñez Cabeza de Vaca a Su Majestad el Rey nuestro Señor, porque ella es tocante a la dicha historia de "La Flo-

rida", y su autor, como el que esto escribe, anduvieron juntos en más de un embravecido temporal.

Animoso, noble, arrogante, los cabellos rubios y los ojos azules y vivos, barba larga y crespa, mozo de treinta y seis años, agudo de ingenio, era Alvar un caballero y un capitán a todo lucir; las mozas del Duero enamorábanse de él y los hombres temían su acero.

Copio aquí su dedicación al Rey, porque en ella se refleja su fuerte carácter y su elevado decoro:

"Sacra, Cesárea y Cathólica Majestad:

"Entre cuantos príncipes sabemos haya habido, ninguno se podría hallan a quien con tan verdadera voluntad, con tan gran diligencia y deseo hayan procurado servir los hombres. Bien claro se podría aquí conocer que esto no será sin gran causa y razón: ni son tan ciegos los hombres, que ciegos y sin fundamento todos siguiesen ese camino, pues vemos que no sólo los naturales, a quien la fe y sujeción obliga a hacérselo, sino aun más los extraños trabajan por hacerles ventaja.

"Mas ya el deseo y voluntad de servir al Rey en esto haga conformes allende la ventaja que cada uno puede hacer; hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, sino solamente de la fortuna; o, más cierto, sin culpa de nadie, más por sola la voluntad y designio de Dios, de donde nace que uno salga con más señalados servicios que pensó y le suceda tan al contrario que no pueda mostrar de su propósito más testigo que su mucha diligencia, quedando aun ésta tan cubierta que no pueda volver por sí.

"De mí puedo decir que en la jornada que por mandado de Vuestra Majestad hice de Tierra firme, bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueran los de mis antepasados, y no tuviera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y ejercen los cargos de V. M.

"Mas como ni mi consejo ni mi diligencia aprovecharon para que aquello donde éramos ido fuese ganado conforme el servicio de Vuestra Majestad y por nuestros pecados permitiese Dios que de cuantas armadas han

ido ninguna se viese en tan grandes peligros, ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó más lugar para hacer otro servicio que el de hacer a V. M. una "relación" de lo que en diez años y por muchas y extrañas tierras sucedióme. Asimismo como la descripción de provincias, distancias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ellos se crían, las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones, porque aun la esperanza que de salir dentre ellos tuve siempre fué muy poca, el cuidado y diligencia fué muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios Nuestro Señor quisiese tenerme adonde agora estoy pudiese dar testimonio de mi voluntad y de servir a V. M.

ALVAR NÚÑEZ

LOS CHIAPAS

LOS CHIAPAS

(RÍOS DE LA PLATA Y PARAGUAY)

POR

F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ

NOTA EDITORIAL

En las relaciones que van a leerse están integralmente muchos detalles de la vida de esta gran tribu en la región de El Paraguay y Río de la Plata, durante la época precolombina, y un historial completo de su conquista y colonización por los españoles.

En la sección «Manuscritos», de la Biblioteca Nacional, de Madrid, está incluída en el legajo letra J. n.º 30—2.999.

EDITORIAL «AMERICA»

LOS CHIAPAS

LETRAS Y ADITAMIENTOS DE DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA

MEMORIA DE SU DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA POR EL ALMIRANTE LOPE DE LA PUEBLA EN 1521.

RESEÑA DE LO MUY CURIOSAS QUE SON LAS COSTUMBRES, CULTOS, ÍNDOLE, INCLINACIONES GUERRERAS DE ESTOS INFIELES, MANDADA A ORDENAR POR SU MAJESTAD EL REY DON FELIPE V, AL MAESTRE FRANCISCO SALCEDO Y ORDÓÑEZ.

AÑO DE 1715.

Al Exclmo. Señor
Don Froilán Hernáiz y Vélez de Guevara.

Señor:

Os dedico esta humilde obrita, a cuyo trabajo he sido requerido por S. M., porque sois señaladamente un leal vasallo suyo y un ingenio que, honrando las letras de Castillas, honráis a cuantos tenemos la gracia de ser vuestros leales servidores.

F. Salcedo y Ordóñez

Madrid, Julio de 1715.

LOS CHIAPAS

LAS REGIONES DE LOS CHIAPAS, LOS CHARÚAS, LOS CHANÁS Y LOS ULÚAS.

Las regiones de Paraguay fueron descubiertas primeramente por Juan Alvarez y Ramón, hacia el año de 1510. De las relaciones que éste mandó a la Corte de España tomaron otros tantos marinos la mayor parte de los indicios de que se valieron para continuar descubriendo tanto en la región del Río de la Plata como las vastísimas partes del Estrecho de Magallanes.

Posteriormente acudió a aquellas costas con no poco aparato de hombres, caballos y mantenimientos Juan de Ayola, quien arribó a la Asunción, luego a la orilla occidental del Paraguay, que fué capital de las Indias de

aquel lado hasta que en 1620 pasó a las mesetas de Buenos Aires. De ahí partieron los exploradores que fundaron a Ciudad Real, Jerez, Santa Cruz de la Sierra, Corrientes, Concepción del Bermejo y Santa Fe de Veracruz.

Cuando llegaron estos españoles a las islas del Uruguay, enfrente de la Boca del Río Negro, pasaron los indios "Chanás" que lo habitaban a la ribera oriental del Paraguay.

Habían también ahí otras clases de infieles, como, por ejemplo, "boanes", "yarós" y "charúas".

Sobre esto de los indios de aquellas partes y otras densas regiones escribió mucho desde la ciudad principal de Maipó, en la Argentina, Fray Martín del Barco y Centenera, clérigo extremeño que pasó el gran río del Plata hacia los años de 1573 al 78. Muchas de sus Memorias, que, por otra parte, eran muy lucidas de palabra y pensamiento, fueron impresas en Lisboa en 1602.

De los famosos trabajos de este fraile incautóse un judío de Alcázar de San Juan en la Mancha, porque aquél diz que le adeudaba

doscientos ducados, que le facilitó antes de partir al viaje a las Indias; dicho dinero habíase comprometido a satisfacer por doble en oro, plata, cobre u otros metales del mismo género.

Es lo cierto que, fuese por culpa del judío o por algún otro motivo, quedaron mal reimpresas las obras, pues en algunas de ellas hasta cambió el cognomento llamándolas al modo que podía convenir a su conveniencia y gracejo.

También se conservan en Sevilla no pocos indicios de estas vastísimas empresas de llevar España a las Indias del Sur, en relaciones y en memoriales discretos.

Apreciando todo y con el detenimiento de la reflexión y el examen muy bien se puede formar la larga historia de la vida y tierra indiana, con todas sus señales, tal como cuando saliesen de la mano del Supremo Hacedor. Pero al que esto escribe no bastó lo meramente artificioso e hizo viaje a la gran selva que va desde las praderas del Gran Maipó hasta el Estrecho de Magallanes.

Esto sin duda es lo que ha inclinado a los

ministros de Su Majestad a encargarme la descripción suscinta de ellas.

La empresa fué dolorida y hasta fastidiante; pero al tiempo grata por la mucha hermosura del asunto y su infinita largueza.

Bienhaya, pues, lo que yo diga a guisa, no del mérito, que no lo presumo, sino del fiel reflejo que hace el que escribe para un gran Rey lo que sus ojos vieron.

La hermosura de tales parajes es bastante varia, pues si en algunos es la montaña obscura, cuya cerrada vegetación hace un abovedado tal que las personas y los animales en algunos sitios se confunden, en otros es abierto en tan inmensas llanuras que se pierde en el infinito.

En otros distintos de éstos y aquéllos, la Naturaleza es áspera y otoñosa, hay poca planta de elevada copa, las hierbas son amarillas, como el jarujo del Indostán o como la trepadora que se cría en muros resecos y calinos.

La tierra, muy arenosa, es blanquecina, se cuartea, se agrieta por los furores del sol,

y como los vientos traen también un grandísimo calor, esto contribuye mucho a que los desgarrones se hagan profundos.

Los indios que viven en estas landas, y que son mayormente "boanes" y "yarós", hacen fuego con una leña que no da llama ni humo, sino que al ponerse en combustión se torna encarnada y en lo sumo ardiente. Esta leña es de un árbol llamado "Tataré".

En tales parajes, cuando el viento es del Norte, hace tantísimo calor, y si es del Sur produce el frío, aun cuando no sea la estación de las lluvias.

El indio ahí es de sér lento, taciturno, casi sombrío. No tiene la impetuosidad del "Tahúa" del alto Perú, ni la mucha diligencia y nerviosismo del "Nahoa" mexicano; pero, como este último, es vengativo y duro. De mucha talla, el "boanes" y el "yarúa" son de color bronceado, el cabello liso, pero cerdudo y largo hasta el corvejón. Es, además, de mucha lascivia y potencia varonil; anda para todas partes con su rebaño de hembras y jamás se le ve sin la flecha y el carcaj; sobre esto dista mucho de parecerse al inca del

alto Perú, que cuando no va de caza o de guerra abandona todo armamento y se entrega a las labranzas de la tierra o de los géneros y tapices.

"Boanes" o "charúas" son igualmente temidos por las otras naciones, fuera de los "chiapas", que fueron sus vencedores y dominadores una vez, victoria ésta que la debieron aquéllos a la superioridad con mucho en número y en aparatos de guerra.

En efecto, el "chiapa" es acaso, y hasta sin acaso, el tipo del indio bravo de todas las latitudes. Y a fuer de valiente es premiosamente entendido con despejo natural y buen discurso.

De haber vivido en una tierra pródiga en metales, como lo fué la del Cuzco, le hubieran encontrado los españoles armado de punta en blanco, y quizás hubiese sido muy bravía su conquista.

Pero el "chiapa", desgraciadamente para él, faltóle el elemento principal para hacer temible cualquier brazo, por cobarde que sea: poned a la mano que bendice o saluda fraternalmente el acero huido del puñal o la

lanza y veréis qué distinto... ¡Mucho más el brazo bárbaro y audaz del infiel indio!

Embarazado en grado sumo hubiérase visto quien pretendiese ahondar en la existencia del chiapa; hay las tres cosas falaces y veloces que se amalgaman en el hombre habitador de las grandes soledades, y son la voluntad formidable a toda empresa, aun por imposible, la malicia del jaguar de pinta negra y blanca, y un instinto fuerte para conocerse del todo, para hacer sentir su indomitez y su osadía.

No ama, no llora, no canta. Este taciturno hombre selvático que vive en la alegría de las riberas, las pampas (landas o estepas), hace muy peregrino contraste entre su esquivez y su propio carácter.

Decía Luis Vives en su magnífica "Contemplación de las Estrellas", que éstas eran más bellas a la hora de la mañana, y que esto se debía a que la noche les dejaba una sombra ilusionada en el medio, pero que una vez llegado el sol, éste se encargaba de dispersárselas con sus alas de oro.

Así el indio "chiapa", vagando por sus sel-

vas ruidosas era como la sombra esa de los astros disipada por la viveza no amedrentada de aquel gentil.

Si los españoles lo hubiesen encontrado con armas de fuego o de punzo, forjadas en buen acero, la conquista habría sido imposible.

Mas antes que los nuestros llegasen ya estaba muy descabalado, casi destruído.

Debióse tal desgracia para aquel elemento, el más fuerte entre sus iguales de todo el continente, a que siendo hábil y mayormente animoso para la guerra, no supo manejar el orden y el gobierno de las naciones que tuviese en calidad de vasallas.

Una vez sometidas éstas, se unieron entre sí (Boanes y Charúas) contra el poder central, que se hallaba sentado en la ribera del gran río Paraguay. Libraron dos sangrientísimos combates, en que el "chiapa" se defendió heroicamente de sus numerosos enemigos, pero al fin pudieron más que éstos por su grande reserva de batalladores y el chiapa vióse forzado a retirarse, no sin causarle grandes estragos a sus agresores.

Estas guerras entre el "chiapa" y las tribus encontradas en la tierra del Paraguay por las huestes españolas se efectuaron hacia el año 1390, según cálculo basado en lo que por tradición referían los indios; y desde entonces vino a menos el grande imperio que por muchos siglos había impuesto sus costumbres, su índole, su sistema de gobierno y de justicia desde el Río de la Plata hasta el "Estrecho de Magallanes".

Mas su muerte no fué para siempre: un siglo después, es decir, cuando el arribo de Colón a la isla de San Salvador, ya el "chiapa" era otra vez un gran pueblo.

Numerosas poblaciones con casas artificiosas y sólidas, con cerámica, labor de madera a modo de escultura, pintura de mosaicos, jarros, tapices, tejido de ricas telas de lana vegetal.

En gobierno bien mirado, su sistema era lo mejor en tablas escritas, pues había tal equidad, que maravillaba pudiese concebir tal elevación de entendimiento un pueblo rudo.

Las leyes mayormente se basaban en el

respeto a las riquezas del prójimo, no deseándola para sí, ni envidiándola, puesto que caudales, aun cuando no sean en nuestra moneda de oro o plata europea, y sí en géneros, mantenimientos y labrados preciosos, tientan igualmente a su posesión junto con las mujeres y los placeres que éstas proporcionan.

Tradición hermosa la del "chiapa", a no ser por su apatía hacia las cosas del cielo.

Y, cosa rara en el bárbaro, pues si bien se mira no eran descreídos los indios del Perú que adoraban al sol; los mejicanos en sus teocalis y montículos, el símbolo del águila y el nopal; los "arichunas" de la América Central a sus "penates"; y yendo más lejos, podemos reflexionar en los monumentos de la India oriental, con sus pagodas, sus "bhudas" y sus "Nabucos".

Para la llegada de los primeros españoles, ya la gran legión de los "chiapas" se preparaba para la guerra. Habían construído con madera y piedras grandes trincheras movidas por medio de arrastres, y una cantidad infinita de pequeñas embarcaciones (piraguas),

a las que servían de velamen cuadradas telas tejidas de junquillo de aquellas riberas y miles de haces de dardos para pertrecho de flecheros.

Intentaba el gran cacique chiapa ir contra los "yarúas", y una vez aplastados éstos, avanzar contra "boanes".

Siglo y medio había transcurrido de la derrota chiapa, y de generación en generación fué transmitiéndose aquella ansia de venganza, hasta que el cacique aludido, ya creyéndose fuerte, acechaba el momento de arrojarse sobre sus enemigos y exterminarlos.

Pero el arribo del extranjero trastornó sus planes. Avistado el Capitán que mandaba los aventureros con el cacique de los "charúas", merced a frases y gestos oportunos transmitidos por los intérpretes, lograron una muy placentera inteligencia.

De modo que cuando el chiapa dió el primer ataque, se encontró con la formidable máquina de guerra que vomitaba fuego mortífero. El mañoso cacique "charúa" había sabido recabarse un aliado inestimable.

De nuevo quedó el chiapa sometido al

duro yugo del dominador oriental y del no menos áspero conquistador y encomendero.

Algún tiempo después, platicando el cacique con unos indios peruanos, quejábase de su sinfortuna y de lo desapacibles que eran para él los últimos días de su vida. Y agregaba que iba a morir con la negra pena de dejar sus pueblos gimiendo en el vasallaje de otros insignificantes que eran menos que el suyo.

Y uno de los incas respondióle:

—Es que os habéis olvidado del sol... El que busca su luz jamás hallará sombras en su camino.

Eran las postrimerías del ''chiapa'', del ''nahoa'', del ''inca'', del ''marañón'', del «araucano», de todos los poderosos pueblos que habían poseído milenariamente el continente más hermoso del Orbe.

LA SELVA DEL CHIAPA

No eran para menos las quejumbres del soberbio y abatido cacique.

Sus mayores le transmitieron aquel odio,

como ansia a cada instante renovada o como herida sin cesar abierta. Antes a él con más grave inquietud, como que su antecesor le había dicho al lanzar el último suspiro:

—Muero sin haber dado cumplimiento a ese mandato del pasado.

Y el cacique caviló: ¿moriría él también sin haber pagado aquel tributo impuesto por una venganza que todos llevaban como un grano de oro en el alma?

Era aquel el misterio de la posteridad y la no poca zozobra del presente.

Después de la postrer derrota se sintió morir.

De dolor y de rabia, de coraje y vergüenza. También iba él a morir sin saldar la terrible deuda contraída por sus antepasados por ante la gloria.

Por los lugares solitarios y obscuros, bajo los espesos ramajes de los árboles centenarios o por las orillas de los ríos silenciosos, solía pasearse, y sus lamentos rasgaban las sombras nocturnas.

Era tanto más angustiante su cuita cuando contemplaba en ajenas manos aquellas sus

tierras jugosas y ópimas. Y lo que es más doloso todavía, las mujeres de su tribu, las más hermosas, sirviendo los apetitos del conquistador en la cama mullida por hierbas forrajeras; el regalo del fraile en las cocinas.

Estas miradas le causaban ira y a veces espanto.

Ya a sus ojos no eran encantamientos los paraísos de su tierra. Se abatía y lloraba como un niño.

Y en verdad que habíale de pesar mucho ver su tierra en manos extrañas.

Aquella región es inmensa y hermosa como las altas montañas del Ande peruano.

Desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río de la Plata, es todo primor de campos en perpetua Primavera.

Jamás podrán ser tan alabadas como merecen las grandes selvas del Paraguay.

Ríos caudalosos que van en suave carrera adornándose con los reflejos de las estrellas· Torrentes que se hacen rizos de cristal pulido; llanuras, colinas, hondonadas de la más sabrosa frescura.

El sol, que es muy fuerte, no logra desvestir los árboles. Es muy raro de éstos el que queda desnudo y reseco en el estío.

Mas en ciertas regiones la aspereza del terreno hállase como interrumpida por peregrina belleza.

Abundan ahí el algarrobo, el espinillo, el almendro del Sudán y el ibirabo.

Hay mucho también del "palo de lanza", que se adapta muy bien para construir cajas de arcabuz.

Los indios llegaron a emplearlo también como dardo de matar reses grandes en la selva.

Entre estos árboles y arbustos hay uno llamado "palo de leche", porque al ser herido por un hierro vierte un humor acuoso y picante y tan blanquecino, que después de algunas horas se cuaja, tornándose en una pasta pegajosa.

De este árbol nace la mariposa llamada por los indios "nuche", la cual tiene la más rara forma de vivir, pues al salir del capullo vuela hacia los animales grandes, y en cuanto está encima y el animal se queda quieto, pues por

medio de un aguijón muy fuerte que posee se introduce en la piel. Luego comienza a desarrollarse. Se le va formando a la bestia una protuberancia, que si no se lo sacan rápidamente, perece.

De la misma índole de tan rara mariposa es el insecto llamado *nicu*. Infinitamente pequeño, al extremo que casi no se le nota en la tierra; pero éste no busca las bestias, como que la piel de estos animales es demasiado dura para su aguijón; pero ataca a las gentes y a las aves.

Se introduce en un pie, en una mano, produce una comezón desesperante, mientras se desarrolla hasta que alcanza el tamaño de un grano de maíz (1).

El árbol del "Nadipa" también suele producir en la época de las lluvias un hongo que con sólo rozar con él la piel de una persona, produce instantáneamente una fiebre terrible.

Es muy común también la hormiga co-

---

(1) Este insecto es llamado en Colombia y Venezuela *nigua*. La mariposa aludida es el gusano conocido por los naturalistas con el nombre de *Seda Lamark*.

NOTA DEL EDITOR.

nocida con el nombre de "León", nombre bastante extraño si se tiene en cuenta su pequeñez, pero que se explica por lo fiera que es para devorar a sus semejantes.

Como es pesada y sórdida en extremo, no puede apresar a los otros insectos atacándolos abiertamente.

Abre, pues, un hueco en la tierra, como de medio codo de largo, en forma de embudo, dándole con un polvillo que ella misma fabrica, bastante resbalosidad, como para que el insecto que llegue a pisar el borde se vaya sin remedio al fondo, donde llega ella y lo devora.

La cucaracha conocida con el nombre de "Vichuca" no es otra que la que en Europa llámase "Chincha"

Igual cosa acontece con el "tornudo", que es el escorpión europeo.

Hay una millarada de insectos, unas ya de preciosa armadura y de vario color, ya como el gris y feo saltamontes.

Pero llama particularmente la atención el insecto conocido con el nombre de "Cochinico rosa". Con las alas doradas, cuando vuela parecen dos chispas de pedernal agi-

tándose en el aire. En la noche su luz es más clara y parece roja.

Es un animalito muy curioso, y además completamente inofensivo.

De abejas es el número bastante considerable. Los indios las cultivan de siete clases y son: Lachiguana, Camotí, Tolondrón, Cobatatú y cuatro más, que son negras y las llama el indio ''Guinayas''.

Pero la más acaudalada es la ''Tolondrón'', y también la más doméstica.

Tiene las alas transparentes, pero la armadura es amarilla encendida, y con una pelusa rubia también.

De esta abeja había en las viviendas chiapas de Ulúa una cantidad enorme; los indios las cultivaban con solícito cuidado.

En un solo tronco de árbol, un poco más de seis brazas de largo, vivían once colmenas.

Era una verdadera riqueza la que poseían aquellos indios.

De esa fundación de colmenar indio salió la idea de la colonia de Olosay, sitio en la banda oriental del Paraguay, donde existía un verdadero emporio de abejas.

Y, en realidad, cuatro o cinco años después fué Olosay el predio industrioso de toda la extensión.

Bestias grandes hay muchas, entre ellas el tapir, el leopardo real, la pantera, el león de Nivea y una especie de castor con la piel encendida, cuya carne es sumamente apreciada. Este animalejo es apenas del tamaño de una de nuestras raposas de la estepa castellana.

Vive generalmente en las orillas de los ríos y se alimenta de pequeños congrios, lombrices, pececillos y algunas raíces (1).

Otra res de buena carne que existe en aquellas partes es el ciervo rojo, conocido con el nombre de "Daiblac".

En la selva hay un árbol grande que se llama "Guá" (2), el cual se carga en el estío de unos estuches largos que parecen forrados en terciopelo, y en que acumula una gran cantidad de cierta melaza natural, blancuzca, que ceba en extremo a los animales, dándo-

(1) El animal aludido es el que se conoce en toda la América hispano, con el nombre de *onza*, debido al tono rojizo de su pelambre.

(2) ¿Guamo?

NOTA DEL EDITOR

les una gran cantidad de grasa. Por esta razón el indio sólo cosecha en el estío.

Abunda también el oso palmero, los monos en muchas especies, como el ''Yaguaraté''. ''Monfute'', «Manicú» y el mono blanco de las islas de las Gavias.

LOS CULTOS BÁRBAROS

No eran estos cultos sanguinarios, pero sí en extremo raros y peregrinos. Casi toda la nación de los ''charúas'', ''maobes'' y ''chiapas'' los profesaban, con algunas variantes unas de otras y nada más; en el fondo era el mismo culto en que figuraba una roca y un cardo que llamaban ''yerba sagrada'' y a la cual le atribuían, después de hechos con ella varios oficios religiosos, la virtud inapreciable de una fragante salud y de una fortuna envidiable.

La roca era, según el significado del culto, la dureza del mal; y la herbezuela sembrada o brotada espontáneamente de la grieta del peñasco, era la luz del bien, la flor sobre el tallo espinoso.

Mas, después de haber permanecido muchos siglos en el seno de aquella religión, la tribu chiapa perdió la fe y no quiso continuar perteneciendo a aquel culto.

Creían los chiapas que el culto de la roca y el cardo se había complacido en darles la derrota en la última guerra.

Y el gran cacique mandó que arrojasen de lo alto de la colina, en donde estaba emplazado el farallón, y que fuese rodando hasta el fondo profundo de las aguas del río.

La enorme roca fué precipitada de lo alto y rodó cerro abajo en un andar de demonios; pero en lugar de tomar la ruta que era de esperarse, vale decir, la del río, tomó la de la población, derribando no pocas viviendas y matando muchos habitantes e hiriendo la mayoría.

Con aquel motivo huyeron despavoridos todos y dejaron el sitio en la soledad.

Se imaginaron que había sido su falso dios el que los había castigado, por el horrendo desacato.

Esta relación, que la hizo verbalmente un indio, demuestra claramente lo avidoso que

es el hombre en estado salvaje, a la superstición, la leyenda y la fantasía.

De ahí que el cacique de los chiapas, cuando se veía sobrecogido por un espanto, no reclamaba a sus creencias, sino que, resignado y silencioso, soportaba la pena: le parecía un sarcasmo ir a pedir después del desacato. El cacique acallaba sus cuitas, recogiéndose muy apesadumbrado en sí mismo; pero la tribu, no; la tribu se creía libre de toda culpa y echábasela a él.

Y aquella especie de rencor naciente fuése arraigando en el corazón de toda la tribu.

Había entre los de la otra banda del Paraguay un joven arrogante, vivo, lleno de bríos. La tribu tenía puestos en él los ojos, y aunque por sumisión tradicional se empeñaba en sostener el otro, comprendía que el prestigio del nuevo se hacía más de querer.

Y un día vino todo a dar más razones al mito.

Chapúa (que era el nombre del viejo cacique) fué sorprendido en persecución de una de las barraganas de otro que era también cacique, pero de menor tribu.

Las cosas fueron muy lejos. No hubo guerra, pero sí un reto entre los dos rivales.

El joven Chiúa, que tenía el secreto designio de sojuzgar a Chapúa, tomó las previsiones y fuése al sitio donde los dos rivales iban a batirse, teniendo cada uno de ellos un pedernal agudísimo en la diestra.

Chiúa permaneció escondido en las malezas.

Fué una lucha fiera, terrible, la de aquellos hombres, que habiéndose derribado mutuamente se enzarzaban a dentelladas y a zarpazos uno con otro.

En muy poco tiempo quedaron ensangrentados. Cuando Chiúa vió que su cacique estaba ya para ser vencido, se precipitó sobre el grupo y ayudó a matar a su rey.

El se encargó de llevar la testa ensangrentada.

Chiúa fué proclamado cacique.

Hizo conducir la roca a la cumbre de la colina, tal como estaba, y en el vértice le hizo colocar la cabeza del que le había desacatado.

Así murió, según que decían, el culto de los chiapas y su último cacique, porque al día

siguiente los españoles mandaron a precipitar la roca de nuevo al fondo del río.

LOS CHIAPAS Y LOS ESPAÑOLES

Al principio, los chiapas miraban con esquivez a los extranjeros. Muy a pesar de que las tribus vencedoras estaban de parte de aquéllos, juntamente con lo de haberse repetido lo del derrumbamiento de los mitos.

Aquellos extranjeros que traían máquinas infernales que mataban como el rayo, derribaban los dioses tutelares y... ¿por qué no eran castigados como lo fué el gran cacique?

Era una pregunta que se hacían a sí mismos los chiapas.

Los extranjeros eran aliados con las tribus enemigas, y las tribus enemigas también adoraban la roca y el jaramago.

Los extranjeros, al igual del cacique, habían faltado al sagrado rito.

Y tales reflexiones abrumaban el alma a los indios adoradores del peñón y la hierba.

Pero venciendo esta leve resistencia, el jefe español íbase insinuando cada vez con más brío en el corazón de aquellos bárbaros.

Los frailes, por su parte, aprendían con verdadero entusiasmo sl idioma de los hombres de la selva.

Ya hablaban bien con ellos. Estaban acordes con todo. Lo único que no habían logrado era la conversión de las tribus.

A la larga pudo más la ansiosa curiosidad de conocer aquellos seres extraños que repentinamente se habían presentado.

Comenzaron a salir de sus escondrijos de los bosques. Porque muchos de ellos, con la exaltación de aquellos días, un tanto medrosos, habían tomado la fuga.

Los soldados metían miedo, pero al fin había que tolerarlos. No era posible sacarlos; dominaban, eran superiores. El acero afilado, buido, era una amenaza seria.

Si caía de tajo cortaba los huesos a cercén, y de punta se iba hasta la empuñadura.

Pero aterraba más que todo a los naturales, que los cautivos eran puestos al servicio noche y día en provecho de sus amos.

Llovía sobre sus espaldas el ramal. No bastaban las exhortaciones de los frailes.

La piedad, la divina misericordia del Señor

debía caer como un rayo al pie de los conquistadores.

Y una tarde arribó una armada compuesta de nueve galeones al mando del Almirante Juan Serváez, que traía órdenes de renovar el servicio íntegro de la encomienda, con gente de la que él llevaba a bordo, vale decir, un tesorero del Rey, un Alguacil Mayor, un oidor y dos oficiales.

Demás, como complemento, cincuenta individuos de tropa. Así puso fin a los abusos de los encomenderos S. M. el Rey.

En lo sucesivo tuvo mejores consecuencias el servicio de la nueva colonia.

No había razonamiento para que no rindiese grandes resultados: la tierra generosísima; el clima medio entre los horrores de un Julio andaluz y un Abril en los Alpes Julianos.

Rampas inmensas. Maderas preciosas para cargar mil escuadras y para hacer diez veces las Pirámides; ¿qué razón había para que no floreciese?

Pero el salvaje es como ciertos brutos animales. Se acostumbró a la mano ferrada del

encomendero, y no se estaba bien hallado con la serena quietud de genio y de urbanidad que le ofrecía, quien por otra parte traía encargos de la corte muy reiterados de llevar a los indios con la mayor suavidad y sosiego.

En realidad, la paz y el sosiego comenzó entre los tributarios y los dominadores. No se amaban, pero se aceptaban a medias.

Durante la nueva administración no se había fugado una sola familia, como antes, que abandonaban pueblos enteros y se echaban al bosque sin que pudiesen obligarlos a regresar, o que no regresaron más. Unos, porque se internaron en lo profundo de la selva, y otros porque, traspasándola, fueron a reunirse con tribus extrañas en otras latitudes.

LAS ESCUELAS

Fray Pedro de Obregón, luego que salieron para Europa las primeras cosechas de cereales, pieles, plumas hermosas, insinuó a la gobernación la idea de que se establecieran algunas escuelas en toda la región ocupada.

"Los chiapas, decía, son los únicos que permanecen remisos a la obediencia de la Corona Real, a la catequización, y no sólo eso, sino que tratan de imbuir a los demás su perniciosa intención.

¿No era mejor dejarles su creencia?

No cayó muy bien la opinión al religioso.

El Presidente de la Audiencia era uno que no quería reformas en ese sentido.

—¿Reformas? ¡Ni las de Martín Lutero de Alemania! Hasta el punto de que, como sabéis, no ha dado mayor fracaso.

Pero el proyecto era viable. Traer escuelas: así era más fácil hacer que el indio volviese por su cuenta.

Pero fuera de todas estas razones, el Presidente de la Audiencia llevaba por dentro otra cosa picaresca:

Entre la multitud de niños que comenzaba a salir de los campos. de la misma barriada, más de la mitad era mestiza, vale decir, mezcla de indio y español. Las atrocidades de la soldadesca, las imperiosas imposiciones de los oficiales comenzaban a dar su fruto.

A las escuelas, junto con los niños in-

dios, acudían una nube de mestizos (1).

Los padres de la Compañía, hombres de gran saber y gran conocimiento del mundo —puesto que habían ahondado bastante en muchos siglos el corazón humano y las pequeñeces ordinarias de la vida—comenzaron a sentir aprensiones por aquel elemento nuevo, nervioso, ágil, vivaz, que llevaba en la mirada toda la malicia y la esquivez salvaje y el imperioso ímpetu de los conquistadores extranjeros.

El español y el chiapa, enemigos en un principio, mutuamente tolerantes después, se fundían en una sola amalgama. No se amaban porque nada de común había entre los dos elementos. Pero el azar y la naturaleza los había lanzado uno sobre el otro para que se

---

(1) Coincide este pasaje con el comentario de un notable historiógrafo peruano, el señor García Calderón (Ventura) refiriéndose a las primeras escuelas de los jesuitas en el Paraguay: «Cronicones de la época, que se conservan en los archivos de Lima, dan cuenta del asombro jesuítico ante la nueva población que surgía entre la masa aborigen. Esto es, los mestizos. Entre la parvada de niños indios, los de tez blanca y cabello atesado... frutos de las uniones brutales de la soldadesca con la hembra vencida. Era el germen torvo y encrespado de la nueva raza que había de dar golpes terribles, cuando estuviese bastante crecida, a la raza conquistadora Era aquello la lozana y profusa enredadera que loca de savia se hase al arbol seco y nazareno y lo derriba con sn lujuriante peso».

NOTA DEL EDITOR

mezclasen como el aceite y el vinagre, ya que una fusión sincera era imposible.

En el nuevo elemento que de ahí se producía, apuntaba la raza doble, la que llevaba la aspereza de la selva y la dominadora del conquistador extranjero.

LA FUERZA DEL CHIAPA

Acaso el natural de más talla de cuantos pueblan las vastas regiones orientales del Paraguay. A ese corte de su musculatura debió los largos tiempos de dominio que alcanzó sobre todas las otras naciones que habían en torno.

Dominó primero a los ''yarúas'', después de muchos días de recio pelear en que de ambas partes caían a millares. La misma resistencia le hicieron los ''chanás'', que por dos veces los arrojó del Río Negro hacia el oriente y del modo contrario. La conquista de los ''boanes'' le fué menos violenta, porque delante de las huestes chiapas iba el pánico de las regiones asoladas, de los cautivos descllados en vida o mutilados, de las mujeres

puestas al servicio de los deleites y a la carga de los mantenimientos a través de espesos bosques, de pantanos inmensos.

Lo arrolló todo y en todo sentó su señorío.

Era tal el recuerdo de aquellas hazañas, que aun después de transmitidos por la tradición de unas a otras generaciones, causaban espanto.

Y esta facilidad fué la que pudo dar cima a la conquista de los boanes y con la de los boanes la de los tributarios de éstos.

Pero a las naciones bárbaras o iufieles a la causa de Dios les acontece de igual manera en cuanto al castigo del Señor.

La mucha ambición, la mucha vivacidad ante la posesión de las riquezas son la tentación del demonio.

¿Qué fué de la Gran Babilonia? ¡Y otras, y otras! La ambición siempre rompió el saco, y antes que ser hora de felicidad, fué malandanza para los que se dejaron llevar y traer de sus arrebatos.

Nación poderosa, pero sin dirección razonada, su poderío desapareció como la ortiga bajo los furores del estío.

Las pasiones, si no son atadas por las cadenas del juicio, serán el desmoronamiento del espíritu.

Eso aconteció al chiapa soberbio, poderoso, dominador. Sojuzgó tantas naciones, que no pudo retenerlas en su vasallaje y fué vencido. Es el caso de los grandes imperios, como el de Roma, que por no haber discreción, vínose abajo con la soberanía del Mundo.

Pero es triste que el artificio y el regalado gusto que para todo tenían los "chiapas" haya desaparecido: doloroso, pero indispensable, que desapareciesen los templos de adorar dioses salvajes y sanguinarios, para dar su puesto a Dios Nuestro Señor, el verdadero Dios.

Acaso por su mandato se efectuó la profunda transformación.

Eran sus templos en redondo, rematando por el techo en la misma forma cónica.

Las paredes hallábanse revestidas de labrados ladrillos de colores gallos y peregrinos. En los techos, en los suelos lucían preciosidades de piedra tallada toscamente, pero con un muy discreto gusto de arte.

Colgaban en las columnas, a manera de adornos de mucho lujo, mantos de algodón de junquillo de los ríos, rosarios de cuentas naturales de ciertas plantas graciosas de forma y de fruto.

En sus expediciones al Estrecho de Magallanes, saliendo vencedores, arrancaron a los vencidos cuantas riquezas poseían en objetos labrados, en adornos de la persona, sutiles y lucientes.

Sus irrupciones a las llanuras dejaron huella imborrable. Arreaban con cuantas riquezas tenía el nómada habitador, después de espantosas batallas.

FRAY MARTIN DEL BARCO

Lo asentado por este religioso acerca de la historia del Paraguay en relaciones y cartas, de las que hay muchas en el Archivo de Lisboa, todo tiene el color de la verdad que ha sido sentida, habiendo mirado muy de cerca el objeto que se desea poner en relieve.

Sus relaciones, muy hermosas, muy eru-

ditas, dan a entender que si bien había estudiado en la Universidad de Salamanca con mucho cuidado y discreción sobre asuntos de diverso jaez.

Quedó el Gobierno de España satisfecho y bien pagado de sus buenos servicios, y las generaciones a quien dedicó sus desvelos por la Historia.

Nació Fray Martín del Barco y Centenera en Extremadura del Río, en 1512. Se dedicó desde muy temprana edad a las letras, obteniendo, al abandonar sus estudios, una honrosa recomendación suscrita por los profesores y sabios de la Universidad Salamanquina.

Desde la ciudad de Maipó, retirado de su divina profesión, escribió muchas cosas, de las cuales algunas están impresas y otras andan quién sabe dónde.

Su conocimiento exacto de las lenguas indígenas y el ahinco con que estudió sus hábitos, sus costumbres, le dieron amplia materia para hacer magníficos trabajos.

LAS MONTAÑAS BLANCAS.—LOS CERROS CALIZOS.

Hay una muy sorprendente perspectiva que se columbra desde el Estrecho de Magallanes. Esto lo hemos visto muchas veces, y tanta impresión dejó en el alma, que es fácil asaz el describirlo. Las Montañas Blancas. No son así por la nieve, ni por las nieblas, como otras montañas, sino que son blancas porque la tierra caliza, despojada de toda vegetación y surcadas por las lluvias, se las ve desde lejos como si les hubiesen extendido una sábana.

Los galeones avanzan lentamente, porque el aire es flojo; pero es mejor así para los que en ellos navegan, porque en horas de viento furioso se forman grandes remolinos, y entonces es peligrosa la travesía.

En la zona del mar océano todo suspende, todo maravilla, todo produce el estupor de lo que no se ha visto. Las tormentas son terribles en todas partes. La ira de Dios impone en donde quiera; pero en estas lejanas partes las tempestades son diferentes. Una

perturbación de las atmósferas en el Paraguay es distinta a las perturbaciones de la atmósfera en otras latitudes. El relámpago es incesante, es como una pupila que está parpadeando fuego, es como si el cielo estuviese alumbrado por una hoguera azotada por el viento, y que desplegadas al aire ligeras sus llamaradas, se baten para allá y para acá, iluminando la extensión celeste.

La tormenta y las montañas blancas en las lejanas cordilleras del Estrecho de Magallanes impónense a los ojos que las contemplan como cosa de mucho extraordinario y de mucha maravilla.

Los sabios que hablan de Los Alpes, de los Montes Urales, no saben lo que son estas eminencias que posee la Corona de España en el mar océano.

El pincel sería el único que pudiese dar idea exacta de ellas.

De modo, pues, que sólo he de hacer mención detallada de algunas plantas curiosas tales como las del "Magüey". En realidad, esta planta, para el caso, es casi tan preciosa como la caña de azúcar. El indio le saca el

zumo por medio de dos mazas de madera que se oprimen dejando el bloque del árbol en el medio. Ajusta hasta lo extremo, y el líquido, que no es dulce ni mucho menos, brota como un chorro generoso.

Este zumo lo cuece el indio en una olla de barro muy bien quemada, hasta que lo hace depurar muy bien.

Queda una bebida clara como el agua, pero de un gusto exquisito y picante que al tomarlo produce una agradable sensación y adormece los nervios, como cuando se está bajo la impresión de un sueño o de una borrachera de opio.

Acaso esta deleitosa bebida sea como la "koca", que los indios araucanos catan hasta volverse locos.

Los naturales de esta región llaman esa planta (1) el árbol del perdón.

Los corpulentos árboles de la orilla del camino, aun cuando sean chopos transidos por el frío, en las horas de ventisca meten medrosidades, se balancean hermosamente.

---

(1) Planta del cocuyo.

El guía asegura que son "sauces"; pero quien los ha visto otros tiempos considera que son inconfundibles con árbol alguno, bien sea de Europa o de Asia.

Cuando se dejan lejos, muy lejos el Estrecho de Magallanes y sus montañas blancas, se puede contar con que ya se verá otra cosa que se le asemeje.

Entre todo lo sorprendente, entre todo lo hermoso de aquellas partes, son las altas montañas lo que más impone por la grandeza de la mano del Señor y por la belleza de un viaje al mar océano, en que nos parece que no volveremos jamás a la Patria donde dejamos nuestros padres.

EL VESTIDO CHIAPA

Son los hombres de esta raza muy aficionados al adorno y a la ostentación, y especialmente a los colores subidos.

Sus galas son de lo más artificioso que puede concebirse.

Muchos de ellos llegan en este extremo hasta horadarse la piel con la idea de col-

garse joyas, rosarios y otros aderezos que sabe construir con arte sumo y suma belleza.

Sus joyas son pintorescas y revelan un gusto sensible y una propensión muy señalada á lo superlativo.

Como entre estos bárbaros es poco usado el metal, echan mano de una multitud de géneros vegetales y hasta animales, que con esencias extraídas de árboles de tinta les dan los tonos que quieren.

Valiéndose de piedras lisas frotan los huesos de ciertos animales y les dan la forma que desean, ya sea como ajorcas, cadenillas ó cuentas de camándula.

Los huesos de algunas frutas les ofrecen abundante material para el decorado de sus tapices y el labrado de sus telas.

Las plumas de las aves silvestres también les dan no poca ocasión a fabricar las más hermosas galas, tanto para servirse contra el calor o el sol, como por mero lujo.

Uno de los caciques de esta tribu llamó mayormente la atención de los Padres de la Compañía, porque llevaba encima cerca de

trescientos aderezos enteramente distintos unos de otros y del más diverso color.

Así son los gentiles de todas las posesiones del mar océano; pero éstas rivalizan con todos los conocidos.

En sus casas, en sus armas, en sus personas despliegan una fastuosidad maravillosa.

Su vanidad y presunción en esto es de lo más peregrino.

Pero en tales aficiones ofrece otro raro capricho y que da que pensar a la observación.

Las mujeres son menos ostentosas que los hombres. Ellas llevan sobre los pechos una espesa red de rosarios y camándulas que a la vez le rodea el cuello. Estos rosarios son generalmente formados con una frutita roja y en extremo sólida que produce el árbol del ''Pericoco''. Esta frutita es exactamente una judía encarnada, pero dura como una piedra. El indio, para lograr horadarla, se ve forzado a aplicarle el fuego por medio de unas espinas encendidas por la punta, siendo este trabajo de mucha paciencia.

Se adorna la cabeza con un penacho de plumas de diversos colores.

En los brazos y en los extremos de las piernas lleva unas ajorcas de otras labores.

Pero el indio se cubre todo el cuerpo de motas coloridas, plumas, rosarios, redecillas, y se pinta la piel con extravagantes y peregrinos jeroglíficos.

El cabello se lo perfuman con un aceite finísimo que mezclan con algunas hojas olorosas.

Este aceite es amarillo claro y presta mucha suavidad y gracia (1).

Los indios obtienen esta grasa de un modo muy sencillo.

Abren a un árbol llamado por ellos "ucúa" un boquete por la parte más recia del tronco. A los dos o tres días empieza a salir un humor acuoso por aquella herida, y eso es lo que el indio guarda en una vasija bien tapada.

La substancia se enrancia, hasta que se le va al fondo todos los resíduos y queda arriba el aceite puro.

Las hojas que mezcla con el aceite son en extremo olorosas. Es una planta algo me-

---

(1) Probablemente se refiere al aceite de *anime*

diana, aunque no tanto como un espinito silvestre, que las produce de un verde claro, con picos en los extremos, a la manera de estrellas.

Estas hojas las ponen al sol. Después que están bien secas las reducen a polvo, y entonces hacen la mezcla.

Les resulta una esencia maravillosa para su regalo y ostentosidad.

Para defenderse de los rigores de los insectos, también se vale de una esencia que, untándose en la piel, ahuyenta aquellos agresivos animalejos.

En todo rebela el "chiapa" que llegó a ser un gran pueblo dominador por su viveza y su no común entendimiento...

DE LO MUY GOLOSO QUE ES EL CHIAPA

En lo umbroso, en lo enmarañado de los matojos, con múltiples obstáculos que ofrece la Naturaleza, el chiapa agasaja su regalado gusto con las más sabrosas viandas.

Los frutos de la vegetación misma le dan las más agradables dulcedumbres, y sus car-

nes lozanas le proporcionan alimento rico y sustancioso.

Es una variedad infinita la del pan y las carnes que consume.

En esto, como para que su placer sea más vivo y saciante, tiene el chiapa en cada pueblo o ranchería una organización.

De tiempo en tiempo va un grupo numeroso de indios a la selva, a cazar, y otro de pesca por los ríos, lagos o ciénagas.

Esos grupos se van relevando, y lo que hacen es para toda la comunidad.

Cuando uno de estos grupos regresa de su encomendado, es inconcebible la cantidad de mantenimiento que trae.

Cientos de aves, muchas reses, como ciervos, dantas, cerdos, grandes cantidades de peces, miles de huevos.

Su modo de conservar todas estas viandas sin usar la sal es sencillo y bueno en realidad.

Su principal agente es el humo.

Arma unas grandes trojes de palos derechos y resecos; debajo enciende lumbre con troncos apropiados, como que el humo que sale del seno de esa hoguera antes bien le

presta aroma a los grasosos tasajos, que son extendidos en la armazón de madera.

Esta operación durante un día y una noche ablanda y cuece las carnes hasta prestarles una suavidad delicada.

Su pan, que es el de la "yuca", es hasta más fuerte que el europeo: son estas raíces muy blancas, que reduce a masa por una manipulación apropiada, la exprime hasta sacarle la última gota del zumo, que es venenoso, y la parte de la masa que queda la extiende al fuego sobre tiestos de barro cocido, en grandes y delgadas tortas.

Igualmente hace con el maíz y con el millo.

El chiapa no come en mesa.

Se sitúa en el suelo, como los orientales.

En grupos de doce o quince personas se colocan en círculo. En medio ponen, sobre hojas frescas de diferentes árboles, las viandas secas que han de consumir; los líquidos, en grandes cacharros, ya de barro o bien de madera.

Cuando alguno llega a la puerta de una vivienda en el momento en que están en la

comida, la cortesía es lo mismo que entre europeos: los de la casa le invitan a comer.

El que llega corresponde a la cortesía deseándoles salud y buena digestión; pero es de usanza que pruebe algún bocado.

FINAL

De las muchas naciones que poblaron el nuevo orbe y que lo llenaron con el ruido de sus victorias y sus grandes agitaciones, ya por el dominio, ora por no adaptarse a ciertos estados a que los obligó la naturaleza, digo, pues, que ninguno como el chiapa.

El inca fué más poderoso y fué labrador de oro y plata; pero era infinitamente menos listo en entendimiento. El mejicano era indolente y por eso pudo ser sojuzgado por unos cuantos lanceros europeos, siendo él en número de millones.

Entre estos tres grupos de bárbaros se destaca más el chiapa. Su historia, sus costumbres, sus ansias de conquista son más interesantes a los ojos del cronista. A más de que su valentía rayaba en locura.

LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS

LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS

(LLANOS DE VENEZUELA)

POR

DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA

NOTA PRELIMINAR

La obra que va a leerse es un relato amenísimo del descubrimiento, conquista y colonización de las vastas regiones que constituyen hoy los estados de «Apure», «Guarico» y «Zamora» de la República de Venezuela.

Su estilo suelto, vibrante, colorido, le prestan un especial encanto a esta hermosa narración del Maestre Diego Albéniz de la Cerrada.

La hemos obtenido del legajo número 2.999, Sección «Manuscritos» de la Biblioteca Nacional.

EDITORIAL «AMERICA»

LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS

I

Aunque nada versado en esta suerte de ejercicios y con escasísimo aliño de ciencias humanas, como cumple al cronista holgado de reflejar con pureza los hechos para enviárselos a la posteridad, propóngome a componer un sucinto relato de la memorable jornada que llevó a buen suceso el Almirante Lope de La Puebla en las vastas indias situadas más allá de las montañas ecuatoriales que demoran en la costa del mar océano.

No es mi propósito deleitar el entendimiento de los que leen y escriben en Castilla, puesto que bien me sé que mal puede alcan-

zar tan hermosa presea quien carece de esclarecido ingenio y anda más que menguado en el discurso y en las elevaciones del espíritu. Pero no me daré punto de reposo en dar la mayor presteza a las reflexiones que los hechos susciten, pagándome mucho de que ni falten los detalles interesantes, ni se encarezcan sobradamente las hazañas.

Y todo en medio del deseo vehementísimo de que no padezca fatiga la bienquista curiosidad del lector.

Puesto en tal guisa este negocio, he de insistir en algunas curiosidades que atañen a los antecedentes y que no está fuera de intento el que sean de paso consignadas.

Digo, pues, que el Obispo de Santa Fe dióse faena en varias ocasiones por ante el Consejo de Indias para que ultimase la empresa de hacer explorar y conquistar las inmensas llanuras que extienden sus horizontes como sorprendente mar, del otro lado de la gran cadena de montañas ya nombradas. Y al efecto se hizo la designación del Capitán Dionisio de la Palma, para que dirigiera personalmente la expedición en cali-

dad de Adelantado y Tesorero de Su Majestad; mas no pudo el animoso Capitán dar cima a su expedición, en virtud de que lo impenetrable de la masa de bosques que hay entre el valle de los Caracas y aquellos desiertos opusiéronle un obstáculo insuperable.

Mas no desmayó el Santo Prelado, y dos años después, en Junio de 1520, logró que se enderezase esta expedición al mando del Almirante Lope de La Puebla, hombre muy entendido, natural de Landa del Burgo, en la provincia de Soria, y que ya había hecho varias expediciones por mar contra el turco y contra la república de Venecia.

Se dirigió, pues, La Puebla por la ruta equinoccial, y después de una navegación bastante feliz de dos meses, arribó a las costas del Golfo Triste, dirigiéndose en seguida por el río llamado por los naturales de Guaracasana, a la misión ya floreciente de La Angostura, curso arriba del gran río de este nombre.

En La Angostura tomó algunos aprovisionamientos de maíz, carne de pescado, frutas y bastante forraje para los caballos que llevaba en bodegas.

Luego, sirviéndose de un hombre avezado en los viajes por aquellos países, tomó la desembocadura de uno de los tribularios que viene a la gran cuenca por el Sur, y así salió fácilmente a los dilatados desiertos, aunque no sin haber dado no poca diligencia en vencer la angustiosa calma de aquellas aguas que hacia arriba molestan en gran modo el avance de las embarcaciones.

En muchas partes va el río por la llanura abierta, y los velámenes logran tomar alguna que otra ráfaga; pero cuando topa con ribas pobladas de espeso bosque, el mucho y elevado follaje impide el paso de las brisas.

A más de esto, abundan mucho los insectos y las moscas voraces, que se prenden a la piel y luego de picarla la dejan irritada y ocasionada a comezones y ardideces desesperantes.

Al gran río caen otros muchos de potentísima corriente y que también ofrecen grande facilidad a la navegación.

Todos fueron explorados y en ello ocurrió no poca consecuencia de lances, peligros y correrías de vario jaez.

De todas estas cosas es de las que me propongo hacer puntual y detenida reminiscencia.

Ojalá resulte a los que se impongan su lectura de solaz y entretenimiento, que así holgareme yo de haber sido discreto, ya que no ingenioso, y aun más de lograr una sentencia honrosa del bondadoso lector.

II

El arribo a Las Angosturas fué por mediados de Septiembre; y como La Puebla quería hacer todas sus diligencias a cabalidad, como compete a todo hombre listo y despejado en el discurso, prolongó su marcha hacia los ríos tribularios hasta Enero.

Fué, precisamente, el día de la Pascua de advenimiento de año cuando desamarró los navíos, que se hallaban acoderados al relés de la población, en la ribera derecha del Orinoco, y con una brisa algo perezosa que llaman los marinos "terral", tomó rumbo a la boca del primer tribulario (1), río anchísimo

(1) Río Apure.

NOTA DEL EDITOR

y hondo que en algunos sitios parece un piélago: tal son de dilatadas sus riberas.

Al tomar la curva para entrar en él por su desembocadura, sorprendió en grande manera a los tripulantes los raros animales acuáticos que vieron en un bajo arenoso, no lejos del camino que llevaban las naos.

Eran aquellos bichos de un color sucio, cobrizo, con el lomo áspero, larga cola, getas del mismo modo y erizada de buidos colmillos: muy semejante a los dragones que pintaban en el escudo de armas del Sultán de Persia; también exactos al animalejo que llamamos en España lagarto; pero enormes de tamaño, tan enormes que cada uno de ellos podría tener tanto peso como una res mayor.

En cuanto uno de ellos vido las naves, se arrojó a las aguas y desapareció. Tras de aquel se precipitaron los otros, sumergiéndose también.

Preguntado el guía indio qué clase de bestias eran aquellas, respondió que se llamaban en el país "caimanes", pero que los frailes de las Misiones los nombraban "cocodri-

los'', por ser parecidos, según ellos, a otros que habían mirado igùales en las tierras de Africa.

Luego hizo muy peregrinas referencias acerca de aquellos monstruos, y entre otras cosas, asentó que eran demasiadamente feroces, pues acometían a todo sér humano, bien fuesen hombres o bestias del bosque o aves o peces, y lo devoraban todo, siendo las más temibles fieras en aquellas aguas; mas al mismo punto afirmó que su cuerpo era muy útil a la Medicina y al afán industrioso, pues sus colmillos, agujereados y puestos en un rosario al cuello de los niños, le alejaban todo maleficio de hechicería, daño, infundio y algunas dolencias. Que el nervio viril, bien seco, se aplicaba al resobo de retorcimientos de tendones, coyunturas dislocadas y a las enfermedades de los oídos.

Manifestó asimismo que la piel era tan dura y resistente, que era aplicada a mil objetos de servicio de navegación y de recuas, sirviendo ya como amarradijo, ya como recubierta, ora como sostén en lugar de piezas de hierro.

Que era animal de tan potentísima destreza que muchas veces había ahogado y de-

vorado caballos en la ribera de la puebla, pues llegado el caso de que uno de aquellos se había arrimado a beber, siendo cogido por el belfo, había desaparecido en lo profundo, no dejando nada más que un remolino y un filamento de sangre.

Pero que también el "caimán" tenía enemigos terribles en el fondo del río y a los cuales miraba tan medrosamente como al mismo Satán, vale decir unos pequeños peces, no menos cada uno que una sardina, pero que andan por aquellas aguas en rumazones de infinitos miles, los cuales, echándoseles encima como enjambre de fieros insectos, los ponían en fuga despavorida. Otro enemigo, muy pequeño también, de estos monstruos del río, agregó que era una angilla que llevaba un misterio en la piel, pues, al tocarla, producía un soponcio espantoso en todo el cuerpo, mayormente con una sacudida tremenda de nervios y cabeza, que era capaz de matar vertiginosamente. (1)

(1) Se refiere a la «angilla eléctrica» que suscriben Humboldt y Bompland en la obra titulada *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. En Venezuela y Colombia se les denomina actnalmente *temblador*.

NOTA DEL EDITOR

Esto del animalejo último hizo reir a los oyentes, no sin cierta duda, pues no se concebía que una angilla pudiese producir tal cosa en tocándola.

Mas después la realidad demostró a todos que era muy cierto lo dicho por el marañón... En el paso de un río llamado de los "Yaguales" (1), pereció ahogada una hermosa acémila de la expedición, que siendo tocada por aquella angilla, perdió el nado, yéndose al fondo del río en un instante.

Al cerrar la noche hubo que suspender la navegación y asegurar las naves por medio de fuertes amarras a los árboles más poderosos de la ribera. La tripulación pensó entregarse al reposo, pero fué en vano: una nube de insectos bravos fuésele encima y nadie pudo tomar el sueño. Las caballerías hubo que desembarcarlas, porque comenzaron a relinchar, a saltar desesperadas, como con las intenciones de romperlo todo dentro de las bodegas.

Son unos insectos temibles; su aguijón lo

(1) Río Arauca.

NOTA DEL EDITOR

traspasa todo y está como untado de una ponzoña de las más corrosivas.

Un grumete de la nao mayor, llamado Nemesio Osío, amaneció deforme: tal tenía de inflamado el rostro. Al día siguiente, tratando de tomar una providencia, se hizo buen acopio de leña viva, de modo de poder producir una muy densa humareda, tal como aconsejaba el guía indio.

Este procedimiento dió hartos resultados. Los insectos huyen al humo, y más si éste es producido por el estiércol de caballo bien seco.

A medida que las naos iban avanzando y haciéndose mayor la espesura de los bosques, se formaba más pesada la calma. Al cabo hubo que armar las parejas de grandes remos y darle fuerza a la marcha.

Era aquel un viaje que abrumaba el ánimo, por lo perezoso y lo aciago. Todo en la Naturaleza parecía bajo una pesadez de muerte. Las mañanas eran despejadas y anochecía muy temprano, siendo sobradamente calurosas.

Pero donde se presentó un caso bastante

sorprendente y de mucha maravilla, fué en la noche del quinto día de viaje por aquellos navegables caminos, vale decir una gran tormenta en seco.

Sin huracanes, sin una gota de lluvia, el relámpago se encendía incesantemente de un modo continuado, como si estuviesen encadenados unos contra otros.

Pero la centella en aquellas latitudes no es como en Europa, rápida y rojiza, sino un tanto perezosa y blanquecina, algo así como la densidad que produce el azufre cuando se le enciende.

Duró la tormenta dos largas horas, acaso por la llegada del viento, pues se sintieron algunas flojas ráfagas, y el trueno fuése alejando, alejando, hasta que su retumbo se perdió sordamente entre las lobregueces de la noche.

Desde la fuga de la tormenta pareció el cielo más hermoso. Las estrellas resplandecían en el fondo obscuro como encajes fugaces. Eran grandes regueros de estas luminarias de unas muy hermosas fulguraciones.

Al amanecer de aquel día, alcanzaron las

naves una muy buena racha de viento. Habían salido de lo espeso de las montañas y se abrían a proa las infinitas llanuras sin horizontes; sólo por la parte del Norte se columbraban ligeras manchas verdes obscuras que parecían o de selvas, como las que habían quedado detrás, o de las vastas extensiones de palmeras.

Lo que alcanzaron de brisa los velámenes aquel día para correr, fué más de lo que se había andado en casi medio mes de viaje.

El sol, amedrentante, en las partes abiertas es mucho infinitamente más bravo. Se le siente caer sobre el cuerpo como un velo de fuego. Hace espejismos en la lejanía temblorosamente, como si la naturaleza padeciese de fiebre. La obra muerta de las embarcaciones ardía de puro caliente. Lanzaban chispazos los hierros de las cadenas y codos, aun estando herrumbrosos por el salitre de los mares. Provocaba centelleos vivos en las jarcias; y la cera de mástiles y escotillas derretíase, chorreando flúida como aceite o esencia mineral.

El sol en tan remotas regiones es más ar-

diente que el sol africano. Si no fuese por la multitud de grandes ríos, lagos, resumideros y unos riachuelos que llaman "apure", tales soledades serían mucho más temibles que los medanos de Egipto; pero por fortuna, y aparte de los insectos ponzoñosos, son los desiertos de la India unos paraísos por la abundancia de toda suerte de carnes, huevos, frutas, forrajes, la bondad de los bosques y palmares sombríos y la maravillante hermosura que los adorna.

La mirada se quedaba como bajo el dominio de un muy milagroso hechizo al descender el sol a su hora final.

La llanura a media luz se torna opaca; las nubes se pintan de encarnados vivos, y sobre la tierra, a la orilla de lagos y pozos que lucen como el acero de los espejos, se miran grandes bandadas de pájaros que sólo un pintor podría dar idea de ellos así agrupados. ¡Qué plumajes tan peregrinos! Unos, como la sangre recién vertida; otros, como el carmín añejo ya perdido de su pureza, otros, como la rosa un tanto pálida.

Ver estos pájaros alzar el vuelo es una cosa

de encantamiento, que embarga y sobrecoge el espíritu por el más alucinado estupor; el ánimo se queda en suspenso, como temiendo que lo que los ojos ven sea un sueño calenturiento, un desvarío, una locura de la imaginación, o que al entendimiento le hubiesen puesto una tela de mil colores para que se perdiese en cosas confusas y lejanas de la realidad.

Parece que el subido color de las nubes encendiese más la tinta de las manchas que forman las enormes bandas de pájaros.

Si alzan el vuelo, entonces es más sorprendente el espectáculo: es un manto abigarrado que toma el azul, desplegándose, torciéndose, rugándose caprichosamente, como agitado por una mano invisible (1).

---

(1) Alude el autor las bandadas de gagas que pueblan las llanuras de Venezuela; en efecto, son estos pájaros preciosísimos por la diversidad de sus colores, pues los hay blancos, de una blancura inmaculada; negros como el ébano; verdes como la esmeralda más pura, como la más quintaesenciada púrpura; desteñidos, rosados, parduzcos, son más bellos que el famoso «papagayo», tan celebrado en otras obras de la conquista.

NOTA DEL EDITOR

III

La exploración de tan vastas partes presentaba a los expedicionarios dos dificultades de harta trascendencia: primero que todo el de una base fuerte que ofreciese resistencia positiva en caso de una irrupción de los naturales, que aun no se había tenido ni noticias de su existencia por aquellos parajes; y segundo, la elección de ruta, pues eran tantas que se hacía laborioso el pensar en la que más conviniese al buen suceso de la empresa.

A estas reflexiones del momento seguían no pocas cavilaciones. En caso de una salida furtiva y que forzadamente hubiese que emprender la retirada, ¿cómo debía efectuarse ésta? En el mar esto es fácil, como que no hay más que darse priesa en izar las velas y tomar la extensión; pero en un río ofrecíase la grave dificultad de un solo camino atacable por ambas márgenes, y ocasionado al acoso por la popa.

La Puebla discurrió severa y reposadamente sobre todo esto y adoptó sus medidas.

Resolvió, pues, dejar la pequeña flota fondeada en medio de la corriente, dando bastante distancia a tierra en ambos lados, y partir hacia el Norte con el escuadrón de caballos, provisto de los aparatos de náutica, como para ir lejos en el desierto de las llanuras y volver con seguridades al lugar de la partida.

Ya claro lo bastante como para tener presteza de las escabrosidades del terreno que pudiesen presentarse; después de oir la misa en el altar improvisado a tal guisa, montó La Puebla y partió hacia el horizonte seguido de los suyos.

Salvadas las primeras gredosidades de las riberas, entraron en la zona de los grandes herbazales. A poco quedaron los jinetes ocultos por el mar de vegetación, lo que dificultaba en gran manera la marcha; pujaban las bestias para abrirse paso entre la espesura de los herbazales entrecruzados, enmarañados hasta lo inconcebible, como que era la primera vez que las agitaciones del hombre le abrían un surco profundo, después de una calma milenaria bajo la impasible serenidad de aquellos cielos.

Si tal naturaleza hubiese tenido toda la extensión de tan dilatadas regiones, más valiera a los jinetes retroceder adonde habían pernoctado; mas con sobrada fortuna salieron muy presto a otra extensión donde la hierba era de diverso género, vale decir, más baja y menos densa.

Avistaron un lago que tenía las ribas al borde de unas altas palmeras por el Sur y por el Norte dilatado infinitamente como el mar. Luego encontraron una extensión fangosa en donde los caballos metían los remos hasta medio corvejón, teniendo que sacarlos a viva fuerza.

Súbitamente, mientras salían de aquellos pantanos, vieron salir en loco tropel una nutrida tropa de cuadrúpedos de bastante talla, aunque no de tanta como los caballos, semejantes a nuestros osos de Galicia, pero más rápidos y con la cerda más espesa, de un color rojizo obscuro.

La tropa de animales dejó la espesura de los herbazales y se precipitó a las aguas, nadó un buen trecho sumergida hasta la cabeza y luego desapareció.

El guía dijo que aquellos bichos eran llamados "chigüires" por los naturales del país, y que era su carne muy apetitosa y buena, haciendo ahumada de ella después de secarla muy bien al sol. Que era un animal sumamente diestro y ágil, tanto en tierra como en agua, alimentándose de vegetales y madres de caracol, de las que abundan muchísimo en aquellos pantanos.

El escuadrón tomó por la vera del lago, siempre hacia adelante en la ruta marcada de antemano.

Unas vetas abiertas en la arena, como producidas con sarmientos resecos que se hubiesen arrastrado por sobre ella, llamaron la atención del indio; manifestó al soldado que marchaba a su lado que le ayudase a bajar del caballo. El tal indio jamás en su vida habíase visto a horcajadas sobre los lomos de uno de estos cuadrúpedos. Con risas y donaires de todos, el soldado ayudóle a descender de la bestia. Le entregó las bridas y, siguiendo el rastro de las vetas, dió prestamente con lo que buscaba.

Alcanzó por ahí un chuzo del primer ma-

tojo que encontró al paso, y se dió a cavar en el suelo como con ánimos de abrir un hoyo. Cuando éste iba poco más de tres palmos de profundidad, descubrió una nidada de huevos blancos, como los del palomino por su tamaño, pero con la cáscara blanda y flexible.

Al indio le bailaron los ojos del mucho contentamiento, y dijo que aquellos huevos eran suculentos en grado sumo, que los frailes de las Misiones de la Uruana, Caicara y Las Angosturas los apreciaban como cosa de mucho regalo. Que era necesario cocerlos muy bien para consumirlos.

Luego explicó que procedían de un animal semejante a la tortuga de los mares, pero más pequeño, extremadamente curioso y bueno de comer.

Siguiendo la derrota fueron encontrando espaciosas y suaves dársenas cubiertas de menudo césped, concurridas de una multitud de aves acuáticas de precioso plumaje y rico tono de color.

Después, una tropa de animales grandes, pero no de los mismos que antes, sino de otros, una especie de rebeco indiano de piel

amarilla tostada, armado de ramosa cornamenta, como el ciervo de Europa. Cuanto estos animales columbraron el escuadrón echaron a correr en desaforada fuga y muy pronto desaparecieron por el palmar inmediato.

Andando unos cuantos tiros de ballesta, dieron final a la curva del lago, y entonces sí se presentó la llanura en su espaciosa inmensidad. El sol ardía como una enorme llamarada. La tierra lucía hierbas amarillentas de trecho en trecho; pero por todas partes grandes peladeros por donde avanzaban los caballos levantando polvaredas.

En pleno espacio de estos peladeros, advirtió el guía hacia adelante y en una considerable distancia, unos animales en número de tres que cruzaban pausadamente y a los cuales, por la distancia, no se les reconocía bien.

El indio dió señales de alarma y explicó que eran bestias feroces, que atacaban y devoraban cuanto sér humano encontrasen.

Andando más vieron los de la caravana que eran tigres. Algo menores que los de Bengala,

son estos animales tan veloces como aquéllos. Apenas advirtieron el grupo de jinetes, se pusieron en fuga, siendo tan ágiles que en muy poco rato se les vió desaparecer en la extensión infinita, como pequeños esquifes que se pierden en la lejanía de los mares.

Aquella noche hicieron campamento bajo unas palmeras y cerca de unos pozos profundos, de los que había no pocos en la región.

Estos pozos, formados por la Naturaleza, son socavones que abren los ciervos lamiendo la tierra en lugares salados. En la estación de las lluvias se llenan y vienen a quedar exhaustos muy avanzada la sequía.

Llamó mucho la atención de los viandantes no haber encontrado tribus, ni siquiera el paso de éstas remotamente revelado por huellas, señales de alguna vivienda; pero fué en vano cuantas observaciones trataron de avizorar.

Otra falta rotunda en todos estos grandes desiertos es la no existencia de las piedras. En una extensión de más de doscientas leguas castellanas no se encuentra una sola siquiera del tamaño de una bellota.

VI

La noche había pasado muy a sabor y sosiego del más dulce y bien ganado reposo; pero el guía, cuya inquietud era manifiesta desde que advirtió la presencia de los jaguares, indicó a La Puebla que merced a la sombra de la noche podían ser atacadas las bestias y hasta los hombres mismos por aquellos feroces animales.

Dispuso, pues, el Almirante, se ordenase un cuerpo de guardia de seis hombres que ruasen toda la noche en torno del grupo, fuertemente armados, y que diesen la alerta en caso preciso.

Y fué gran lástima el sobresalto de tal indicación del guía, pues la noche era fresca—tanto como puede serlo en aquellas latitudes,—la brisa soplaba floja y sabrosa y no habían de los molestos insectos voladores en aquella región. Acaso se debía esto a lo apartada que estaba de la parte humedecida por el río.

Y sucedió como había temido el indio: a eso

de la media noche los caballos se mostraron grandemente agitados, pugnando por romper sus amarras en el amplio herbazal donde pastaban, para venirse al arrimo de la gente.

Todo el campamento se puso en pie y a guisa de defensa contra las bestias feroces; mas no hubo el ataque: probablemente huyeron espantadas al acercarse a la gran hoguera que ardía alimentada por una gran cantidad de leña muerta.

Los caballos advirtieron primero que los centinelas la proximidad del peligro, y es porque estos nobles animales están dotados por Dios de un muy buen instinto, tanto para defenderse como para orientarse en las vastas soledades.

Ya en la madrugada despertó de nuevo a los viajeros la algarabía de una multitud de pájaros, que cruzaban en todas direcciones como intrigados y avizores por la sorpresa de los huéspedes tan inesperados en su bosque.

La llanura abierta, pelada y a trechos llena de niebla, quedaba detrás. En su avance de ahí en adelante la caravana iba a entrar en

grandes palmares interrumpidos a trechos por pequeños espacios de hierba, o lagos, o ríos.

Era aquel el último día de marcha, pues desde ahí en adelante pensaba La Puebla tornar al lugar de la partida. La expedición por la tierra de las palmeras y las hierbas era ya suficiente para presumir lo necesario y, sobre todas las cosas, que no había tribus bárbaras a quienes temer ni a quienes tener que conquistar.

No obstante la zozobra de la noche, el escuadrón de caballería satisfizo su hambre y su fatiga: los bridones estaban en hartura y buena resistencia para continuar la marcha.

Los tercios de expedición no regodean menos: fué su hora de la mañana bastante suculenta y sobrada, pues entre los cincuenta que formaban el pequeño ejército engulleron tres rebecos, cazados con flecha por el guía y varios centenares de huevos de la tortuga antes citada. Y todo rociado con puro jugo de uva flamenca del que traían los galeones una provisión bastante copiosa. Como regalado postre, numerosa almacigada de unas frutas

sabrosísimas de aquellas palmeras y que dijo el indio se llamaban "merecures", palabra del idioma de los marañones, que quiere decir carne dulce.

Mas la creencia del Almirante de que no hubiesen tribus en aquellos parajes resultó frustrada.

Partido que hubieron en el mismo rumbo, y habiéndose alejado hasta pasar la primera masa de bosque, se encontraron con un río bastante caudaloso, aunque no tanto como el otro donde habían quedado los galeones.

Mas era perfectamente navegable; unas barcas largas y en extremo angostas, a manera de canoas, reveló que no lejos de ahí había gente.

Luego que advirtieron también algunos senderos en los que se veía claramente el tráfico humano.

Otearon cuidadosamente hacia la otra orilla, pero no distinguieron persona alguna.

Lanzaron varios gritos y el resultado fué igual: nadie se hizo eco de ellos.

Entonces La Puebla ordenó a un soldado de nombre Pedro de Ordúa, que se preparase

con su caballo, que era potente en extremo, y se lanzase a nado a inquirir las barcas que estaban en la ribera opuesta.

Así lo hizo; en muy poco rato regresó con lo pedido: los cincuenta jinetes pudieron pasar sobre una balsa hecha con las barcas.

Era el soldado Pedro de Ordúa un buen marinero y a la vez un recio tercio de tropas en tierra. Manejaba con gran destreza el caballo y era listo y discursivo en demasía. Valiente y audaz, nada le arredraba; guerreando toda la vida había llegado a los cuarenta años con el mismo ardimiento de los primeros tiempos de la juventud.

De una vez que estuvieron del otro lado, tornaron a aprestarse para toda clase de aventuras. Creyó conveniente y discreto La Puebla dejar las dos acémilas con tres de los peones en el sitio de las barcas, para el caso de una retirada forzosa, y marchó resueltamente a la cabeza de sus lanceros.

Atravesada la faja de bosques de las riberas del río, salieron a una vasta extensión escueta, a cuyo linde divisaron un grupo de cabañas.

—Allí hay gente!—exclamó el guía.

—Sí, vive Dios!, que hay, y habrá gente doquiera haya viviendas, mi buen motilón!—respondióle, riendo, La Puebla.

El escuadrón en masa picó espuelas a los ijares de sus bridones y avanzó en marcha rápida.

Atravesaron la extensión abierta y llegaron a las primeras cabañas. Salieron muchos naturales, sorprendidos extremadamente.

La Puebla llamó al guía y lo hizo colocar a su lado. El indio, con harta esquivez, se acercó al grupo y les habló en su idioma, pero no le entendieron.

Volvióse al Almirante y díjole desta manera:

—Estos no saben como hablo yo.

—Vamos, era de esperarse, querido marañón—dijo La Puebla.—¿Pero no sabes tú otra idioma que la tuya?

—El guarao.

—Háblales en guarao!

El guía espoleó de nuevo su caballo, y abordando al grupo que había en el dintel de la cabaña, le habló en "guarao". Tampoco

fué entendido. Uno de los indios trató de expresarse con señas, que no entendía.

El guía tornó al Almirante:

—No saben lo que yo hablo.

—¿Y no sabes tú otro idioma?

—El achaguas!

—Pues háblales en achaguas!

El guía tornó de nuevo y les habló en achaguas.

Entonces sí le comprendieron. Aun más: uno de los indígenas de aquella tribu, y que por su talante parecía ser el superior, el rey, el cacique, en suma, lo que se entiende por principal, se le acercó y hablóle calurosamente. Sostuvieron una plática bastante interesante.

Los indios de las otras cabañas comenzaron a acudir en masas. Eran muchos; parecía cosa de encanto que en tan míseras y reducidas habitaciones pudiese haber tanta gente.

El guía volvióse a La Puebla y le expresó todo cuanto había hablado con el cacique. Pertenecía éste a un reino lejano de ahí, a quien él y otros muchos caciques estaban sometidos por la fuerza de las armas.

Decía el guía que el cacique tomaba la llegada de los españoles como cosa muy feliz y santa para él, porque lo libraba del duro yugo de los achaguas, que le pedían a diario víveres, hombres para sostener sus guerras con otras tribus que querían someter en las llanuras; y además de eso, mujeres para su deleite y bien folgar.

La expedición, pues, bajo tan halagadores resultados, dió pie a tierra y se dispuso a explorar los medios de vida, tráfico, riquezas, poder guerrero y otras muchas cosas que hacen el todo de la vida entre las tribus que componen la población india en su vida nómada salvaje de las selvas y las grandes llanuras.

Aquella vivienda indígena fué bautizada por La Puebla con el nombre de "San Esteban de los Llanos".

V

Los tercios todos regáronse por la inesperada aldea. Mas la desnudez de los habitantes los excitó en grado sumo. Aquellas muje-

res, muchas de ellas jóvenes y hermosas, aunque con la piel extremadamente morena, con los pechos al aire y las partes pudorosas del mismo modo, sin la menor señal del vello. Los soldados españoles se sintieron fuertemente atraídos y comenzaron a meterse en lo interior de todas las viviendas.

Las indias mirábanlos con no poca extrañeza y curiosidad; aquellos hombres cubiertos de acero, con barbas, la mayoría con el cabello corto, llamábales mucho la atención.

Ellos lo comprendían así y hacían esfuerzos por acercárseles; pero ellas huían. En tanto La Puebla platicaba largamente con el cacique por medio del guía, a guisa de intérprete.

Decía el indio que le era sumamente difícil hablar con el cacique, porque la lengua "achaguas" de aquél era en demasía dificultosa; pero con todo y así, el Almirante llegó a un perfecto acuerdo con el indio.

Los conquistadores pasaron ahí todo el día y toda la noche.

Jamás acuerdo alguno fué mayormente pedido ni más espontáneamente hallado. De

ahí en adelante empezaría la guerra cruenta, sorda, sin cuartel, entre los dominadores achaguas y los conquistadores españoles.

La Puebla envió uno de sus legionarios al Paso, donde habían quedado los soldados con las acémilas y las barcas.

Era la media noche cuando apareció el enviado, con los tercios dejados y las acémilas. Llegó con ellos el vino... y con el vino completóse el manjar de la yuca y las sabrosas carnes de peces y ciervos. Los pellejos quedaron exhaustos; a los indios los primeros tragos no les venían muy bien a la tripa; mas catados los primeros sobrevenían otros y otros.

La soldadesca satisfizo sus apetitos, sus hambres, sus pasiones. A la mañana la masa indígena y la masa europea se mezclaban, se retorcían en la orgía placentera y bulliciosa.

Si en tal guisa hubiese llegado el ejército de los achaguas, los desbaratara sin mayores esfuerzos y heroísmos.

El guía indígena había puesto la manzana maldita en medio del conquistador y los conquistados. De ahí en adelante vendrían arros-

trándolo todo los soldados españoles: era aquella la tierra de los encantos, de la molicie, de la dulzura.

La Puebla llevó todo lo que había que llevar a una expedición de tal naturaleza; pero no llevó un predicador, la fuerza buena y santa del odio a las riquezas, a la concupiscencia, al vicio, a las pasiones de la carne.

Cuando retornó al puerto de partida iba lleno de satisfacciones.

Salió a la ventura, al azar, sin propósito de toparse con cosa alguna que pudiese venir en favor de su empresa y... ¡encontraba despejada la incógnita del misterio del desierto de las llanuras!

Ahora se le abría todo aquello como el alma de la pampa, inmensamente abierta a sus ambiciones, de poder decir a los reyes, a la Corte, a los rivales:

"Aquí están estos dilatados reinos, más inmensos que la misma España".

El escuadrón de lanceros tomó el regreso en alborozo de vivas a Santiago, al Cristo, a S. M.; ya estaba salvada la primera jornada.

Llevó La Puebla muchos indios consigo,

que viajaban a la grupa de los caballos. Aquellos naturales servirían después para entenderse con las tribus que fuesen apareciendo en lo sucesivo.

Cuando, dos días después, avistaron los mástiles de los buques y fueron saludados por un ¡hurra! desde a bordo, gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Las gavias españolas! ¡España y Santiago!

VI

Muy de mañana, al día siguiente de la llegada, dispúsose La Puebla a enviar uno de los galeones a Las Angosturas. Con no poca vanidad envió a decir al Padre Prior de La Encenada que había hecho la primera expedición con magnífico suceso; fué una carta breve, pero llena de expresión y de altivez:

"Sabed que he dado con la primera población de las tribus achaguas. Al llegar dominé en ellos y los atraje a nuestro mandar sin que opusiesen resistencia.

"Vimos en el trayecto muchas cosas pere-

grinas que ya os contaré cuando os vea, que será presto, pues propóngome ir a trataros en este mismo negocio, de modo que unidos en la misma idea podamos dar cima al gran proyecto. Van con mis soldados varios indios de las tribus que he descubierto. Con los que he dejado aquí me bastará para domar las otras y de ese modo podemos establecer vos y yo una muy fraternal unidad de acciones y de fines.

"Bésoos las manos,

LA PUEBLA

Pero esta carta fué harto importuna y hasta indiscreta. Ella sería consecuencia de muchos tropiezos más tarde para el denodado Almirante.

El Padre Prior, siendo, como había sido, nombrado Adelantado en todas aquellas regiones por Su Majestad el Rey, no podía ver con buenos ojos una conquista a que él aspiraba, que él acariciaba mucho tiempo hacía, pero que no había puesto en suceso más por falta de poderosos recursos que por exigüitud de ánimo.

El arribo de La Puebla a Las Angosturas produjole el más perro humor.

Platicó urbana y placenteramente con el Almirante, porque la buena crianza se lo imponía y porque el orgullo aconsejaba una actitud discreta; pero en el fondo dolíase mucho de tan inesperada aparición.

No ignoraba la existencia de aquellas dilatadas comarcas; tenía noticias de las tribus, de la vía fácil y directa para llegar hasta ellas; mas al presentarse el competidor selló sus labios con no poca malicia y destreza. Se limitó a darle un guía que "acaso pudiese saber alguna cosa", pero que en la encomienda nunca fué de provecho, un indio que se lo pasaba callado, que era perezoso y cobarde extremosamente.

Mas cuando vió el resultado se mordió los labios. La Puebla, ya por medio del indio, ora por su propio discurso y por su espontánea impetuosidad, dió el primer golpe. No sería extraño, pues, que con aquel diese otros muchos, y hasta llegase a anular o eclipsar a Las Angosturas.

Inmediatamente formó sus proyectos.

Tenía él que interponerse entre la nueva empresa y las tribus.

Concibió la idea siniestra y se la calló. Entretanto contestó las letras de La Puebla.

Que "había experimentado mucho contentamiento por la gloria alcanzada en honor de la Casa del Rey, y de la de Dios Nuestro Señor. Que contara con él para todo. Que celebraría en grado sumo recibir de nuevo sus peregrinas letras".

VII

Tomó el conquistador posesión solemne de la tierra en nombre de San Fernando. Hizo desembarcar todo cuanto había en los galeones y dispúsose a formar en aquel sitio la primera puebla de su encomienda.

Junto con las acémilas, agregó cuatro caballos, y con la dotación de gente, cuatro de la marinería, para empuñar el hacha y las hojas de acero de talar sarmientos.

El mismo La Puebla, secundado por una numerosa partida de los soldados, ocupábase a diario en el acarreo de maderas, ho-

jas para las techumbres y demás menesteres.

Cuando estuvo preparado suficientemente el principio de la barriada, envió dos de los indios que fuesen a buscar las familias con las cuales había de formarse el primer nucleo de población.

Llegaron las familias, en número de treinta, y aquel fué el primer impulso para lo que más tarde había de constituir la floreciente misión de San Fernando de los Apures.

Arregladas estas postreras diligencias, organizó la nueva expedición a la parte opuesta; pero esta vez ya no fué con escuadrones de caballería, sino a pie.

Salió de aquella riba en una numerosa flotilla de canoas y balsas preparadas al efecto. Por el tributario más próximo tomó el nuevo derrotero, con ánimos de dirigirse a las tribus de los "Yaguales".

Ya por las sierpes "boas" que tanto abundan en aquellos parajes, ya por árboles caídos y atravesados en las aguas, la marcha se hizo a los navegantes sumamente dificultosa.

A esto agréguese lo corrientoso que es aquel

río, que es llamado por los naturales del "Yagual" (1), que se está todo el año turbio y revuelto y cuyo ascenso por su curso aguas arriba es en extremo peligroso, pues vuelca una embarcación en un instante.

VIII

Según los guías, eran las tribus de los "Yaguales" en extremo belicosas. Habían guerreado años antes con los "quinchúas", reduciéndolos a afrentoso vasallaje; y eran temidos por los achaguas, pues no pocas veces habían inflingido duro escarmiento a los feroces dominadores del Norte.

Al ver a los conquistadores españoles, acaso se llenaran de estupor y de espanto y huyesen y se entregasen como los "Juanaparos" sometidos a los "achaguas"; pero también era factible que opusieran tremenda resistencia.

Mas no fué así. El astuto La Puebla dejó

---

(1) Este río de los llanos de Venezuela es conocido en el mapa con el nombre de *Río Arauca*, nace en los Andes colombianos y desemboca en el Apure.

NOTA DEL EDITOR

todos los suyos en la vera abajo del río y se dirigió personalmente, con sólo un intérprete, al sitio principal de aquellas poblaciones.

Estaba ésta detrás de una vasta dársena poblada de grandes árboles. El Almirante avanzó sereno y resuelto seguido del indio, que no iba con los nervios muy en lo cabal.

Era—lo comprendía,—en extremo arriesgado aquello.

Mas no pasaron de aprensiones tales medrosidades. El Almirante se entendió muy bien con el cacique. Contóle mesuradamente su aventura de días antes en la tribu de los ''Juanaparos''.

El cacique rechinó los dientes: aunque vencedor, tenía sobrados motivos para resentirse de las crueldades de los achaguas.

Había entre ellos la apasionada animosidad de los hombres rivales en el predominio de una región, de un país.

Aquéllos, los ''achaguas'', eran los hombres de la llanura, del desierto; ellos eran los hombres de la selva. Aquéllos, se sentían superiores: su vida en la tierra despejada, abier-

ta, inmensa como el cielo, dábales altanería y fuerza agresora.

En las varias guerras que habían sostenido fueron siempre aquéllos los que tomaron el ataque.

Vinieron a buscarles para retarles con el arco al brazo y las haces de dardos a la espalda.

Perdieron las batallas, pero se marcharon en integridad, sin dejar un sólo cautivo, en tanto que se llevaran muchos, entre ellos un hijo del cacique de los Yaguales, que era la esperanza de las tribus. Joven guerrero, cuya gentileza y temperamento emprendedor y bravío eran admiración y pasmo de todos.

Y no contentos con eso, los achaguas enviaron uno de aquellos cautivos mutilado de las manos y las orejas, para que contase las crueles torturas, las inenarrables expiaciones a que habían sido sometidos los otros.

"Les sacaron los ojos, les arrancaron la piel a pedazos y después les pasaron carbones encendidos por las carnes ensangrentadas y dolorosas".

El cacique, al oir aquel relato, se cubrió el rostro con las manos. Juró que algún día, y acaso no muy lejano, tomaría venganza de tales atrocidades.

De suerte que cuando La Puebla hablóle de dominar a los odiados enemigos, sintió enardecérsele la sangre. Al fin iba a lograr lo que tanto tiempo deseaba vehementemente.

Luego mandó el Almirante venir al resto de los suyos. Quedó de una vez establecida la confianza entre él y los bárbaros.

Recurriendo siempre a las sugestiones, por la astucia mostró, desplegó ante los ojos espantados del indio su fuerza, sus hombres armados de hachas, de jabalinas, de alabardas, de arcabuces, de buidas lanzas. Aforrados en una espesa malla de acero, vamos, de una cosa que ellos no conocían, puesto que jamás en su vida habían visto metales de ninguna clase.

Mostró su gran aparato de hombres y armas; pero se alejó inmediatamente, antes que los soldados cometiesen algún desaguisado.

La malicia le aconsejó que no dejase entrever deseo ni siquiera remoto de dominio.

Conseguido el punto esencial, sólo faltaba darle forma. Encaminar los sucesos a que el choque se efectuase entre las dos tribus, poniéndose él de parte de una de ellas, y de ese modo dominar a la una por vencida, a la otra, por vencedora merced a su ayuda.

El descubrimiento del río de los "Yaguales" (1), dióle, pues, la pauta que había de seguir en lo adelante, para dar una nueva y floreciente provincia a S. M. el Rey de España. Pensó, pues, en volver en breve, sentar el principio de una nueva puebla que había de llamarse San José de los Yaguales (2) en la propia ribera, sobre terreno, aunque plano, como toda la vasta región, algo elevado sobre el nivel de las demás tierras, poblado en sus alrededores de árboles umbríos, de hierbas hermosas, de toda especie de pájaros, de numerosa tropa, de paquidermos para el regalo de sus moradores.

---

(1) Río Arauca.
(2) En los tiempos actuales llámase este pueblo venezolano El Yasual.

Como este nuevo establecimiento venía a quedar en lugar más oculto de la vía grande y por ende más abrigado, resolvió La Puebla venirse a él y sentar ahí sus reales, construyendo morada de más dimensiones para el asiento del Gobierno general de la colonia que había de ser más tarde la Colonia o la Encomienda de las llanuras.

Ultimado que hubo los trabajos de la ya empezada, procedió a fundar la otra.

Obtuvo del cacique cuarenta familias, y una vez que las alojó a toda comodidad y urgencia de menesteres, trasladó el huerto, las naves y la yeguada.

Dióse priesa entonces en organizar una de las naos para enviarla a Europa en busca de familias pobladoras y en pos de dar informes del buen suceso de su empresa.

Quince días después envió la nave mayor rumbo a las desembocaduras, para que de ahí dirigiera proas a España.

Cuando la nao tocó en Las Angosturas e impúsose el Padre Prior de las últimas andanzas de La Puebla, sintió un profundo disgusto, mayormente cuando que la fuerza con

que se proponía fracasarle era ni más ni menos que la numerosa nación yagual, ¡y ésta había sido ya conquistada merced al odio achagua!

IX

Por un indio malcontento de la tribu de los "Juanaparos", se impuso el levantisco rey de los "achaguas" del arribo, conquista y alianza de los españoles en las grandes tribus del río.

El indio quejoso había sido maltratado y vejado por un soldado borracho el día en que La Puebla abordó aquellos apartados parajes.

Y en sabiéndolo, el cacique se dispuso a armarse lo más formidablemente que pudo. Acudió a las tribus más apartadas en sus dominios e incorporó a sus legiones a cuantos hombres servían para llevar y disparar una flecha.

De suerte, pues, que cuando el Almirante ultimaba sus preparativos de la nueva población, concluía el "achagua" su aparato de guerra.

Ascendía su ejército a más de siete mil hombres.

Cuando todos estuvieron en fila marchó en son de guerra al Sur, con ánimos de caer sobre los españoles de los "Apures", en masa y por sorpresa; mas su propósito quedó frustrado; encontró sólo unas cuantas mujeres "Juanaparas", resto de las que no pudieron huir cuando el pánico del numeroso ejército que se aproximaba.

Les quedaba delante el río, y aunque era arriesgado ir a buscar a semejantes enemigos en su propio terreno, ordenó el cacique arrojarse al agua todos y tomar la ribera opuesta a nado.

Así fué efectuada la operación; caían impetuosamente aquellas masas de hombres a las aguas y tomaban a toda prisa la otra ribera.

Mas en esto estuvo su peor desventura; noticioso La Puebla de este movimiento, dió la voz de alarma en las tribus, y aquéllas se dieron priesa en aparejarse para la defensa.

De suerte que cuando las hordas achaguas llegaron a las primeras poblaciones yaguales,

ya tenían sobre sí fuertes masas de guerreros que atacaban con bríos.

Los primeros destacamentos chocaron con otros de la resistencia yagual; pero una vez que éstos dominaron, comenzó el enemigo a retroceder a toda prisa, por último en gran desorden, pues el estampido de la arcabucería les produjo un terror inucitado.

Trataron de efectuar su retirada por la montaña que bordeaba el río, pero un pelotón de arcabuceros, moviéndose rápidamente y atacándolos de cerca, los estorbó el repliegue.

Se vieron forzados a tomar la llanura, ya que no podían arrojarse al río.

Pero este nuevo movimiento fué su peor sinfortuna: un escuadrón de treinta lanceros a caballo se lanzó sobre las masas de ejército causando una matanza espantosa.

Quedaron en el campo, muertos o heridos, más de la mitad, y el resto, cautivo, entre ellos los propios caciques con sus hijos y parientes.

Así quedó dueño La Puebla de las vastas llanuras de Achaguas y el Yagual.

X

Libre ya de la amenaza mayor, dióse a ordenar razonablemente sus negocios de encomienda.

Trabajador infatigable, La Puebla dejaba el lecho muy temprano y lo tomaba muy tarde. Su afán de conquistador iba parejas con su buen discurso.

Sólo apuntábanse en él, que de todo da la viña del Señor, una marcada inabstinencia. Demasiado vivo de inclinaciones hacia los deleites en las mujeres, abusaba, y su salud se arruinaba de modo rápido y seguro. No se acertaba a explicar cómo podría dar satisfacción al infinito número de barraganas que poseía.

Esta desmedida afición lo ponía en trance de no poder censurar a sus soldados cuando incurrían en violaciones y lascivias con las mujeres de la naciente colonia.

Por fortuna, por su alianza con los caciques contra el "achaguas", era perdonado fácilmente por los ofendidos.

La indiada contemplaba a los españoles como sus vengadores y redentores.

Mas no era esto gran rémora: los establecimientos prosperaban. Principalmente el de San Esteban, que era un gran almacén de toda suerte de riquezas en pieles, en carnes, en granos, en maderas.

Ya los soldados, acompañados por indios, habían tomado gran destreza en la cacería de ciervos, chigüires y tigres.

La de estos últimos costó la vida a uno de los tercios españoles; pero esto no menguó su ardimiento por tan arriesgado ejercicio.

Y en verdad es el tigre la bestia más peligrosa de cuantas discurren por aquellas selvas.

Animal de un poderío enorme, armado de uñas y colmillos que rasgan cuanto rozan, de una agilidad que maravilla, es valiente y de una grande impetuosidad. Su piel es preciosa, manchada como de ébano y oro y los ojos amarillos de gran viveza.

Y tal como es de arrogante y nervudo, es de claro y sutil instinto. Muchas veces, en su efensa, se parece a los humanos hombres,

según las prácticas que pone en su favor.

Como los otros animales le tienen pánico y huyen de él a todo trance, tiene que valerse de malicias y destrezas para darles caza.

Esto mismo del miedo de las presas lo hace pasar largos días de hambre, y entonces es cuando se manifiesta la maravilla de su instinto.

Discurriendo ayuno por las selvas, agazápase bajo los matorrales, o se mete en cuevas formadas en los gruesos troncos, y desde ahí se da a la tarea de imitar el graznido, el chillido o el canto de los animales que acecha.

La da, por ejemplo, en imitar el balido del ciervo, y lo hace tan cabalmente, que si hay por las proximidades adonde él está alguno de aquellos astados, se deja venir atraído por la voz que él cree es de uno de los de su especie. De modo que cuando viene a percatarse es porque tiene el enemigo encima, que del primer zarpazo lo derriba para devorarlo después.

En saciar su hambre es el sér más violento: agarra el espinazo o pernezuela, o costilla, jala con ímpetu y luego que arranca el trozo,

rumia desesperadamente y se lo traga, con huesos y piel peluda.

Como los huesos y la pelambre no se digieren, en sus excrementos aparece todo tal como lo engulló, y esto da indicio a los cazadores indígenas de la clase de animal que devoró el jaguar en aquellos días.

Otras veces se da a cazar peces, y lo hace con una destreza y una eficacia, que asombra en un irracional.

En las riberas de los ríos es muy común que caigan árboles a la corriente, los cuales, sumergido el follaje, dejan buena parte del tronco afuera.

El jaguar se trepa a estos troncos, cerca a lo hondo del agua, se sienta sobre sus cuartos traseros, abre la boca y deja caer hilos de su baba. El pez mira en la superficie cuando caen aquellos filamentos blancos y acude presuroso a cazarlos. Entonces el jaguar, en un movimiento brusco, los da el zarpazo y los avienta a tierra, donde caen dando saltos.

En seguida llega él y los devora.

Cuando encuentra algún ciervo en la llanura sin montes vecinos por donde pueda es-

caparse aquél, el jaguar se le va encima, lo corre, lo atonta sin hacerle mayor daño, lo refriega contra el suelo, como complaciéndose en someterlo a la tortura del pánico, y así que el animal cae sin sentido y vencido por la fatiga, entonces es cuando lo devora.

Otro bicho de aquellas regiones, sumamente peligroso, es el pez redondo llamado raya.

Se le encuentra generalmente en los bajos arenosos. Es de la forma de una torta de pan moreno y es de la color de la madreperla, con una cesura en un extremo, que es la boca, y paralela con ésta el rabo, que es en donde tiene una puya afiladísima; no ataca; la raya se aplana en el fondo arenoso y siente que alguien pasa y no se mueve de su sitio.

Mas si la pisan saca el aguijón y lo clava.

Y he aquí que la ponzoña de que le tiene untada es de una eficacia pavorosa. La persona herida por este bicho se revuelca en el suelo como una bestia, llora, grita, ríe, se da dentelladas a sí misma y llega a tal la crueldad del dolor, que hasta se zurra en las ropas.

Uno de los soldados fué pillado por uno de estos reptiles del río, y el pobre hombre,

después de dos largas horas de llorar y gritar, perdió la razón.

Las sierpes son de un número infinito, venenosas en su mayoría; pero ciertos menjurges que preparan los indios con hierbas, hacen desaparecer prestamente el veneno.

Mas hay una que es de lo más rara por la varia pinta que luce a todo lo largo de su flexible cuerpo.

Desde la cabeza hasta la cola es un collar de anillos encarnados, azules, amarillos y verdes. Es una filigrana de mucho primor que parece cosa de artificio o de invento de pintores.

Hay otra muy curiosa, que no es ni con mucho de la belleza de la descrita, porque su piel es parduzca y casposa; pero al final de la cola lleva una sonaja que hace bulla alegremente, como si fuese movida con inteligencia y tino (1).

La mucha prosperidad de los ganados salvajes en aquella India hicieron suponer a La

---

(1) Alude el autor en la primera, a la sierpe llamada *Coral*, y en la segunda, a la conocida con el nombre de *Cascabel*.

NOTA DEL EDITOR

Puebla que podía naturalizarse en ella el ganado europeo.

Y su cálculo resultó alborozoso en extremo. La yeguada conducida primitivamente se multiplicó de modo infinito, y un buen número de ganado vacuno y cabrío que llevó posteriormente, produjo abundante riqueza. Más, mucho más que en España, pues en aquellas regiones, como la temperatura es calurosa en todo el año, no habiendo frío, ni escarcha, ni nieve, es innecesario el cuido por establos, cuadras o cerrados: la res nace, crece y se desarrolla hasta ser de provecho, sin que sea preciso resebarla ni alimentarla con granos ni darle baños. Sola, a su sabor en los prados, se cuida por sí misma a lo que le da su instinto.

XI

La construcción de las viviendas aumentó en grado altísimo desde los primeros establecimientos.

La Puebla encontró que las viviendas usadas por los naturales eran en extremo cómo-

das y duraderas por su solidez, y las adoptó sin reparo.

Y, en efecto, son sobradamente curiosas y peregrinas las tales viviendas.

Un solo árbol da para toda su construcción: la palmera del "moriche", palabra indiana que en el idioma achaguas quiere decir penacho, adorno, plumaje.

De la fibra de este árbol se obtienen cuerdas para toda suerte de ataduras y amarradijos, y para las redes de pesca, "hamacas" para echarse en reposo, cestos para llevar frutos, lías para asegurar la armazón de las viviendas. Su tronco es sólido y bueno para la resistencia de la techumbre, en tanto que ésta se obtiene de las hojas del mismo árbol.

Otro parecido a éste, y con otro nombre, "Merecure", produce un fruto tan sazonado y tan rico y oloroso como nuestras manzanas y melocotones.

El natural se regala de él como del más precioso manjar. En su sencilla y rústica comida, jamás falta junto con las crenchas amarillas de una miel igualmente aromosa y divina, que en los troncos de los árboles

muertos fabrica solícitamente una abeja parda de cuerpo y alas blanquecinas, que llaman ''yuguía''.

Los naturales de estas regiones no son como los del Perú.

La piel, algo más bronceada, es más fina que la del ''inca''. Usa el cabello corto, como los motilones.

La operación de rasurárselo es en extremo curiosa y peregrina. Con un leño encendido van tallando la melena del indio, hasta que ésta queda tuzada al ras. Luego, con una especie de estropajo de cerda vegetal le frotan el cráneo y queda el corte de barbería selvática completamente parejo.

La deformidad del cuerpo en las mujeres es debido a que no usan ceñidor de ninguna clase, y paren mucho. Hay india ''achaguas'' o ''yagual'' que ha tenido hasta treinta hijos.

Su sistema de familia es lo mismo que el de los indios de todo el mar océano: el del rebaño. Un hombre puede tener hasta quince mujeres.

El cacique de las tribus yaguales tenía veintiséis barraganas.

Ya entrado en años, contábase de él que había tenido dos generaciones de mujeres, vale decir, que en el curso de su vida tuvo cincuenta y dos.

A su muerte las legó a sus hijos mayores y parientes. La más hermosa, que era la favorita, ordenó que la matasen, de suerte que cuando ya estaba en sus últimos momentos, miró expirar a su más preciada concubina.

XII

Cerrado ya este proceso enhebrado con datos del muy ilustre señor D. Joaquín Sánchez y Armente de la Vera de Montalbán, Conde de Navas de Alcañar y Marqués de San Pedro de Tordesillas, que plugo hacer por mis apuntes la noble bizarría de tanta gracia por sus documentos, que son preciosos a las ciencias y a la Historia, réstame consignar un detalle acaso nada interesante, porque atañe al que estas cosas trasladó del entendimiento al papel; mas es de justicia y de mera crianza advertir al bondadoso lector que los premurosos días para hacer este es-

crito eran más que menguados en trabajos de tal naturaleza.

No lo digo por el talante de hacedor de prodigios, sino porque se perdonen las sobradas faltas de que él adolesce.

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

JUN 23 1939

27Apr62BR

REC'D LD

APR 17 1962

REC'D LD MAY 10 '72-11 AM 4 5

LD 21–100m-7,'33